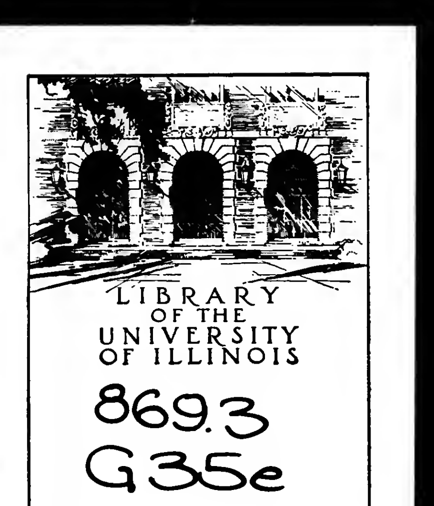

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS





FRANCISCO GICCA

La Esclava Legal

(LA CASADA)

Novela femenista



BUENOS AIRES

Imprenta Mercatali, Calle José A. Terry 285

1910

LA ESCLAVA LEGAL

(LA CASADA)

Segunda novela de la serie

LAS TRES ESCLAVAS
- La Esclava Blanca (La Prostituta)
- La Esclava Legal (La Casada)

A publicarse:
- La Esclava Moral (La Soltera)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Roma Católica	Novela	
Justicia Sacerdotal	„	
Víctimas del Confesonario	„	
Vida íntima de un Cura	„	
Celibato de los Curas	„	
Ellas	„	feminista
La Esclava Blanca	„	
Lo que entiendo por Libre Pensamiento	Folleto	
Ante los Tribunales	„	
Casos de Divorcio	„	
Catecismo Cristiano	„	
Utopía Anárquica	„	
Educación Sexual	„	
La Mujer	„	
La Esclava Legal	Novela	

PROXIMAS A PUBLICARSE:

En Pos del Ideal

Novela feminista

La Esclava Moral

Novela de costumbre

EN VENTA EN LAS LIBRERÍAS Y EN LA DIRECCIÓN DE

"EL PROGRESO"

Organo del Libre Pensamiento

CALLE CORRIENTES 871 — BUENOS AIRES

FRANCISCO GICCA

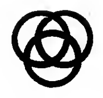
LA ESCLAVA LEGAL

(LA CASADA)

NOVELA DE COSTUMBRES

Segunda de la serie: Las Tres Esclavas

Este libro no lo leerán las mujeres...
Y sin embargo deberían leerlo...



BUENOS AIRES

Imprenta MERCATALI, calle José A. Terry 285 y 291, Caballito

1919

A la Doctora JULIETA LANTERI RENSHAW

Valiente defensora de los derechos de la Mujer y del Niño, respetuosamente DEDICO.

FRANCISCO GICCA.

CAPITULO I

—¡Sin vergüenza!... ¡gran sinvergüenza!... ¡una niña a los quince años!, gritaba doña Rosario fuera de sí, mientras golpeaba a su hija Julia, quien trataba de esquivar los bofetones que la madre iba propinándole,—después que la hubo arrinconado, — mientras ésta paraba los golpes, como mejor podía, escondiendo la cara entre las manos y los brazos, y presentando las espaldas.

—Pero... mamá... no me pegues... no tengo yo la culpa... te juro... escúchame...—suplicaba Julia con voz entrecortada por los sollozos.

La madre sofocada por la violencia de su desahogo y por los golpes propinados, se retiró unos pasos y recogiendo una cajita en la cual había unas flores secas, y unas cuantas hojas escritas, versos y cartas de amor de un jovenzuelo que vivía en frente, volvió a increparla: «¡Te parece propio de una niña de familia!... una mocosa de quince años, que no sabe hacer nada... a escondidas de su madre coquetear con otro mocoso a quien faltan ocho o diez años para terminar su carrera!... ¡hacer el amor con un Ricardo Robles!... ¡un estudiante!... ¡un estudiante del 4º año Nacional!... que ha salido ayer del cascarón... y hace apenas un año le pusieron el pantalón largo... figurarse!... y el tipo escribe que te adora... que sueña hacerte suya!... ¡vaya el mozalbete y la gran sin vergüenza... ¡suya! ¡y recuerda tus besos!... ¡ah! ¿os ha-

béis besado?... ¿cuándo? ¿Dónde?. Ya te voy a arreglar yo... gran cochina..., una niña de quince años recibiendo cartas y besándose con un mocoso... ¡esto no pasaba antes!... es la nueva educación, es la mujer de hoy que nace con todos los defectos que nosotras ni hemos conocido cuando casadas y con hijos... ¡Puerca! besar a un mozo y recibir cartas en que te dice que sueña hacerte suya!...

—Pero, mamá, osó balbucear Julia... ¿qué culpa tengo yo si él ha escrito ésto...

—¿Me vas a hacer creer que tú, ¡angelito del cielo! nada le has dicho?...—¡ya quisiera leer las contestaciones tuyas para probar una desilusión más y conocer lo que vales... ¡claro!, como no las puedo leer, quieres ahora hacerme suponer que él te ha escrito todas estas porquerías, así... de puro gusto... sí... sí... de puro gusto, te escribe que las flores que te adjunta las tuvo toda una noche sobre el corazón, sobre el pecho desnudo... ¡linda porquería!... por esto, estas violetas son negras y mal olientes... ¡figurarse! con este calor y tan sucio el mulatillo... Huelen a catinga... sí... sí... ¡la inocente!, sin duda de puro gusto te escribe que ha besado durante una hora las flores que tu le contracambiaste... y que también, como te había pedido... tuviste sobre el corazón una noche entera sobre... ¡el seno desnudo!... gran cochina... ¡qué más quiere el negro aquél!

—No es negro, mamá...

—Oh, defiéndelo, sí, defiéndelo... No es africano, pero poco le falta... una joven rubia como vos, ponerse con un mocoso sin porvenir... ya lo creo que el gran sinvergüenza habrá besado las flores... y mascado sus pétalos que sabían de tu perfume... ya lo creo! que más quisiera el mulato ese... una niña, una hija mía a los quince años recibir semejantes cartas... como si no tuvieras el ejemplo de tu madre y de tus hermanas que se han casado respetadas y sin saber a la edad de ellas, lo que sabes tú, mocosa... ¡las flores sobre el seno desnudo para que tengan el perfume... de tu juventud y de tu carne!..., dice el sin vergüenza;

ya le voy a dar yo la juventud y la carne a tí y a él... puercos, cochinos...

Y doña Rosa seguía en sus reproches y amenazas, mientras Julia lloriqueaba en el rincón.

*
* *

La familia Renlor estaba formada por don Luis, empleado en el ferrocarril, con un sueldo de trescientos pesos mensuales y su esposa, doña Rosario, una mujer que a pesar de sus ocho lustros conservaba rastros de su pasada belleza, algo vistosa y superabundante en carne, pero jovial, fresca y simpática.

Habían tenido en los 23 años de casados, cinco hijos vivos y tres muertos. José de 22 años, casado en Tucumán y como el padre, empleado en el ferrocarril; Amelia de 20 años, casada con un maquinista en Rosario; Justa de 19, casada con un almacenero en Las Flores; Julia de 15 años, con la cual hemos hecho conocimiento en tan infausto acontecimiento y un pebete de seis años, Andrés.

El padre, don Luis, era un buen hombre, que, a fuera de su empleo y del puesto de supernumerario en un Juzgado en el cual trabajaba de noche, luchaba desesperadamente para cubrir los gastos, porque doña Rosario quería figurar, alquilando una casa de 140 pesos mensuales, tener su sirvienta a 30 pesos, aunque, a pesar del delantal blanco y coquetón de mucama con que la mandaba a la calle, la tuviese para todo servicio, haciendo milagros de ahorro en la comida, para darse tono de burguesa, porque a las amigas no dejaba de repetirles que su esposo, con 500 pesos de sueldo y las extras y algunas propiedades que tenían, bien podía darle el rango que disfrutaba. Sufría del defecto tan común, dada la educación errónea de la mayoría de la clase media, de aparentar lo que no se es, de cubrir las apariencias, ahorrando sobre la comida y hasta sobre los cigarros del marido, a quien había convencido que fumara en la pipa,

que a más de ser económica es muy inglesa, lo que debía gustar a los superiores de la compañía del ferrocarril en que trabajaba.

Era tan mezquina en el hogar y en sus intimidades, como aparatosa en el vestir y en las apariencias de la calle ante las amigas, al extremo que en la casa no duraba una sirvienta mucho tiempo, porque le medían la comida; pero cuando iba de visita, para que supiesen que tomaba coche, si las conocidas vivían con ventanas a la calle, subía en un carruaje ocho cuadras antes de llegar para que el taxímetro marcase solamente cuarenta centavos, y así cubrir las apariencias, aunque para este gasto tuviese a la mesa que servir solamente una sopa o caminar luego veinte cuadras de a pié, porque muchas veces tenía apenas lo necesario para el coche, aunque—decía—a las que visitaba que venía cansada de tanto traqueteo, porque hacía dos horas que iba dando vuelta.

Una vez que el taxímetro marcó 50 céntavos, sin duda por alguna viveza del cochero o por no haber calculado bien la distancia, no teniendo si no cuarenta, tuvo que hacerlo esperar y volver hasta su casa para abonar 2 pesos y 30, que les prestó la sirvienta.

Don Luis era hombre sosegado y sin vicios.

Después del trabajo, cuando no iba al juzgado leía los diarios que recogía en la oficina y oía a la hija tocar música. Tenía el deseo de figurar y como no lo podía, pontificaba ante las visitas sobre la necesidad en el hombre de dar buen ejemplo en el hogar.

Sin embargo, cuando entre esposos había reyertas, lo que sucedía a menudo, doña Rosario le preguntaba en que había gastado 3.600 pesos que ganó en la lotería, unos cuatro años antes, sin que ella lo supiese y que en mujeres y cenas había derrochado en menos de seis semanas. Durante este tiempo, alegando un trabajo extraordinario en La Plata, no cenó en casa y muchas veces no vino a dormir, con la excusa de que no había alcanzado el último tren, hasta que doña Rosario entró en sospechas, lo siguió, y pudo pescarlo con una rubia *cocotte* en el Pabellón de las

Rosas, cuando solamente le quedaban 200 pesos de la suma ganada.

Doña Rosario era hija de modestos comerciantes de Santa Fé, que la casaron con Luis cuando ganaba apenas 100 pesos mensuales. Había ido aumentando sus pretensiones de gran señora en proporción doble a los aumentos de sueldo del esposo.

En Rosario habían casado a Amelia, casi al mismo tiempo que Justa, cuyo esposo luego la llevó a Las Flores para abrir un pequeño comercio. José a su vez se casó en Tucumán, de manera que al ser don Luis trasladado a la Capital, doña Rosario, ya sin el peso de las dos hijas mozas, con Julia adolescente y Andrés pequeñuelo, se consideró en condición de ocupar un puesto distinguido en el nuevo ambiente en que iba a actuar.

Julia era una linda joven, que sin ser una belleza tenía el atractivo de su edad; facciones regulares, más bien esbelta, de estatura algo más alta de la mediana, cabello castaño claro, ojos de un azul pálido y ceniciento.

Había cursado hasta el cuarto grado de las escuelas comunes, porque sus padres no pensaban hacer de ella ni una maestra, ni una profesional.

La misión de la mujer, para los cónyugues Renlor, era hacer un buen casamiento, que la garantizase de los peligros que acechan a una mujer sola, asegurándole el pan de cada día, porque la solterona constituye un peso para la familia, los hermanos o hermanas casadas.

Su madre le hizo aprender el piano, y por tal motivo Julia iba tres veces por semana a un conservatorio, acompañada por la sirvienta, ataviada de mucama.

Como sus padres pagaban puntualmente, la niña, que no era un genio musical, ni muy aficionada, pasó todos los años con diplomas honoríficos.

En casa prefería tocar algún tango y alguna canción popular a los autores clásicos que la aburrían por la dificultad de su ejecución.

La joven era muy cuidadosa de su toilette, y en

especial manera de sus manos, que eran blancas y bellísimas, que cuidaba con esmero, poniéndose guantes de goma, cuando barría la salita o sacudía el polvo.

Poseía una idea muy superficial de los trabajos del hogar, siguiendo las huellas maternas en cuanto a figuración.

Andresito todavía no iba al colegio y crecía travieso y holgazán, porque era el mimado del hogar, como último de los hijos.

*
* *

La joven por su educación, tenía los defectos tan comunes a la clase media, que ostenta mayores comodidades de las que puede.

Lectora asidua de novelas, a los catorce años, soñaba ya con un novio y los amores poéticos y dramáticos que había leído en los libros.

Fué así que al recibir del joven Raúl—un muchachón de unos 17 años que vivía en la casa de en frente y que tenía ocasión de ver a todas horas—unos versos de amor que le hizo llegar por medio de la sirvienta que la acompañaba a la Academia, en los cuales la llamaba Lucero del Alba, Estrella Matutina, La más hermosa Rosa de la Naturaleza perfumada por mil perfumes, Diosa del Olimpo y unas cien lisonjas más o menos paradógicas, sintió vibrar su corazón y cada vez que fué a la clase de música, aprovechó para hablarse con Raúl.

Así empezó el idilio, escribiéndose largas cartas y mirándose desde las ventanas, para luego aprovechar algunas veces unos minutos de noche, cuando los padres estaban ocupados con alguna visita.

Fué en aquellos momentos fugaces que Raúl besaba conmovido la blanca mano de la joven y se unieron los labios de ambos en un beso que les pareció néctar del paraíso.

Pero a los tres meses del idilio, doña Rosario se

dió cuenta de la insistencia con que aquel vecino de enfrente miraba; se puso sobre aviso y un día, al volver la hija de la Academia, la sorprendió cuando ponía en una cajita bien disimulada en el fondo del cajón de un ropero, la última misiva que el galán le había dado.

La tempestad se desencadenó, doña Rosario encerró a Julia en una pieza y quiso enterarse de lo que decían las cartas.

Se puso furiosa y cuando las hubo terminado de leer, hemos visto la forma maternal, pero contundente, con que calmó lôs ensueños amorosos de su hija.

*
* *

Doña Rosario fué a casa de la madre de Raúl, una buena señora santiagueña—(debido al color algo achinado de la familia Caballero, es que había denominado negro y mulato al joven pretendiente)—a presentar sus quejas, llevando las cartas como cuerpo del delito, y pidiendo que ella también pusiera de su parte empeño para que no siguiese el idilio entre dos niños, que ya tendrían tiempo, más tarde, para pensar en estas cosas.

Ambas madres se prometieron cuidar a su respectiva prole y cortar de raíz el amor incipiente.

Y así fué.

Doña Rosario acompañaba ella misma a Julia a la Academia y le prohibió asomarse a la ventana.

Julia sufrió. Era su primer amor, pero tuvo que obedecer y el olvido vino muy pronto, a raíz de una honda herida a su amor propio. Habían pasado siete días, ella lloraba durante la noche, pensando en el amado a quien creía también pálido y ojeroso por la cruel separación, cuando al salir con la madre para ir a la Academia, lo vió en una calle a la vuelta de la casa, con una sirvienta, una española bonita, pero de brazos colorados y manotas grandes—él que había escrito unos versos de loa para sus manos blancas—haciéndole el amor y llevándole un paquete...

¡Verse olvidada por una sirvienta!
¡A los siete días!
¡Una mujer ordinaria y de manos coloradas!
Fué el derrumbe de sus ensueños.
¡Así no aman los jóvenes héroes de las novelas!

CAPITULO II

Julia sufrió en silencio el desengaño.

Lo sufrió tanto más, cuanto al concederle la madre de nuevo su antigua libertad, probó el enojo de ver al joven, por el cual había sufrido, galantear a toda mujer que pasaba y atreverse, de vez en cuando, a dirigirle miradas, tratando de reanudar los antiguos amores. Sin embargo, la actitud fría y altiva de ella no permitieron que pudiese abrigar esperanza alguna.

Había llegado a la edad en que la mujer de adolescente entra de lleno en la plenitud de su juventud, en la época de la vida, que siente el deseo de expandirse, de moverse, de reir, de gozar.

Pero ella bien sabía que esto no es posible. La naturaleza y todo el ser, piden a gritos desenvolverse, evolucionar, vigorizándose a la luz del día, pero las costumbres y la educación imponen a la mujer, que llegada a la adolescencia, cuando más necesita de dulces expansiones, de comunidad, para ayudar al desarrollo con mucho movimiento, ejercicios, aire, luz, carreras, gritos, risas, impone la máscara de la sociedad, de la modestia que reprima las expansiones dignísimas que la naturaleza pide, para endosar el disfraz que en la gran comedia humana se pretende dar a la mujer que no quiere ser Cristo y la crucifiquen.

Julia sentía, sin comprender el porqué—considerándolo más bien como una rebelión particular suya que

debía ocultar, tanto más, cuanto no sabía que es la de todas las mujeres cuando jóvenes, aunque no lo confiesen—la injusticia de lo que se la imponía por costumbre y por la sociedad.

Hubiera querido poder correr, reir, como cuando era pequeñuela, pero la mamá la reprendía llamándola «machona» y si no iba muy seria, muy señorita, muy derecha por la calle, bajando la vista o evitando la mirada impertinente de los hombres jóvenes y hasta de algunos viejos; o si en casa habiendo visitas, no quedaba sentada escuchando a los mayores ó conversando con otras amigas de su edad, cuando le daban ganas de hacer como los niños que veía por las calles que saltan y gritan; cuando obedeciendo a un impulso interior hubiera tomado entre sus brazos a la amiguita presente para brincar con ella un desenfrenado baile emotivo, hasta quedar rendida y correr junto a su madre y en sus brazos saciar un deseo inmenso de besar, de apretar, de sentir algo que ya vibraba en su sangre joven, de lo que le habían dicho sus amiguitas de colegio y de la Academia.

Julia como todas las niñas, por el ambiente, la necesidad y las costumbres, se fué adaptando y en dos años, desapareció la adolescente, dando lugar a la joven, a la mujer, ya reposada, seria, que sabe cumplir bien con las mentiras que a la mujer soltera se le pretenden: ocultar sus sentimientos, sus pensamientos, marchar en la senda de la vida con un antifaz de seriedad, de compostura, de modestia, de circunspección, de mesura que permita «al que dirán» no murmurar de ella.

Julia no era una belleza, pero sí, bastante simpática, facciones regulares y la silueta de su cuerpo era graciosa y atrayente.

Cuidaba mucho de su calzado y tenía el pie pequeño, su mano blanca era objeto de sus atenciones, porque sabía que a los hombres les place mucho una mano bonita y un pié diminuto y que su mano era la admiración de sus mismas amiguitas.

¡Tienen gustos bien extraños los hombres!

Hablaba con gracia, y como su ilustración era limitada, si había personas trataba de repetir lo que oía de las señoras amigas de la madre, sobre modas, sobre el último hecho policial o la última fiesta; pero si se quedaba con niñas de confianza y nadie podía oirla, entonces daba libre campo al tema, al gran tema, al eterno tema: el hombre.

Hablaban de todos, clasificaban los transeúntes, los conocidos, los vecinos, en «buen mozo, regular, feo, o antipático». Charlaban del que «le gustaría» y se contaban en voz baja lo que habían sabido, la última novedad sobre el gran secreto y se reían a más no poder cuando, pasando un mozo, se decían ciertas cosas al oído.

Julia había ocultado un gran secreto durante un año, pero cuando tuvo mayor confianza con sus amiguitas vió que ellas también habían hecho lo mismo, esto es, de soslayo, mirar al hombre si era evidente el signo de la diferencia de sexo, y fué su amiguita —Enriqueta—que un día dijo en círculo de amigas, que todas las mujeres tienen curiosidad en aquello, es una mirada natural, casi una costumbre, y si no lo creían, que mirasen a las mujeres casadas y hasta las suegras, para convencerse que nada había de deshonesto, sino un deseo natural de la vista en la mujer.

—¿No nos miran ellos los piés?—decía Enriqueta— ¿no han visto ustedes? los hombres tienen una locura por el pié chico de una mujer... dicen que hay muchos que se los besan a la que aman... Nos miran las pantorrillas cuando pueden y nos devoran el escote tratando de adivinarnos los senos y nos dicen cada safaduría, que si no fuera obligación enojarse, yo les daría un beso... si es buen mozo... Pues a nosotras, a todas, ya que no podemos mirarles los piés... ni las pantorrillas ¡es claro! vista la cara, nos asiste el derecho de lanzar, sin que se den cuenta, y con el mayor disimulo, una mirada ahí... para ver si es hombre... ¡qué caramba!

Enriqueta era la más vivaracha del círculo de amiguitas y siempre traía novedades y anécdotas.

Un día contó que los cardenales, durante siglos usaron la silla perforada cuando elegían al pontífice romano, de manera que el cardenal carmelengo, antes de proclamar: «Pontifex habemus», (tenemos el pontífice), tenía que asegurarse por el tacto si el nombrado era hombre, quizá, para que no llegara al solio pontificio una mujer, así, — y lo proclamaba la locuela con seriedad — es derecho de la mujer, cuando le presentan a Fulano o Mengano, cerciorarse si Fulano o Mengano lo es sólo de nombre o si por el bulto pertenece al sexo masculino.

Julia se convenció que aquella mirada era común a todas, muy disimulada por cierto, esperando la ocasión propicia, y que no era esta una demostración de liviandad.

Lo vió en mujeres muy serias, muy honestas, muy buenas esposas. Hasta su misma madre dedicaba aquella mirada a los que le hablaban.

Fué aquello un tema de risa entre sus amiguitas y Enriqueta inventó la frase: «Es muy lindo», que ante las mamás y conocidas servía de aviso a las compañeras para que se fijasen en el nuevo venido, quien tenía un bulto que era inmoral ostentar así ante señoritas.

Pero exceptuadas estas picardías de niñas y los sueños de sus noches solitarias, muy poéticas, llenas de pensamiento de un erotismo virginal, de caricias dulces y suaves—pensando a uno y a otro—amorosas caricias donde sus senos, que se erguían, hasta su vientre níveo en los escalofríos de sus deseos de virgen que a sola no debe seguir con el antifaz que durante el día, ante las visitas y por las calles, ostenta púdica y honesta, suspirando anhelante, mientras por su mente pasan las siluetas de hombres ideales sin detenerse con uno u otro preferentemente, sino en la fiebre del deseo que clama un esposo que le descubra la verdad del gran ensueño de amor...

Pero pasados aquellos instantes de delirio, Julia, era una joven con un concepto muy arraigado de sus de-

beres de mujer, de su misión en el hogar como esposa y como amante.

Ya a los 17 años no concurrió a la Academia porque ya sabía tocar algo y como sus padres no pensaban hacer de ella una maestra ni ponerla en una orquesta, sino prepararla para lo que era su aspiración máxima que se casara bien—como habían hecho las dos mayores—un esposo que pudiera darle lo necesario y que le brindara un hogar cuando llegara el día de dejar el de sus padres.

Julia podía decirse el modelo de una futura esposa en el concepto actual de la clase media, que es la negación de la esposa en el concepto feminista moderno: sabía leer y escribir aunque con algunos errores de ortografía; recordaba las cuatro operaciones de aritmética, aunque con alguna dificultad la de dividir; conocía música, tanto como para tocar los trozos que la habían enseñado, bordaba algo, sabía coser y remendar cuando ayudaba a la madre en los arreglos de la ropa blanca; de cocina tenía algunos conocimientos a fuerza de ver; sabía arreglarse, cuidar de su persona, peinarse dando hechizos a su carita; saludar, sentarse, caminar seria y sosegada; mirar sin dar a ver que miraba, disimular sus simpatías y sus pensamientos con la máscara de la *niña bien* que en la calle no se preocupa de los hombres que la miran y que quiere pasar desapercibida aunque por sus arreglos, su descote y la moda parezca decir: «Mírenme... díganme que soy bonita.»

Usaba botitas de tacos altos y se encorsetaba hasta sufrir, se ponía suficiente polvo y, a veces, para darse aire de interesante se hacía unas leves ojeras que daban resalte a sus ojos cenicientos y a su carita de virgen pálida.

Hecha a la escuela de la madre que le predicaba siempre que la mujer ha nacido para casarse, y una niña que piensa en su porvenir, no pierde su tiempo en amores sino en lo positivo, ella también anhelaba «encontrar un marido»...

¡Encontrar un marido!

Ahí el programa de toda su juventud, ahí todos los pensamientos y todos los desvelos.

Y el problema de un marido no es el más fácil a solucionar, porque parece que cada día que pasa, los hombres se muestran más reacios, más difíciles y más esquivos.

Les place cortejar, hacer el amor, rendir homenaje, pero no ir al registro civil.

Comprendía, por haberlo oído en las conversaciones de las mamás, a quienes este tema interesaba tanto y que debaten examinándolo bajo todos sus aspectos, que a los hombres les asustan los gastos subidos que se imponen al establecer un hogar, desde amueblarlo hasta los no pequeños del día de la boda; pero aún dejando el deseo natural de figurar y hacer las cosas bien, sin que las amigas tengan que murmurar y más bien la envidien por lo aparatoso y el buen casamiento realizado; los hombres, a su parecer, no tienen razón en mostrarse esquivos, porque al final no es poca cosa tener una mujer propia, una joven que va a brindarles las purezas de su cuerpo y a dedicarle la vida entera.

A los diez y siete años, Julia, se sentía posesionada de su misión y de su papel.

Todas sus atenciones las dedicaba para aparentar, llamar modestamente la atención y encontrar a un candidato.

Para esto la madre la llevaba algunas tardes de paseo, algunas noches en casa de conocidas a donde concurrían jóvenes; el domingo y los días de fiesta a la misa de las diez y algunas tardes al biógrafo, por ser el teatro un problema algo difícil dadas las limitadas entradas de que disponían.

Cuando no salían al anochecer, después de cenar, pasaba una hora en la ventana que daba a la calle, en forma que aparentando conversar con la madre o atender cariñosa al hermanito que corría por la vereda, pudiese hacerse admirar por los mozos que pasaban y ver si entre tantos surgía el anhelado candidato al matrimonio.

Su hermana Amelia se había casado con un conocido

que algunas veces había sabido llegar a la casa, pero Justa había conquistado al suyo en un paseo.

Conocía la forma que cada una de las amigas de la madre habían maniobrado para llegar al anhelado momento de ser pedida oficialmente, asunto muy interesante y a tenerse en cuenta porque así se llega a poseer el tacto y el ojo necesario para alentar a los galanteadores sin parecer demasiado interesada.

Cada día y a cada noviazgo de conocidas o no, era tema de largas conversaciones hasta conocer los más fútiles pormenores.

¡Son tan raros los hombres, que todos los cálculos fallan!

Una se casa cuando ya parece que no hay arreglo; otra, por haber sido débil pocas horas antes de ser llevada al civil, el novio pide otros plazos preparatorios a un rompimiento; una se casa porque es coqueta y otra por no serlo; pero en el balance final Julia llegó a tener como dogma de fe que para llegar al feliz trance de encontrar un marido, hay cuatro reglas que parecen infalibles en la mayoría, la inmensa mayoría de los casos y que por las mismas excepciones confirman la regla:

1.o No ceder ni a ruegos ni a promesas, porque el hombre que consigue hacer suya a una joven no se casa con ella.

2.o Simular con cuidado sus defectos.

3.o Tratar de amoldarse a los gustos y a las ideas del novio aunque sea aparentándolo.

4.o Mostrarse muy enamorada, haciendo gala de modestia, de feminidad y de bondad.

Las horas del día pasaban monótonas y el pensamiento siempre iba fabricando castillos de un futuro lleno de dicha, con un hombre amado, buen mozo y rico que le cantara diariamente la canción de amor, como los poetas en sus versos y los escritores decadentistas y románticos en sus novelas.

Julia, cuando cumplió los 17 años y entró en los diez y ocho, no tenía todavía novio.

Se desesperaba.

La madre parecía preocuparse también porque la figuración de ella imponía muchos sacrificios y entre los conocidos no se divisaba a un posible candidato.

Sin embargo, Julia, pensaba a menudo en Luis Contreras, hermano de Enriqueta, estudiante de derecho, a quien faltaban cuatro años para terminar su carrera. Se le mostraba galante y en un pic nic y otra vez en un baile familiar, habíala hecho objeto de muchas atenciones, hablándole con entusiasmo de su belleza y llamándola la reina entre las niñas presentes.

Pero la cosa no había pasado de ahí, y la madre le aconsejó de no alentarlo con miradas y con demasiadas atenciones, porque dado el caso que se hubiese decidido. no podía realizarse el casamiento antes de cinco o seis años, porque no siendo rico, después de recibirse, tendría que dedicar un tiempo a acreditarse para formar un hogar.

Había otro, un tal Anselmo Cabello, persona dedicada a negocios y que parecía disfrutar de buena posición, pero que ya pasaba los treinta y tres años. Muy atento, la cortejaba siempre que tenía ocasión de encontrarla, pero ni se mostraba asiduo, ni habíala hablado sino en forma ambigua, como de una cosa que podría ser.

Afirmaba doña Rosario, que los 15 años de diferencia no había que tomarlos en cuenta porque el hombre no envejece tan pronto como la mujer...

Es lo que se dice, aunque en realidad sobran los hombres que a los 45 años, lo son solamente de nombre y resultan tan inocuos para una mujer como un eunuco cualquiera, aunque se den tono de conquistadores y de jóvenes vigorosos.

Pero Anselmo no había encarado el asunto en forma que pudiera verse en él un futuro candidato posible. Julia, a más, no le mostraba mayor simpatía, porque de un lado la diferencia de edad, luego porque era casi calvo, no realizaba por cierto el caballero soñado por ella.

Otro candidato posible era el joven Figueredo, que tenía campos en la provincia de Corrientes. Un buen

mozo del cual se decían enormidades, un don Juan empedernido y un calavera insigne.

Julia misma lo había visto un día en un coche con una mujer que no debía, por su aire y sus cabellos oxigenados, ser nada de bueno.

Ella había sido objeto de sus cortesías, pero nada más, de manera que Julia, a ciencia cierta, no sabía si simplemente la distinguía o repitiese con ella las frases banales que los jóvenes conquistadores dicen a toda mujer que encuentran a su paso.

Sin embargo, Julia, sentía una verdadera simpatía, un deseo inmenso de ser amada por otro que no conocía, que no supo quien era — en los primeros tiempos —, un joven maestro de escuela elemental, que pasaba todas las tardes, muy serio, sin fijarse en ella siquiera, cuando estaba en la ventana del piso bajo, muy a la vista.

Era un mozo correcto, distinguido, más bien alto, de frente cuadrada y de cuerpo robusto.

Parecía un atleta y chocaba pensar que todo aquel músculo, pudiera entretenerse en la labor de educar pequeños y débiles niños.

Julia averiguó por medio de la sirvienta algunos antecedentes del maestro. Pablo Zabosky, era ruso, llegado desde pequeño al país, a fuerza de buena voluntad, de constancia, de sacrificios, había obtenido su título y sosteniendo con su pequeño sueldo de 150 pesos mensuales, a su madre vieja y a dos hermanos que estudiaban, uno en la elemental y otro en el Nacional, él se preparaba para dar como libre el bachillerato y seguir luego de ingeniero civil.

Julia pensaba en Pablo muy a menudo.

Su cara algo chata, pero la frente de hombre de voluntad férrea, su seriedad, su vida de sacrificio y la lucha que debía sostener para triunfar, la admiraban; pero ¿cómo llamarle la atención? Una joven no puede chistar al hombre que pasa para decirle que es simpático, ni es factible que ella se le declare.

La sociedad, las costumbres imponen a la mujer el papel de conquistada, el papel pasivo de la tierra

virgen que no puede ir en busca del mejor pionner que abra surcos en su seno y la embellezca fructificándola, sino debe esperar y aceptar que siente sus reales el holgazán que le hará llenar de malezas; así la mujer no puede, no debe, según unas costumbres injustas, expresar sus sentimientos, debe esperar que se le declaren, teniendo sobre la tierra, la única ventaja que algunas veces puede decir no, a las pretensiones de un galán, si es que las conveniencias, los parientes, la necesidad y mil hechos distintos no la obligan al sí.

Las costumbres consideran incompatible que la mujer también tenga el derecho de su cariño y de proclamarlo. Bien lo sabía Julia, quien no podía más que esperar ansiosa la hora en que Pablo pasaba serio, preocupado, presuroso. Quizás que él no se diera cuenta; porque ella no podía más que mirarlo de soslayo cuando él pasaba como distraído.

La madre, sin embargo, adivinó a su hija; averiguó quién era el mozo, y luego le dijo: «Estás fijándote en un ruso que pasa por la tarde, y no está bien en una niña honrada, mire, como quien dice, para que la miren o como si chistara... No. Eres hija de padres honestos y debes, como todas tus hermanas, esperar que se presente el que el destino te depare... No olvides que quien se ofrece no encuentra y no se casan ni las apocadas, ni las coquetas y, entre las dos, el hombre prefiere siempre las primeras a las segundas, porque la mujer ha nacido para ser una buena esposa y una óptima madre... Ese ruso no te conviene, ni que lo alientas con una mirada, porque es un pobre diablo, un maestro con 150 pesos de sueldo que mantiene a la madre y a dos hermanos... Si se casa, tendrá que dar de comer a la mujer los cuadernos de sus alumnos...».

—Dicen que estudia para ingeniero...

—¡Ah, la zorrita!... ¿ya averiguaste?...

—He oído una conversación...

—Sí... dicen que estudia... pero entre diez años será ingeniero... porque éstos son así... constantes...

—Es muy encomiable...

—Será... pero con esperanzas no se come.

—Tiene ya su sueldo de maestro...

—¿Y con esto? No hay para lujos con ese sueldo y... fíjate... va vestido con un traje que es lustroso a fuerza de cepillarlo... ¿Tú conoces a la madre?

...¿No es la que por la mañana va al mercado? ... una renga...

—La misma... parece una pordiosera, y los dos hermanos van al colegio vestidos que dan piedad...

—Sí, son muy pobres.

—Ya lo ves... Parece mentira que siendo hija mía, se te ocurra fijarte en semejante ruso.

—No me fijo, mamá; son cosas tuyas.

—Te repudio de hija, antes que permitirte semejante casamiento.

—Pero si él no se fija en mí. Nunca ha habido un saludo...

—Faltaría esto... una niña bien como tú piensa en buscar marido... pero decentemente... un hombre que tenga con qué mantener un hogar; sin parientes que nos obliguen a sonrojarnos... Tú, gracias a Dios, puedes ambicionar más que ese maestrucho andrajoso.

—Te suplico, mamá, no insistas; yo ni he pensado en él, ni nada hay de parte suya...

—Ya lo creo, que si lo hubiera, ya lo llamaría a ese señor, para decirle que mi hija no es bocado para él...

Así la madre de Julia sofocó en sus comienzos la simpatía que ésta sentía para aquel hombre que, con su solo esfuerzo y quién sabe a costa de qué sacrificios, había sabido llegar a tener un diploma y que — ella estaba segura — sabría seguir hasta triunfar, hasta llegar a la meta.

La voluntad de querer vencer, la subyugaba, y, en su horizonte estrecho de niña que sueña y se forja porvenires sonrosados, parecíale que entrar en la vida del brazo de un hombre así, debía ser la dicha, porque un hombre fuerte hasta en sus afectos debe tener la constancia de cariños que emplea para triunfar en la lucha de la existencia.

Pero veía que en la realidad no se vive de ilusiones, como la madre bien se lo decía; no bastaba ser buen mozo; era menester tener dinero y que el candidato la hiciera objeto de galanteos.

Desistió de sus locas esperanzas, pero en sus noches solitarias pensaba en el apuesto atleta que, a brazo partido, luchaba para llegar, y que cada tarde pasaba apresurado a pocos pasos de ella, sin mirarla siquiera... y soñaba que pudiese ser rico de un día a otro y que, en un ocaso delicioso, en uno de estos atardeceres que parecen preparar las grandes canciones de amor, se parara ahí, para saludarla y decirle que la amaba mucho, que habíale ocultado sus cariños para ofrecérselos cuando, con el amor, podía brindarle un porvenir y las comodidades de un hogar sin miserias, porque le repetían siempre: «El amor sin pan es un veneno a plazo fijo».

Tenía ya dieciocho años cumplidos, y nada se resolvía en el problema del porvenir, que se presentaba oscuro.

Luis Contreras estaba de novio con Matilde, una amiga muy coqueta, que se lo había robado, ahí bajo sus mismas narices, a fuerza de mimos y de contorsiones de gatita. Ella, que era seria; que, ante los mozos, no se permitía nunca ciertas licencias de niña atrevida, fué vencida fácilmente por aquella locuela que sonreía siempre, que tenía miradas tan dulces para los hombres, que parecían decir: «¡Ah, me muero!» y cuando Contreras fué novio de aquella, sintió enojo de haberlo perdido, a pesar de los consejos de la madre, porque, si bien no era tan simpático como Zabousky, era muy hablador, muy fino, escribía versos y era galante.

Figueredo seguía cortejándola, pero sin concretar nada y entre las amigas se cuchicheaba cosas horrorosas del mozo, que hacía el amor con diez mujeres distintas y tenía para todas una palabra dulce y una frase galante.

Sin embargo, a Julia parecíale que era objeto de

distinciones y que para ella el joven tenía una mirada de fuego, unas palabras más dulces.

Una vez, en un pic-nic, él le ofreció el brazo y, algo alejados de los demás, le dijo:

—¿Porqué es Vd. mala conmigo, señorita?

—¿Mala?... no sé porqué.

—Mala, sí; yo veo en Vd. un recelo que me impide serle expansivo.

—No es cierto.

—Si yo la dijese que es Vd. para mí una visión dulcísima, algo que me conmueve...

—Vd. me bromea... yo sé que Vd. tiene novia.

—¿Quién le ha dicho semejante mentira...?

—¡Mentira!... una novia no... varias...; tiene fama de ser un Don Juan terrible.

—Es falso.

—Yo no merezco que Vd. quiera también reirse de mí, como hace con las demás.

—No sé lo que pueden haberle dicho, o, más bien, sé, y es mentira. Vd. es inteligente y quiero hablarla con franqueza, como si fuera una hermana mía. Es cierto que me place divertirme; es mi edad, y desconfíe de los jóvenes y de los hombres que hablan siempre de virtud y que se muestran siempre correctos... son los peores. Los que gritamos mucho, los que dedicamos algunas horas a expansiones de nuestra edad, somos, tal vez, los más virtuosos, porque yo, y se lo juro, Julia, jamás he engañado a una niña... Bromeo con todas, porque me place la juventud y lo bello; no comprendo que se puede estar ante el mar, o en las sierras, sin extasiarse al contemplar la naturaleza, y menos puedo comprender que, ante una joven bella, uno se quede como zonzo o haciendo el jesuíta... Decir bello a lo que es bello, no es pecado. Pero yo no soy como muchos que tienen sentada plaza de jóvenes serios, acechan virtudes y engañan a niñas... No!... a mí no se me puede acusar de esto... Me place divertirme, realizar con mis amigos algunas calaveradas, pero sin hacer daño a nadie, y el día que yo sienta inclinación para una niña, el día que la ame y

me vea amado, resolveré dar mi nombre a la que escoja para compañera de mi vida. No crea que haré la desgracia de ella, porque tengo corazón y no confundo amor con capricho, calaverada con mi porvenir y el de la mujer que sea mi esposa...

Julia no supo qué contestarle.

Unas amiguitas llegaron corriendo, y tuvieron que separarse.

Pensó aquella noche en las palabras de Figueredo y sin conocimiento suficiente de la vida como para poder juzgar la verdad de las ideas que le había expuesto, quedó perpleja.

¡Qué había querido decirle! Era ella la mujer ideal que él soñaba? Sería ella la diosa que pudiera atar aquel corazón inconstante?

Mil preguntas, mil esperanzas.

..Figueredo tenía 25 años, no era bello, pero simpático; lo habría amado si él la hubiese elegido como dueña de su corazón. Tenía unos campos por la provincia de Corrientes que le permitían disfrutar de una buena posición económica, y en especial manera le halagaba ser ella la conquistadora del joven que tenía fama de don Juan, ser ella que del brazo de él, blanco vestida, adornada de azahares, pudiese ante sus amigas tácitamente proclamar: «Yo, la que vosotras llamábais demasiado seria, soy la que lo he sabido conquistar».

Pero sus ensueños quedaron como esperanzas que no se realizan.

Figueredo no frecuentaba la casa sino raramente y una cantidad de inconvenientes parecían acumularse para que nunca, en las pocas veces que podían verse, pudiese él hablarle.

Julia siguiendo el método de seriedad y dignidad que oía siempre predicar a la mamá, esperaba sin alentar, ni buscar ocasiones—y como quien no quiera la cosa—para hablar a solas con un posible *candidato*.

También conoció en aquel entonces a un empleado del ferrocarril, un belga, Luis Drofaux, compañero de trabajo de su padre, un tipo muy apocado, que no se

atrevía a hablarle, aunque a veces—como venía a visitarlos a menudo—quedaba con ella cerca de la ventana, viendo pasar los transeuntes, mientras la madre con sus ausencias parecía alentar el posible idilio entre los dos jóvenes.

Demostraba interés por ella, pero no se resolvía y muchas noches en una penumbra suave, cerca de la ventana, pasaban largos ratos uno cerca de otro, en silencio, tanto que Julia, encontrando ridículo que quedasen así sin cambiar una frase, iba con preguntas banales sobre el tiempo y el calor, manteniendo la conversación.

Después de tres meses que se veían una o dos veces por semana, teniendo ocasión de conversar solos, el señor Drofaux se limitaba a suspirar.

Una noche tibia de verano, la luna plateaba la ventana en que estaban ellos sentados.

Julia apoyada sobre la balaustrada, tenía su mano derecha en dulce abandono, blanca y bella así como una mano marmórea, besada por los rayos pálidos de la luna, que la iluminaba de la cintura a las rodillas; él, recostado frente a ella, silencioso.

La madre en la vecina pieza parecía muy ocupada en hacer deletrear la cartilla a Andrés, que en año y medio de colegio, nada aprendía, y según aviso de la maestra no pasaría a primero superior si en las vacaciones no estudiaba.

Julia se apercibió que la mirada de Luis posaba persistente sobre su mano. Dulcemente, cariñosa, embargada por una languidez que hacía estremecer sus nervios, molesta por aquel silencio, le preguntó: ¿Qué mira?

—Miro... su mano.

—¿Mi mano? ¿Qué tiene?

—¡Es tan bella!

—¿Bella?... no... como tantas.

—No crea... Se la admiro mucho, es muy bella, así a los rayos de la luna parece una escultura de nácar... una mano hechicera, que...

—¿Que...?

—Que... siempre he admirado.
—No me había fijado que mi mano mereciese admiración... y en especial manera la suya.
—¿No lo cree?
—No puedo creerlo... tan poca cosa.
—¿Y si fuese lo contrario?
—No lo creería.
—¿Si se lo probara?
—¿Cómo?
—Leyéndole lo que he escrito pensando en ella.
—¿Ha escrito Vd. algo sobre mi mano?
—Sí... en honor de esa manita blanca y bella.
—Vd. se ríe de mi.
—No... señorita; ¿cómo puede creer eso?
—¡Es tan increíble!
—¿Si se lo probara?
—Pero, ¿cómo?
—Leyéndola algo que he escrito... hace unas semanas... y que no he osado darle.
—¿Lo tiene Vd. aquí?
—Sí... me permite que lo lea.
—No sé qué decirle... La curiosidad es tan grande... si Vd. no tiene inconveniente... pero ahí Vd. no ve para leer.
—Sí... la luz eléctrica de la calle permite hacerlo fácilmente...

Sacó del bolsillo unas hojas e, inclinándose algo, sin mirarla, empezó con voz dulce, como caricia halagadora, algo doblegado, de manera que, al levantar la vista, no miraba a ella, sino que tenía muy cerca la blanca mano de Julia, mientras la cabeza de cabello castaño de ella, sus ojos cenicientos, su cútis pálido parecían perderse en la sombra, iluminada como una visión el busto, la mano y el cuerpo hasta las rodillas por los rayos de la luna, perdiéndose lo demás de su cuerpo en la oscuridad, mientras él quedaba de lleno iluminado por el foco eléctrico, muy conmovido, como rezando:

«La mano de Julia — empezó con fruición dulcísima — es blanca, nerviosa, delgada... las venas se de-

linean con líneas precisas como azulados dibujos en la nieve del cútis, mano de reina, mano de diosa... Bendita sea... ¡quién pudiera besarla! Los nervios se adivinan en sus movimientos bajo la piel blanquísima de hada. Mano algo ancha, no muy pequeña; no de niña adolescente, sino de mujer en plena juventud. ¡No he visto otra tan bella, tan — (¡perdóneme!) — sensual y atrayente!... Deben ser lirios que acarician, deben ser eléctros en su contacto ... Mano bendita, que se mueve nerviosa, ofreciéndose a la mirada cuando su dueña charla, como si se expusiese, adorable en todos sus detalles, para que la admiren; manos que parecen hechas, en el lenguaje de sus dedos, en sus movimientos nerviosos, para la caricia y para el mando. Dedos sútiles qué, como pétalos de flores, deben tener perfumes, deben tener hechizos, deben tener paraísos de ternura cuando aman, y que nerviosas se cierran cuando su dueña se impacienta o sublimemente inmóviles, abandonadas, ofreciendo el dorso de la mano a la admiración, quedan quietas cuando — (como en este momento) — está el brazo descansando en el soporte del sillón. Yo las he admirado, besadas por la luz que las embellece — (así como ahora) — como cisne con blandura; cuando ,conversando, ofrecen su dorso, su palma, sus dedos, verdaderos cisnes cuya blancura en las aguas de manojos de luz. Manos bellas, más bellas que la concha de nácar, que esconde en sus reflejos la perla de riqueza inmensa; más bellas y más blancas que el reflejo plateado de la luna que besa las aguas de una laguna quieta; bellas como las manos que pintores afamados han dibujado para sentir en ellas el manso arrullo de sueños, de caricias, de delicias, de besos; más bellas que los senos vírgenes de diosas, porque tienen en su blandura, en sus movimientos, en sus nervios, en sus venas azuladas: vida, malicias, caricias... Posar mis labios sobre ellas, sería para mi más delicioso que admirar un panorama de la Naturaleza hermosa y triunfadora, más que poseer un tesoro de nácar y de márfil; cuando se las admiro, veo en ellas la blandura de los pétalos y los reflejos.

blanquísimos de copos de nieve de las nubes en los ocasos de sol, cuando el cielo parece incendiarse y las nubecillas lejanas, puras y blancas como copos de nieve, como crestas de las olas en el mar que rompe sobre la costa... Vd. es bella, Julia, adorablemente bella, como una visión, como un sueño... pero sus manos, esas manos que tienen para mi algo tan hechicero, tan hermoso, quisiera poderlas adorar toda mi vida, besarlas...»

Y el joven bajó su cabeza y, como atraído por la mano que, acariciada por los rayos de la luna, quedaba ahí en el altar de sus cariños, recibiendo la adoración y la lisonja, la tocó con sus labios, con un beso lento, larguísimo, que la hizo estremecer toda.

Ella no supo qué decirle, cuando Luis levantó su cara. en la cual los ojos brillaban llenos de emoción.

Callaron.

El como anonadado, ella no sabiendo explicarse qué había en aquellos labios para hacerla estremecer tanto. Otras veces — recordaba — habíanle besado la mano Raúl, su amor de adolescente; Luis Contreras en forma obsequiosa; Julio Figueredo, al visitarlas, galantemente lo hacía a ella y a la madre. Recordaba que, en otras ocasiones, un señor inglés y dos franceses habían tenido para ella aquella finura de saludo, pero nunca el contacto de los labios de un hombre habíala producido tan extraña emoción. Se sentía halagada; nunca hubiera supuesto que sus manos, que cuidaba con esmero y sabía bellas, pudiesen merecer tantos elogios. Sin embargo, hubiera preferido una declaración en forma.

Luis le era simpático. No se quejaría de que Drofaux fuera, un día, su esposo.

La halagaba su galantería.

Al rato, él la preguntó: —¿Está Vd. enojada?

—¿Porqué?

—Por haberla besado la mano.

—No hay en ello nada de malo; el señor Figueredo, cuando viene, siempre me la besa; y hay personas que usan esta cortesía... muy obsequiosa, por cierto.

—Sí, pero es que en mi beso hay algo más que un obsequio...

—No veo porqué hubiera más que esto.. somos buenos conocidos...

—Yo quisiera ser el señor Figueredo cuando la saluda.

—No veo el por qué.

—¿Me permitiría Vd. que yo lo hiciera?

—No sé qué decirle... Si a Vd. le place, y siempre que lo haga delante de mamá... como una simple cortesía, no veo el inconveniente; estando sola podría creerse una expansión de novios, y como nosotros no lo somos... sino simples conocidos...

Julia se sonrojó por la frase pronunciada. No podía comprender en un hombre tanta cortedad. Si debía declarársele, que lo hiciera de una vez, pareciéndole haber ya dicho mucho al encarar la conversación de manera que Luis tuviese que hablarle de su amor.

El, en voz muy baja, contestó:

—Es cierto... tiene Vd. mucha, muchísima razón... comprendo que un hombre en estos casos debe resolverse... y yo lo habría hecho hace tiempo, pero hay una razón que, por el momento, me lo impide... Yo la quiero, señorita, tanto o más de lo que Vd. se supone... Mi situación ante Vd. y ante los suyos se hace cada día más escabrosa, porque un mozo que viene a casa de una familia honesta, debe tener sanas intenciones... Pero, hay algo que no me atrevo a decirle.

—No sé por qué.

—Porque temo perderla.

—¿Perderme?

—No merecer su cariño, que es lo más grande que yo anhelo en el mundo...

Y, como Julia calló, continuó él:

—Hay en la vida de los hombres cosas que la moral, la moral severa de una mujer, no explica, pero que, sin embargo, son la moral de la vida, son la vida misma en toda su crudeza... Yo... ¿me promete Vd. su indulgencia?

—No tengo porque negársela.

—Sin embargo, hay cosas que la sociedad reprueba; que la mujer en especial manera condena... Si yo supiera que Vd. no fuese severa...

—Hable con franqueza.

—Le diré que la he adorado desde el primer día que la ví... Desde entonces he cultivado para Vd., no un cariño, no un amor, sino una adoración sincera, profunda... Se lo hubiera confesado... cien veces he querido poderle decir: «Julia, ¿me correspondería Vd. con un poco de afecto, si yo la pidiera como esposa?»... Pero, hay un algo que me lo impide... un compromiso.

—¿Un compromiso?

—Sí... perdóneme, sea indulgente, le confesaré toda la verdad... Antes de conocerla, mucho antes, hace ya unos seis años, encontré a una pobre mujer, una joven obrera... Matilde... No puede Vd. comprender qué vida es la de nosotros los hombres, cuando somos solteros, sin familia... la vida del hotel, de la casa de pensión, obteniéndolo todo a fuerza de plata, sin expansiones: y aun cuando, cansados de calaverear, volvemos al cuarto solitario a donde para una copa de agua es menester pagar... se llega a sentir la necesidad de una mujer, aun sea de una mujer que no sea nuestra esposa, porque a los 22 años uno no piensa casarse... Fué así que conocí a esa pobre joven de que le hablo... era sola; ganaba miserablemente su pan en una fábrica de coser bolsas... había sido engañada por un hombre... Yo la encontré cuando desesperada, acosada por la miseria, quizás estaba a un paso de perderse o del suicidio... y la recogí...

—¿Por qué no se casa con ella?

—¡Ah!, señorita no me condene sin escucharme...

—Es que yo no podría jamás robarlo a una mujer que tiene derechos adquiridos sobre Vd.

—Si así fuera... tendría Vd. razón; pero no es así... Matilde hace cuatro años tuvo una nenita.

—¿Tiene Vd. una hija?

—Sí... por ella, por mi pequeña Rosita me hubiera yo casado con Matilde, pero una enfermedad que no perdona, la tiene casi siempre postrada en

cama... y yo... se lo juro... yo que quisiera para ella diez años de vida..., he creído mi deber esperar...; que desaparezca un lazo moral que desde años ya no existe sino de nombre... para hablarle a Vd.... Pero tengo mucho temor... ¿querrá Vd. aceptarme con este antecedènte?... ¿permitirá que antes del desenlace legitíme a la pequeña?... ¿aceptará Vd... joven, bella, la carga de un hombre que tiene una hija?

Y quedó con la cabeza baja, como esperando su sentencia, sin osar mirarla; con las manos casi juntas.

—¿La niña está con la madre?

—No; con la excusa de su enfermedad, hace seis meses la mandé a Pergamino a donde tengo una hermana.

—¿Y... la señora... vive con Vd.?

—Tampoco... hace ocho meses que la tengo en un sanatorio.

Callaron.

Julia a tan inesperada confesión no sabía que contestar y cuando él insistiendo le dijo: «Ahora que usted conoce la verdad... no sea cruel... contésteme... yo la adoro, yo la haré feliz. Se lo juro... pero tengo una hija... y no podría dejarla... necesito legitimarla... ¿acepta mi cariño?

—No sé... no puedo contestarle...

Volvieron a callar.

El afecto dulcísimo que la había embriagado en un principio, el placer de verse objeto de una adoración sincera, se enfriaba ante el hecho de esa otra mujer — Matilde — que si bien enferma, se consideraba con derechos sobre Luis, con el cual tenía una hija. No le halagaba el pensamiento de tener deberes de madre antes de serlo, y una pena que no era suya, que siempre la miraría como madrasta.

—Veré, pensaré, señor Drufaux, es una cuestión muy seria la que Vd. me plantea... debo reflexionar...

La madre se acercó a ellos y después de conversar un rato sobre nimiedades el señor Drufaux se retiró.

Besó la mano a doña Rosario, pero no se atrevió con Julia.

Apenas solas, aquella le preguntó que había de nuevo: «Está muy meloso... el señor Drufaux... me parece que quiere quedar bien con su futura suegra...».

Julia la puso al corriente de lo que había pasado y la esperanza de aquel casamiento que era conveniente, por gozar el señor Drufaux de un excelente empleo, se hizo difícil.

—¡Bah!, refunfuñó doña Rosario... esperar que se muera aquélla!... dejarlo que se case... y que mi hija... suponiendo que pudieses casarte en un año, hacerlo con un viudo que tiene una hija de seis... ¡No ès programa!...

CAPITULO III

A pesar del frío que había producido en el hogar Reulor, la verdad de la vida íntima del señor Drufaux, no había Julia contestado aún. Pidió un plazo para pensarlo.

Luis venía solamente una vez por semana, muy obsequioso con doña Rosario, muy humilde y triste con Julia, como si quisiese hacerse perdonar aquel pasado, aquella falta, aquella niña que amenazaba ser el obstáculo más serio para que la joven idolatrada aceptase su amor.

Charlaban de vez en cuando solos, pero no sobre la cuestión que a ambos les preocupaba, porque Julia le había pedido dos meses para reflexionar y él no se atrevía a indagar si eran esperanzas o decepciones las que se dibujarían en el horizonte del porvenir.

Luis era muy obsequioso.

Dos veces cuando quedaron solos, habíase arrodillado ante ella, y posado sus labios sobre los dedos finos y blancos que tocaba apenas, muy cerca de las uñas como si no osara posarlos sobre el blanco dorso como aquella noche en la adoración inmensa y sumisa.

Sentía Julia un hechizo, una languidez ante la súplica del joven que con sus palabras, como en las cuestiones nimias que servían de tema a sus conversaciones, parecía, que por su voz y su gesto, estuviese suplicándola.

—No le preguntaré nada hasta que decida Vd. mi felicidad... pero se lo súplico... hágalo muy pronto... Es cierto que para una niña como Vd. deba horrorizarle casarse con un hombre que tiene una hija y que tuvo otra mujer... pero cuando Vd. conozca la vida sabrá disculparme... Quizás comprenderá que es más honesto en cambio de abandonar a aquella desgraciada, que yo cuide de sus últimos días y no tenga el remordimiento que cierre sus ojos, llorando... Si fuera fuerte, joven, bella, podría decirle que se acabó todo entre nosotros, pero Vd. que es buena, no me pedirá que a una enferma, aniquilada y agonizante, le amargue sus últimos momentos...

No sería digno... no podría Vd. estimarme.

El que hace una mala acción hoy, hará cien mañana. Mi rectitud en esto no transige, estoy dispuesto perder su amor, pero conquistar su estimación y la mía. Podría sí, no casarme con ella, pero quedaría mi hija, esa pobrecita que no ha pedido nacer, sin un nombre; ya grande, tendría derecho al sonrojarse, de preguntarme porqué no la he reconocido.

Un hijo y más una hija ilegítima se encuentran ante la sociedad en un estado inferior... Si hubiera sido otro, habría podido ocultarle todo esto: hacer como tantos hacen... no haberle dicho la verdad... pedir un plazo, arreglar mis cosas y luego, ya conquistado su cariño, hacerle una confesión más o menos exacta, cuando la otra ya no existiese... No me ha parecido digno ni de mi ni de Vd. Creo que el amor que no está basado sobre la estimación es una fiebre que pasa... Esperaré pues que Vd. resuelva... Debo hacerme perdonar mi pasado, pero todos los hombres han tenido una mujer en su vida... tengo mi hija, de la cual no puedo arrepentirme, porque la quiero. Sin duda la espanta pensar en los dolores de madre a los 18 años, pero habría hecho mal en ocultarle esto. Aunque el hecho pese en mi contra, tengo en cambio dos cosas que quizás deben pesar a mi favor: la honradez de mi proceder y el cariño que le profeso, que puedo asegurarle será una adoración,

un agradecimiento sin límites... De rodillas la adoraré Julia y... en este tiempo de espera... hablaremos delante de otros o solos de lo que a Vd. le plazca, pero no olvide que yo pensaré en mi interior de suplicarle que me perdone, que tenga piedad de mi amor.

En efecto, muchas veces mientras hablaban de cosas indiferentes, ella lo miraba, cuando disimuladamente juntaba las manos suplicantes.

Sentirse amada así, humildemente; tener que perdonar un pasado, con la aureola del sacrificio al hacerse cargo a los 18 años de una niña de 6, entrar en el matrimonio no solo con sueños dorados, pero también con deberes hacia el hombre, que aún amándola, era honesto hasta con una hija del arroyo ya que ella no podía clasificar de otra forma a una mujer que sin estar casada vivía con un hombre — eran para ella dos razones de estimarlo y quizás un día quererlo—.

Notó que él trataba de complacerla en todo. Sabiéndola amante de las flores, no dejaba ocasión de obsequiarla con ramos, cubriendo las apariencias y trayendo otros para doña Rosario y, como supo que a Julia le molestaba el humo del cigarro, no fumaba ante ella y dulcemente, una vez, la dijo que con placer la haría para siempre el sacrificio de este pequeño vicio.

Una noche llegó cuando estaban para salir. Iban a una función familiar, a la cual seguiría un baile.

Las acompañó y, en un intérvalo, Julia, que no perdía una pieza, le preguntó:

—¿Porqué no baila Vd., señor Drufaux?

—No sé bailar.

—Se cansará Vd. en quedar así mirando.

—No, me complace ver que Vd. se divierte.

Julia, aquella noche, tuve uno de estos caprichos que luego ni ella misma se explicaba.

—No le creo — le contestó.

—Se lo aseguro.

—Creo, más bien, que lo que siente es no poder ir

al palco de enfrente, adonde hay aquella señorita que Vd. mira tanto...

—¿Yo?... ¡Aquella! Le juro a Vd. que sólamente ahora me apercibo de ella, porque donde Vd. está, las damas para mi no existen.

—No le creo.

—No sea Vd. injusta.

—Bien... — contestó ella imperiosa, — si no es así, quiero que no mire más de aquel lado.

Venía en aquel momento un joven a solicitarla para la pieza que tocaba la orquesta, pero se excusó y paseó del brazo de Luis, a quien dejó luego en lugar desde el cual no se veía a la señorita del palco, cuando aceptó bailar, más tarde, con el hermano de Luis Contreras, que estaba ahí con su novia.

Desde aquella noche, Julia se complacía probar su docilidad y hasta algunas veces se mostró nerviosa, exigente, mientras iba lentamente inclinándose a la conveniencia de aquel matrimonio con un hombre que le juraba hacerla feliz.

*
* *

Faltaban diez días para que se cumplieran los dos meses que había pedido para resolver favorable o negativamente el pedido de Luis Drufaux, cuando una noche, después de conversar sus padres largamente a solas, la llamaron.

—Debo darte una noticia, una gran noticia — dijo el padre. Y al rato agregó:

—Don Anselmo me ha visto esta tarde y ha pedido tu mano.

Julia hizo un ademán de desagrado.

Al Sr. Anselmo Cabello lo consideraba demasiado serio, tieso, severo, con su cabeza calva y sus ojos azules, que parecían querer remover el interior de uno hasta lo íntimo.

—Nada me ha dicho, — objetó ella.

—Es cierto. Me dijo que no te había hablado del

asunto, porque, como es hombre formal, le pareció poco serio pasar por encima de nosotros... Ha preferido, antes saber si tu madre y yo no nos opondríamos al pedido y que nosotros mismos te consultáramos...

Julia quedó perpleja.

—Es un buen partido — agregó la madre.

—Tiene quince años más que yo.

—¡Oh! en un hombre quince o veinte años más, no son gran cosa... Cuando él tendrá cincuenta años, la flor de la madurez en un hombre, tú tendrás 35 o sea ya marchando a la vejez...

—¿Qué te pasa, Julia? ¿Estás pensativa? — preguntó la madre, y agregó luego:

—Ya llegaste a la edad de casarte. Tus padres no vivirán siempre y, si una mujer no se casa de los 16 a los 20 años, entra en la época difícil de encontrar novio. Has cumplido los 18 y estás en los 19. Otras esperanzas factibles y de provecho no las veo. Luis Drufaux no te conviene. Un hombre no olvida nunca a la primera mujer que ha tenido, aunque haya muerto. Quizás que no le deje como herencia la tuberculosis, que es traicionera, y luego, casarte con un viudo que tiene una hija, no es halagueño a tu edad... Esto se deja a una solterona, y no a un pimpollo como tú... En cambio, Anselmo es un hombre correcto y de posición. Tiene sus campos y trabaja mucho en su escritorio. Julio Figuereda es un calavera y con éste no hay qué esperar. Te hace perder el tiempo. Un muchacho que derrocha lo que tiene detrás de toda mujer que ve, no es partido deseable, mientras Anselmo es la seriedad misma, ocupado únicamente en sus negocios y en alguna diversión honesta. Espero que no pensarás ya en aquel maestrucho pordiosero, porque no debe halagarte morir de hambre, amando. La época de hoy es positivista. Los dos únicos candidatos posibles, pues, son Drufaux y Cabello. Drufaux un mujerengo, Cabello un caballero; aquel con una hija para que se la eduquen; con éste, si hay hijos, serán del matrimonio, y más vale criar diez hijos propios, que ser madrasta de uno...

—¿No te place, hija mía? — preguntó el padre.

—No es esto... pero es calvo.

—En un hombre no es feo; da tono y es signo de talento.

—No digas esto, mamá, porque calvos son también el cartero y el changador de la esquina...

—Hija mía, no he mirado, como tú, ni al changador ni al cartero, pero en este caso miro tu porvenir.

—Un hombre que debe tener una entrada de más de $ 600 mensuales en concepto de arrendamientos, y luego sus negocios, — agregó el padre.

—Nunca me ha dicho nada... cortés sí, pero nada más.

—Lo que prueba que no es uno de estos mozalbetes que corren detrás de todas, haciendo los don Juanes.

—Había prometido contestar al señor Drufaux para fin de mes...

—Yo no quiero creer que aceptarás semejante matrimonio, que no es para tí.

—Nosotros estamos interesados que te cases con don Anselmo, que es el hombre que puede hacerte feliz. Tiene una buena posición, es serio, correcto, honesto y es joven, porque 34 años es la flor de la juventud en un hombre.

Julia no amaba a ninguno de sus pretendientes; la gustaba Pablo Zabosky, pero ésto no era posible; Figueredo la era simpático, agradable, pero no la había formalmente hablado; Drufaux la amaba, pero tenía una hija y había que esperar que la otra muriera, lo que no era halagüeño, así que no opuso mayores dificultades. Aceptó.

Casarse, para ella, ya que no podía hacerlo con el hombre que hubiese elegido, era entrar de lleno en la vida, tener un marido, ser *mujer,* dueña de hogar.

Conociendo por referencia el *por qué* del matrimonio: este secreto estimulaba su curiosidad natural de lo deseado y de lo que no se conoce. Sin duda, hubiera preferido que el hombre que tendría el derecho de besarla, de hacerla suya, fuese el ideal soñado; pero, a no poder ser así, tenía que conformarse que se diera

satisfacción a la conveniencia, ya que no, al corazón.

Lo importante desde el momento que tomaba la gran resolución, era adaptarse. Anselmo, es cierto, tenía 15 años más que ella; llevaba anteojos, cuyos vidrios algo ahumados escondían las pupilas claras, y era calvo. Pero estos defectos debían desaparecer con el tiempo, porque gozaba de una buena posición, era serio y correcto y, sin duda, la brindaría una vida de cariño, sin traiciones y sin los peligros que ofrecía Figueredo, que, quizás, no olvidaría, después de la luna de miel, su sed de diversiones; sin el recuerdo de la muerta y el estorbo de la hija en Drufaux, y sin el peligro de la miseria, dado el caso que la hubiese elegido Zabosky.

Reflexionando en el silencio de su alcoba, llegó a ver que debía aceptar el pedido de Anselmo, que debía amarla, si había llegado a dar el paso de solicitar su mano, amarla mucho más que Figueredo y con mayor seriedad que Drufaux. Ella pondría toda su buena voluntad para cobrarle cariño, ser una esposa amada y amante.

Hubiera preferido que la hubiese cortejado, y, ya de acuerdo, se hubiese dirigido a los padres. Era una cortedad que no comprendía en un hombre. ¡Oh, si ella fuese hombre, ya sabría declararse a una niña, ya sabría conquistarla!

Se durmió, dulcemente soñando en un porvenir tanto tiempo anhelado. ¡Ser esposa! ¡Llamarse la señora de Cabello, ya que no podía llamarse la señora de Zabosky o de Figueredo, y no convenía ser la señora de Drufaux! ¡oh Señora de Cabello! Sí. Con esto entraría en la vida, sería mujer, conocería el gran secreto, las dichas inmensas de casada, las confianzas mútuas.

¡Dejar de ser niña, de ser virgen!

Lo que a diario deseaba; pero dejar de serlo en forma oficial, entre el aplauso de todos y las congratulaciones, porque hacerlo con bombas y platillos, obsequiada, acompañada, es honesto y decoroso... llegar a ser mujer sabiéndolo solamente los dos que se aman en el silencio de una hora de cariño, es delito...

CAPITULO IV

La noche después vino Anselmo Cabello. Estuvo buen rato conversando con don Luis y doña Rosario, y luego la llamaron.

Entró ella algo cohibida y vergonzosa.

—Hija mía, el señor Cabello ha pedido tu mano, y le hemos dicho que tú has aceptado, ¿es verdad?

—Sí — contestó ella.

Se saludaron.

Anselmo le estrechó con efusión las manos, dándole las gracias.

—Temía mucho no merecer su cariño, — dijo muy conmovido, — porque, si bien hace dos años que me fijaba en Vd., no pude nunca llamarle la atención...

—Señor Cabello, como Vd. jamás me hizo comprender...

—Mi carácter es muy retraído... Quería antes pensar muy bien, porque el casamiento es para toda la vida. No me ha gustado nunca engañar, ni hacer una cosa bajo el primer impulso. He querido antes estudiarme y, cuando he visto que para la felicidad de mi vida era necesaria la sonrisa de Vd., es que me he resuelto... Nos dividen unos años de edad... pero no muchos... y tengo la seguridad, si mereciera su cariño, de hacer su dicha y la de ambos. ¿Qué me contesta, pues, Julia? Necesito algo más que el consentimiento de sus padres; necesito oir de su boca que mi amor tiene un eco en Vd.

Julia bajó los ojos y, tendiendo de nuevo su mano, le contestó muy emocionada:

—Trataré de ser digna de su afecto, y si no me fuese Vd. simpático... no habría aceptado...

—¿Y no me quiere Vd. un poco?

Julia contestó con la cabeza un «sí» y corrió a abrazar a su madre.

El casamiento fué concertado para el mes de Octubre; esto es, un plazo de siete meses.

* * *

Se cambiaron los anillos de compromiso. Anselmo, todas las noches visitaba la casa, quedando de ocho a diez, y los domingos por la tarde iba a dar con la novia, la madre de ésta y el nene, un paseo, si el padre no iba con ellos. Algunas veces los llevaba al teatro o a un cinematógrafo.

Era muy escrupuloso y muy recto.

Una vez que en el teatro de Mayo una cupletista cantó algo picante, tomó el sombrero y con ellos se retiró del palco.

—Parece mentira que haya familias que concurren a oir semejantes cosas, — dijo con aire Catoniano. — Si todas hiciesen como nosotros, se moralizaría el teatro.

Cuando los novios quedaban solos, de noche, cerca de la ventana, charlando, mientras la madre con el pequeño Andrés quedaba en la pieza contigua, Anselmo se mostró a Julia bajo un aspecto no sospechado.

La amaba mucho y, a pesar de su aire reservado y de su seriedad, era expansivo y cariñoso.

Habíale, sí, desde el primer momento hecho sentir su voluntad, a la cual ella se doblegó, porque comprendía que, teniendo novio, reconocía en él derechos y era menester amoldarse a sus gustos, para preparar su futura felicidad.

El señor Drufaux no visitó ya la casa, enterado del noviazgo de Julia, comprendiendo que su presencia sería inoportuna.

Figueredo seguía de vez en cuando visitando, pero Julia se mostró muy reservada y limitó su saludo a una simple inclinación de cabeza, evitando sus charlas y sus chistes, que no eran del agrado de su novio.

Luis Contreras siguió visitando la casa, con su novia, acompañando a Enriqueta, que también estaba comprometida.

Algunas noches, cuando Anselmo y Julia conversaban en la ventana, sabía pasar, como de costumbre, muy apresurado y con un libro bajo el brazo, el señor Zabosky. Pasaba sin mirar o haciéndolo con indiferencia.

En aquellos momentos Julia pensaba en aquel hombre que constituía para ella un ideal de varón, bello y fuerte; pero la suerte no había sido benigna con ella, y se repetía a si misma: «En cambio de un marido de melena enmarañada, como el maestro, tendré un marido calvo, pero que se llama Cabello».

Anselmo, en pocos días amoldó a Julia a su voluntad, y ella lo hizo gustosa, porque consideraba un deber acatar las indicaciones del hombre que debía ser su esposo y cuya voluntad tendría que ser la suya, tanto más, cuanto él le decía claramente que, aun novia, le debía obediencia, porque las buenas costumbres se adquieren desde el primer momento.

Le indicó las amigas que le permitía, le dijo que, si de joven era presumible la cordialidad con todo el mundo, ya prometida, debía considerarse casi su esposa. No le gustaba que en sus conversaciones fuese expansiva y menos que tuviera para los hombres que frecuentaban la casa ninguna atención especial, y no estando él, que se quedara con ellos conversando. La prohibió la lectura de novelas que gastan el corazón y se empeñó que, en cambio, bordara y cosiera, que era ocupación más digna para una futura madre, permitiéndole el solaz de la música. No la dejó ya concurrir a bailes y la acompañaba siempre al teatro y al cinematógrafo, después de haber examinado si la representación o la película eran morales y para familias.

Le impuso sus gustos en el vestir, porque entendía

que no puede haber felicidad en un matrimonio, si no hay dependencia cariñosa, pero absoluta, de la esposa al marido.

Le averiguaba cada noche lo que había hecho durante el día, y no dejaba de darle consejos y de ponerla al corriente de sus gustos. Pasado aquel exámen cuotidiano, charlaban, haciendo castillos para el porvenir, y entonces Anselmo se le revelaba ardiente y apasionado y hasta atrevido. No le tomaba la mano para besársela, pero sí la pedía un beso y sus labios atrevidos y húmedos parecían querer penetrar en la boca de ella y su mano le apretaba el brazo; y tuvo que mostrarse muy severa y dispuesta a llamar a la madre, para cortar otros atrevimientos, cuando quería acariciarla.

Julia, sin llegar a sentir para él una pasión, como soñaba su mente juvenil, sin embargo empezó, en el contacto diario e íntimo a solas, a probar, cerca de él, un dulce abandono, un afecto, que, si no era el amor que arrebata y domina, era el respeto, el cariño, la estimación hacia el hombre que debía ser muy pronto su esposo.

En pocos meses se sintió transformada. Lo consultaba en todo y lo obedecía, muy contenta en cumplir sus gustos, en amoldarse a sus exigencias de celoso, que la parecía no ser querido suficientemente por ella.

Le tenía un respetuoso temor, porque siempre era serio; y algunas veces que quiso averiguar algo de sus negocios o, en la conversación ante sus padres, quiso dar su opinión, Anselmo le dijo: «Tú no entiendes estas cosas, que no son de mujer.»

Luego, a solas, la hizo conocer su pensamiento y su voluntad:

—Eres muy vivaracha y te gusta hablar de todo y averiguarlo todo. No está bien en una mujer. Si es excusable en una niña sin experiencia, no debe permitirse en tí, que mañana serás esposa y madre. La sociedad y las costumbres han dado a cada uno el rol que naturalmente le corresponde. La mujer se preocupa del hogar; debe saber cómo se maneja, el precio de los comestibles, cómo se cuida una casa, para que se

mantenga en orden, que se economice, que todo esté a sus horas, como place al marido, porque el hombre que trabaja y gana necesita ir al hogar y encontrar la paz, el descanso y la comodidad. La mujer debe tener un solo pensamiento: complacer al marido. No me gusta oir a esas mujeres sabihondas, como tampoco a las que charlan continuamente o que cantan como jilgueros. La moderación, la seriedad, la compostura, sin bullicio, son virtudes muy dignas en una mujer. Esta debe tener en su marido su compañero y su consejero. Dada la inferioridad de la mujer, que queda siempre un niño grande, debe aconsejarse en todo con el marido y pedir permiso para todos sus actos. Es preferible la mujer que exagera en eso, a la que en la duda no lo hace. La mujer no debe meterse nunca en las cuestiones de los hombres, ni averiguar los negocios, ni los intereses del esposo. Son cosas que no comprende y más vale que no las profundice. El hechizo de la mujer está en no contaminarse con todos los bajos intereses y apetitos que tan de cerca vemos nosotros, los hombres. Yo quiero que tú vayas amoldándote a mis gustos, y sentiré mucho placer en hacer tu felicidad. No soy muy amante de las diversiones. Soy un hombre nacido para el trabajo. Niño en la escuela, adolescente bajo la férrea voluntad de mi padre, que me puso al yugo; hombre, he seguido por este camino, sin desviarme. No me he casado aún, porque no tuve tiempo de pensar en esto; porque no había encontrado un ideal de mujer como tú. Para mí no ha habido teatros, ni diversiones; no juego, casi no fumo, bebo apenas un vaso de vino en la mesa y una copita con el café... Otras cosas... las que tanto atraen a Figueredo o porquerías como las de Drufaux, te lo confieso, me avergonzaría si en mi vida tuviera algo parecido que reprocharme. Debido a esto, tal vez, no soy muy zalamero, pero mis afectos son profundos y tú verás, cuando estemos casados, que en la intimidad me place la alegría; pero esto en la intimidad; pero para ante los demás, la rigidez es virtud,

en especial manera en la mujer, que debe ser un ejemplo de austeridad».

Con estas lecciones diarias, Anselmo la fué amoldando a sus gustos. Poco afecto a la comida italiana y a la española, reducía su menú a platos eminentemente criollos, en los cuales primaba el puchero y el asado.

Como en los últimos dos meses cenaba con ellos, la resolvió a que aprendiese a preparar algunos platos, los de su gusto, porque le decía: «Una dueña de casa, aunque tenga servicio, debe saber cómo se hacen las cosas, y es para ella un placer preparar con sus manos lo que prefiere el marido».

Julia adquirió un aire más serio; no se permitía ya ciertas expansiones y, aunque alguna vez la asaltara el deseo loco de saltar, de gritar y de reir, se reprimía, queriendo asumir a conciencia su papel de mujer próxima a casarse.

Y así Julia llegó a la víspera de su matrimonio, contenta del esposo que le deparaba la suerte, porque sentía para él afecto, nacido del contacto diario y de la sugestión de aquel hombre, cuya voluntad férrea se hacía sentir sobre ella; de aquel hombre qué, en los últimos tres meses, ya la trataba como cosa conquistada, porque al quedar solos la decía con autoridad: «Dame un beso».

Y ella se lo daba, sugestionada, pequeña. Jamás él le había besado la mano, en cambio sí, ella a él. No sabia cómo. En los coloquios íntimos había tenido cerca de sus labios la mano de él, y se la había besado, recibiendo como contestación un beso en la frente.

El recuerdo de Figueredo ya no la preocupaba. Drufaux lo había vuelto a ver tres veces, pero entre ellos había habido apenas un saludo, como si nunca hubiese existido intimidad.

La segunda vez lo vió vestido de luto y doña Rosario le preguntó si había fallecido algún miembro de su familia.

—Sí, — contestó, — ha muerto mi esposa.

—¿Su esposa?

—Sí... me casé con ella pocos días antes de morir.

Julia lo miró y no pudo a menos de pensar que no era mucho lo que habría tenido que esperar, si hubiese querido aceptar su cariño.

Lo vió por tercera vez por casualidad en la calle. Las saludó, sin acercárseles. Julia iba con Anselmo, los padres con Andresito unos pasos más atrás.

Drufaux llevaba de la mano a una nena de unos seis años, vestida de luto, pero muy bella, con un cabello negro y una cara sonrosada. Se dió cuenta que aquella era la pequeña de la cual estuvo a punto de ser madrastra. No pudo menos de mirarla con curiosidad. Anselmo la reprochó. — No debes mirar así a tus antiguos galanteadores.

—He contestado únicamente al saludo.

—Contestar es una cosa y mirar como tú haces a la pequeña, es otra...

—Una simple curiosidad...

—Poco encomiable. Es una hija del arroyo, que ese hombre mal hace ir ostentando por las calles como una gran cosa...

—Dicen que se casó para legitimar a la pequeña — objetó Julia.

—Parece que te estás volviendo la abogada defensora del señor Drufaux... En tal caso te hubieras casado con él... estás aún a tiempo...

—Pero, Anselmo, eres injusto... Yo no defiendo a ese señor.

—Desde hoy te prohibo saludarle.

—Si es tu gusto, lo haré.

*
* *

La noche, la última noche que pasó en su cuarto de soltera, no fué para ella triste. Llegaba por fin el anhelado día de ser esposa. Comprendía que Anselmo ejercía sobre ella un dominio más severo que sus padres; su voluntad era ley para ella, pero no se quejaba. Se había ido acostumbrando y le parecía bien. No tenía

el trabajo de pensar, siquiera, porque él todo lo pensaba y lo resolvía, y Julia lo consultaba en todo, hasta sobre el color de las medias que debía comprar, de las revistas que leía o, mejor, que él le traía para leer.

Se sentía pequeña ante él, la embargaba una voluptad inexplicable al pensar que nada podía hacer sin pedirle permiso, muy hombre, muy autoritario, pero amante y cariñoso.

Sería su pequeña, su nena; él, su protector y su guía.

Dejaba sin pesar aquel hogar, aquella pieza de sus años virginales, porque realizaba la gran aspiración de su vida, llegaba al matrimonio, queriendo al novio más de lo que hubiera podido suponerlo, dada la indiferencia de los primeros tiempos, porque todo el pasado, las locuras soñadas, los mozos deseados, las confianzas íntimas con las amigas desaparecían, para quedar únicamente su entrega a Anselmo, la entrega próxima de su cuerpo al dueño, ya que la voluntad, el pensamiento y el alma ya se las había entregado completamente, con una abdicación absoluta.

Ni pensó en la gran noche que la esperaba; bastábale obedecer, entregarse, toda temblorosa y pequeña, a él... Se proponía, cuando tuviese confianza, de besarle la mano y pedirle perdón por haberle retado una noche que le tocó atrevido la pierna.

La separación de sus padres no le resultaba tampoco muy pesada, porque Anselmo había alquilado una casa en frente, de manera que su mamá estaría siempre con ella.

Por la tarde había visitado la casa que sería suya. Estaba coqueta y lujosa. Una antesala, el dormitorio, el comedor, una salita de recibo, una pieza con el escritorio y biblioteca de él y una salita de labor para ella, más las dependencias, todo instalado con el mayor confort.

Estaba ya en la casa una sirvienta española, de nombre Martina, para todo trabajo. La trató como dueña aunque la llamara «señorita».

*
* *

Después del casamiento civil, en casa de la novia se realizó el matrimonio religioso, al cual concurrieron los íntimos.

Entre los muchos regalos hubo uno de Figueredo, un servicio de té muy fino, y otro de Drufaux, una elegante mesita de madera, que tenía varios juegos: ajedrez, damas y dominó.

Después de un lunch, a las 9.30, acompañados por los padres y algunos amigos de familia, los novios embarcaron en el «Viena», que hacía la carrera a Montevideo, donde pasarían una semana de luna de miel. Después de los saludos, de los abrazos y de las felicitaciones, cuando el vapor, a las 10, fué lentamente alejándose del muelle, cuando ya lejos apenas se distinguían los que les despedían, Julia, olvidando a los que, como ellos, estaban apoyados a la barandilla del vapor, olvidando que pudiesen verla y que no estaban solos, sintiendo toda la emoción de aquel momento solemne en que se separaba del pasado, para entrar en una vida nueva, el adiós a la niñez para ser mujer; toda sumisa, toda cariño, toda emoción tomó el brazo de Anselmo, se agarró a él y, estrechándolo con ambas manos, dulce y amante, le dijo: «¡Maridito mío!»

*
* *

Los días en Montevideo pasaron rápidos y felices. Anselmo se presentaba a Julia bajo un aspecto no sospechado.

Ella, como toda mujer que se casa, se forjaba también un ideal de hombre para las intimidades del matrimonio, y en su interior había temido que Anselmo, tan serio, tan pulcro, tan rígido y tan metódico, fuera hasta para el amor, severo.

No era así.

Se le presentó apasionado y, cuando empezó a explicarle una cantidad de cosas, le reasumió un programa sexual en estas palabras:

—La mujer debe ser para su marido todo lo que él quiera; debe ser voluptuosa y amante, conservando para el mundo el aire de escrupulosa seriedad. Hay cosas que se pueden hacer, hay conversaciones que se tienen entre los dos, pero ante los demás, conocidos o no, la alusión más pequeña de algo íntimo debe rechazarse, para que se nos estime.

La puso al corriente de una cantidad de cosas, y se las reveló bajo el aspecto de ameno narrador de cuentos verdes, muy verdes y muy subidos.

Anselmo era un maestro en el amor, y Julia vió abrirse ante ella un horizonte de voluptuosidades, un delirio de placeres que la subyugaban completamente al marido.

Volvió de Montevideo amándolo y deseosa de hacer todo lo posible para satisfacerle y para vivir la vida como él la quería.

De vuelta al hogar Anselmo lo recorrió con ella, le dió las llaves de los muebles y le indicó como quería que aquello marchara.

Por la mañana debía levantarse a las 7 para poder dirigir la sirvienta, ayudarla y atender las compras de lo necesario.

Le dió una libreta en la cual debía anotar lo gastado de verdura, y lo que había pedido al almacenero, carnicero y lechero, cuyas cuentas él arreglaría semanalmente.

Le dió dos pesos para los gastos de verdura e imprevistos diciéndole: «Cuando ya no te quede dinero me pedirás otros dos pesos. Tu eres demasiado joven para que puedas tener a tu disposición diez o quince pesos sin peligro de adquirir la costumbre del derroche».

Le dió otra libreta para que cada mañana le presentara el proyecto de menú del almuerzo y cena para su aprobación.

Por la mañana, después de unos mates, tomaba el

café con leche, tostadas con manteca; a las doce unos fiambres, otros dos platos y frutas; por la noche la sopa, dos platos, fruta y postres.

El almuerzo y la cena los harían juntos, el café con leche se lo serviría ella en la cama.

Le dió otra libreta para la cuenta de la lavandera y de la planchadora, indicándole lo que debía hacer lavar en casa.

Le recomendó tener con esmero lo que él denominaba la «contabilidad de una mujer» para poder saber en cualquiera época los datos por ella anotados.

Le dió después un memorándum en el cual diariamente iría detallando a las personas que venían a buscarle, nombre y apellido, lo que deseaban y si venían a cobrar, comunicándoles: «que el «señor estaba los sábados de 12 a 1 p. m.», día de pago para cualquiera cuenta, aún fuese una cantidad mínima.

Le indicó que a las 9 de la mañana, a menos de orden en contrario, debía ella despertarlo y mientras recorría los diarios y la correspondencia cebarle unos mates y traerle el café con leche con sus tostadas.

Le dijo que el servicio personal de él debía ser objeto de sus cuidados, no quería que la sirvienta tuviese a su cargo nada que fuese atingente a su persona.

Ella le preparaba la ropa blanca, le indicó la forma de planchar sus pantalones cada mañana antes de despertarlo, le dió una cajita de útiles para la limpieza de sus botines, le enseñó a prepararle el baño y ya en el hogar desde el primer día se hizo ayudar por ella a secarse y mientras se arreglaba los bigotes le indicó que tomara el abrochador de los botines para aprovechar el tiempo.

Salía después del almuerzo y volvía a las 7 para la cena.

Quedaba hasta las 8.30 y exceptuado una o dos veces por semana que la llevaba de paseo o al teatro, salía él para el club volviendo a las once o doce de la noche.

Ella lo esperaba.

Le ayudaba a desvestirse, le sacaba los botines y las medias, arreglaba la ropa, recorría la casa y entonces ya se acostaba dulce y cariñosa para entrar en la nueva fase de su vida.

Durante el día la seriedad de la señora reposada y hacendosa, después de las doce la bacante dócil del esposo y del amante.

Julia se acostumbró y todo lo hacía con placer, esmerándose, aprendiendo lo que no sabía, porque su dedicación, su buena voluntad se veía recompensada por el cariño.

Llegó a adivinar sus pensamientos.

Hasta para ir unos momentos a casa de la madre que vivía en frente, le pedía permiso, y cuando le pareció que no veía bien que todos los días fuese a verla, porque no era bien dejar la casa en manos de la sirvienta, le preguntó toda amorosa si le concedía ir los jueves durante una hora, y que la madre viniese a verla en casa cuando de noche no la llevaba de paseo.

Anselmo dió su aprobación: «Si, es mejor así. No me place saberte afuera de casa aunque sea de tu madre».

Supuso Julia que él debía tener algún recelo de que alguien visitara la casa.

A pesar de que él no supiese de su pasada simpatía por Zabosky, toda vez que estando casualmente a la ventana lo vió pasar, se retiró, máxime cuando le pareció que el joven la miraba con insistencia.

Ni con un pensamiento quiso faltar a su esposo.

Se sentía feliz y el día pasaba rápidamente en continua tarea, por los múltiples quehaceres que tenía que desempeñar.

Todas las noches él revisaba las libretas y nada pasaba desapercibido a su mirada de hombre que consideraba el hogar como un negocio donde había dos dependientes, su esposa y la sirvienta.

Se esmeró estudiando «El cocinero perfecto» para

que pudiese dirigir y muchas veces hacer el menú que sistemáticamente presentaba a su aprobación.

Así en menos de tres meses, obedeciendo gustosa a una simple indicación, ya no se asomaba a la ventana, y hasta cuando venía la madre a verla, aprovechaba el tiempo remendando. Pero era feliz.

El era bueno con ella.

La luna de miel seguía con todos sus halagos y todos sus hechizos.

La mujer hacendosa en el día.

La odalisca por la noche.

Ni ella misma comprendía como había podido transformarse así y cuando a los dos meses sintió los síntomas de la maternidad, vió que él se regocijaba y aumentó por su parte la atención, las palabras cariñosas y el afecto.

Nunca se le ocurrió quejarse porque él todas las noches fuese al club.

Lo encontraba natural y justo.

¡Un hombre que trabajaba como él cuidando los intereses, necesita por cierto una distracción! y menos se le ocurrió pensar que ella trabajaba desde las 7 de la mañana a las 12 de la noche, sin contar su «trabajo de odalisca», y que no disponía más que de dos pesos para comprar verdura y sólo dos veces por semana iba a un paseo del brazo de él o a un espectáculo.

La primera nube que oscureció el horizonte de su luna de miel apareció a los cinco meses de casada.

Estaba Andresito en casa y como era travieso en uno de sus juegos rompió un botellón.

Anselmo miró severo, y Julia quiso escusar al hermanito diciendo: ¡Pobrecito! no lo ha hecho adrede.

El observó: Si te costara ganar, ya te darías cuenta que los tres pesos que cuesta el botellón no se encuentran por la calle...

Julia calló, pero aquella tarde y durante la cena el marido no le dirigió la palabra.

Salió sin mirarla.

Volvió a las once y mientras se desvestía ayudado por ella no le habló.

Julia sentía mucho temor y cuando fué a desbrocharle los botines, arrodillada ante él, no pudo contenerse más y toda cariñosa y humilde le suplicó: Anselmo ¿qué te he hecho que estás enojado?

—Eres muy débil de memoria.

—Yo no te hé hecho nada... si Andrés rompió el botellón no fué mi propósito excusarlo... y si hé dicho que no lo había hecho adrede no fué para molestarte.

—Como tu no ganas el dinero, poco te cuesta que se rompan las cosas.

—Lo comprendo y te pido perdón... te aseguro que no pasará más.

Y rompió a llorar, ahí de rodillas, suplicante.

El la miró un rato y con ademán bondadoso la acarició diciéndole: Bien... por esta vez te perdono.

Ella reconocida le besó la mano y se apresuró a quitarle los botines, pero no se levantó porque él se la posó sobre la cabeza y con bondad, pero firmemente le dijo: «Yo entiendo que en mi casa no haya derroche ni menos que tu excuses lo que yo repruebo. Tu eres una pequeña a quien quiero mucho, pero que debe educarse para que la vida nuestra sea una dicha no interrumpida y una dicha para nuestros hijos. No me place oirte, como haces a menudo, dar opiniones sobre cuestiones de negocios, o de lo que sea, cuando están tus padres o extraños. Limítate a escuchar y contestar si te pregunto y como muchas veces te haces merecedora de mi enojo, no quiero que esperes como hoy para venir a hacer las paces. Cuando ves de haberme faltado es tu deber correr en seguida a confesar tu error. Yo pensaba castigarte no hablándote tres días, pero como es la primera vez, estás perdonada, pero cuida en el porvenir porque yo te quiero mucho, pero también seré severo contigo negándote la contestación si lo tienes merecido. ¿Has entendido?

—Sí, Anselmo, si... no lo haré más.

La levantó tomándola entre sus brazos, la sentó sobre sus rodillas, la besó, meciéndola luego como a

una chiquilina, mientras le decía: Mi pobrecita... mi nena... tu papito te quiere mucho y va a hacer de ti una mujercita ideal... y así cada día seremos más felices...

Se entregó con toda su alma.

Ella toda vibrante sintió el amor y sus expansiones con mayor intensidad, como si hubiese reconquistado algo que tenía perdido, muy contenta, muy feliz, embelesada en él, que encontraba bello, simpático, muy hombre, muy dominador, «el padre» de su futuro hijo.

«Mi tirano, mi dueño, dijo ella buscando su boca. *Tirano, dueño.* Así le había enseñado él que lo llamara en las horas de expansión.

Sí, tirano y dueño era de ella; tiranía dulce, mando que aceptaba complacida y feliz.

* * *

Los meses de embarazo pasaron rápidos. El tenía para ella muchas atenciones.

Ya en los últimos tres, la llevaba a pasear todas las noches porque el movimiento le era saludable, pero no a los espectáculos porque podían serle perjudiciales.

La vida del hogar seguía con regularidad de reloj y el tiempo le era corto ahora que tenía que preparar el ajuar del pequeño que pronto vendría.

Anselmo no fué mezquino en los gastos. Dejó que ella pidiese muchas cosas y parecía complacerse en enviarle las telas finas, los encajes, las cien cositas pequeñas que debía necesitar el que «vendría», esperado con ansias, tanto que la cuna, una preciosura, una bombonera graciosa y coqueta fué comprada cuatro meses antes de la fecha y Julia la tenía adornada con moños y encajes, tanto, que la madre sonriendo le preguntaba si era un rey al que esperaban.

Entre ellos nunca hubo un disgusto.

Julia había llegado a adivinar el pensamiento del marido, en cambio de 20 años parecía tuviese cuarenta por su seriedad.

En aquel hogar todo era silencio.

Como Anselmo era enemigo del bullicio, ahí parecía deslizarse, las órdenes a la sirvienta Julia las daba a baja voz y desde unos meses ni se le ocurría tocar el piano.

No tenía tiempo.

Su embarazo le prohibía las expansiones de los primeros meses, las locuras de amor, pero no por esto ella era menos hechicera, cariñosa y amante.

Ya que no podía ofrecer su cuerpo, daba todos sus besos y toda su devoción.

Anselmo por su parte siempre enamorado de su mujer tuvo ocasión solamente cuatro veces de molestarse.

Una, porque la encontró a la ventana, otra porque el café con leche sabía a humo, la tercera porque un camisón de noche que ella asentó con la plancha quedó algo quemado y la última porque llamada por la madre, había ido a saludar a Enriqueta que se casaba a los pocos días.

Julia apenas se dió cuenta que había faltado no tuvo reparo de correr a él y con cariños obtener su perdón, aunque la primera y segunda vez lo obtuvo después de unas palabras de reproche, la tercera no bastó que se arrodillase; la castigó no hablándole un día entero y la última a pesar de sus excusas y de que la sirvienta la viese de rodillas pidiendo perdón y jurando que no pudo hacer a menos porque la madre la llamó y Enriqueta era una amiga de infancia, no le perdonó la falta.

—Te juro que no suponía hacer mal... mi mamá me llamaba...

—Tu mamá no te gobierna y bien sabes que sin permiso no puedes ir a ninguna parte.

—Estuve un minuto...

—¿Un minuto?... —y dirigiéndose a Martina que seguía poniendo la mesa la interrogó: ¿Cuánto tiempo estuvo a fuera la señora?...

La sirvienta titubeó escusándose.

—Te repito que me digas cuándo salió la señora.

—No recuerdo bien... a las 2 más o menos.
—¿Y volvió?
—Hace un rato.
—¿Y estos son tus minutos? Estaré sin hablarte una semana.
Y así fué, a pesar de todas las atenciones con que ella lo circundaba y que todas las noches al desbrocharle los botines volvía a pedirle la perdonara.
Al séptimo día cuando volvió de afuera y la sirvienta estaba poniendo la mesa, él la llamó y sonriendo le dijo: Hoy termina tu castigo... estás perdonada.
Ella le echó los brazos al cuello toda feliz y recibió su beso emocionada como si le concediese un premio, y cuando Martina salió le dijo: No lo haré más... gracias Anselmo... hasta el nene está contento, y te da las gracias... si vieras como se da vuelta.
El le tendió la mano.
Ella agradecida se la besó.

*
* *

A los dos días Julia fué madre.
El parto fué penoso y difícil.
Estuvo más de ocho horas sufriendo.
Le avisaron por teléfono a Anselmo y vino apresurado del estudio y no se separó de ella. La alentaba besándola.
Federico fué el nombre que pusieron al primogénito.

CAPITULO V

Julia misma crió a su hijo. Anselmo se mostraba cariñoso y atento.

Durante diez días o sea el tiempo que ella después del parto quedó en cama, no salía por la noche y a los cuatro días cuando ella quiso levantarse, él se opuso.

Volvió luego todo a la vida normal, una nueva luna de miel, porque después de los cuatro largos meses de abstinencia, parecía que Anselmo hubiese esperado para llenarla de cariños y pretender de ella las expansiones, las entregas de «odalisca» sumisa que es maestra de voluptuosidad.

Julia había llegado a ser lo que él quería, pensar como él pensaba, enamorada de su esposo, mucho más de lo que lo era el día de su casamiento. Aquella vida de reclusión en el hogar, con él y solamente para él, todos sus trabajos y desvelos la habían ido sujestionando; así que muchas veces se preguntaba cómo había sido tan zonza de dudar entre él y los demás candidatos posibles. Sin duda prefería su Anselmo a mil hombres aún jóvenes. Se sentía transformada, debido a él, a su carácter, a su voluntad que la dominaba completamente y de lo cual se sentía dichosa.

Ya no le llamaban la atención las novelas, ni los libros. Leía, sí, las dos o tres revistas semanales que Anselmo le traía, pero no las tocaba hasta que se las entregaba, habiendo él algunas veces dejado

una, a propósito, durante unos días, sin dársela, sintiendo ella dulce voluptad en esperar que su esposo se la brindara, convencida que, si no lo hacía, había su porqué. Y no leía sino a grandes vistazos «La Prensa», que recibían en casa, preocupándose poco de los telegramas y absolutamente nada de las demás noticias, exceptuando las sensacionales de policía.

Su propósito, su anhelo era complacerle, y su mundo se reducía al hogar, a sus padres y a las noticias que, de tarde en tarde, en los cumpleaños, tenía de sus hermanas casadas, a quienes escribía en dichas ocasiones, dando la carta a leer al marido, para que la echase al buzón.

Cuando llegaban las contestaciones, esperaba que el marido las abriera y, luego de leerlas, se las pasara.

Un día, que en una carta dirigida a la hermana Aurelia escribía que no podía decirle nada de los teatros, porque Anselmo no la llevaba, éste rompió la misiva con enojo; y se abstuvo de escribirle otra, muy pesarosa de haber, sin quererlo, expuesto algo que no debía.

La tarea de amamantar a Federico y cuidarle, hacíanle parecer corto el día, y la dicha de la esposa amante y amada se completaba con la de la madre satisfecha.

Salían dos o tres veces por semana con el pequeño, a quien llevaba una niñera que, para tal objeto, había conchavado su esposo.

Julia se había transformado en una bella mujer; había crecido algo en el año de casada, las formas de su cuerpo, a pesar de ser delgada, tenían más curvas, y la cara había adquirido un conjunto de líneas de una gracia llena de dulzura, una mirada buena y de pequeña.

Vestía sencilla, pero elegante y, si bien sus manos no eran ya de la blancura nívea de antes, si no teníañ el cuidado que había hecho de ellas la hermosura que había inspirado a Drufaux aquella adoración que a menudo el hombre siente por la mano bella, cuidada.

blanca de la mujer, mantenían su forma elegante, su cuidado de señora.

Había adquirido una intuición especial para adivinar el pensamiento de Anselmo, adaptarse al momento a sus deseos. Conocía sus gustos y no había, en el servicio, en los cuidados de su persona, un descuido.

Ya era muy raro que tuviese que observar algo en las libretas o cambiar el menú.

Los dos pesos que la daba para la verdura y las frutas, sabía hacerlos durar dos o tres días.

Si lo adivinaba preocupado, se deslizaba silenciosa y atendía a sus deberes sin molestarle. Si, a su vuelta del Club, lo veía dispuesto a una hora de amor, se mostraba cariñosa, escuchaba extasiada los cuentos que la refería, aunque los supiese de memoria, y reía como si por primera vez los escuchase. Se esmeraba como amante y como odalisca del placer, para que su tirano estuviese satisfecho.

Entregaba su cuerpo, su voluntad, su deseo, toda vibrante y dichosa.

No tocaba el piano sino una o dos veces por semana, cuando él se lo indicaba. Y como él se mostraba siempre enamorado, pero muy severo y altivo en los actos diarios, en los cuales ponía algo de majestuosa lentitud, habiendo adquirido una manera de hacer y de hablar en la casa que parecía el maestro o el superior que explica o manda, pero afectuoso y bueno en el fondo, amante y voluptuoso en las horas de cariño.

Se sentaba a la mesa, se hacía servir con majestad y ella había ido acostumbrándose a comer después de verlo servido, cuando hacía un signo de asentimiento, como para decir que ya no necesitaba de nada o que estaba satisfecho; signo amplio, como si presidiera una mesa y a sus convidados les permitiera servirse.

Como antes, iba todas las noches al Club y ya no la llevaba a los espectáculos, sino a dar un paseo de una hora, para que el pequeño tomara aire, y otras noches a visitar los padres de ella.

Julia no solía estar ya en la ventana sino cuando él estaba y teniendo el pequeño en los brazos.

Por su mente nunca pasaba el recuerdo del pasado. Supo, porque la madre se lo contó y ella, a su vez, se lo refirió al esposo, que Drufaux ya no estaba en la oficina con el padre, sino que lo habían nombrado jefe de una repartición, así que no sabían ya nada de él. Figueredo tampoco visitaba la casa y Contreras se había casado con una señorita adinerada y seguía sus estudios.

—Ahí tienes — le dijo Anselmo — un mozo de provecho. Su casamiento le vendrá a solucionar un problema, el del porvenir. Vivía de los padres y con grandes dificultades. Se ha casado con una muchacha que tiene cinco o seis años más que él, pero hija única y con dos leguas de campo. Tiene tiempo para estudiar y luego acreditar su estudio... ¡Es un hombre!... La mujer debe traer dinero al marido... Estos son los casamientos que hacen los hombres que tienen dos dedos de frente.

Julia lo miró apesumbrada, porque sabía que sus padres le habían pedido cien pesos prestados y que Anselmo no había vuelto a verlos.

Agregó:

—Esto vale más que casarse con una mujer joven y pobre... que hay que darle hasta la camisa y, de yapa, dar dinero a los suegros...

Julia calló abochornada.

*
* *

A Enriqueta la vió una vez en casa de los padres. Venía con el esposo, el Dr. Arturo Bent. Era muy linda, muy elegante y parecía muy feliz. Hablaba de los teatros, de las diversiones a que concurría.

Anselmo pasó un mal rato, porque Enriqueta, con quien charlaba muy galantemente, mientras el Dr. Bent trataba de hacerlo con Julia, que se mostraba muy reservada, no sabiendo cómo comportarse para no parecer

zonza o mal educada y, al mismo tiempo, no incurrir en el enojo del marido, de repente le dijo:

—Estoy con Vd. muy resentida, señor Cabello.

—¿Y porqué, señora? ¿en qué he podido faltarle?

—Es que Vd. es un tirano.

—¡Un tirano!

—Sí, señor, un tirano, porque nos ha robado a Julia. No se la ve en ninguna parte, no la lleva Vd. a diversiones y no reciben Vds.

—¡Oh! señora, es Vd. injusta. Somos un poco retraídos, por gusto y por carácter. Tendría el mayor placer que Julia fuese a diversiones, pero es ella que se ha vuelto huraña, ¿es cierto, Julia?

—Es cierto, Enriqueta, soy yo la que no tiene gusto de ir de un lado a otro. Tantas cosas tengo que hacer en el hogar, y ahora el nene, que me ocupa todas las horas...

—¡Oh! no me digas esto... Yo también tengo mi nene, pero esto no quita que mi esposo me lleve con él. Si él va a alguna parte, debe ser donde yo pueda ir. A mí... señor Cabello... no me haría feliz que mi marido se fuese al Club y me dejara en casa. No... La mujer no ha nacido solamente para cuidar del hogar y hacer hijos... Esto es muy morisco... pero no de la época actual. Nosotras las mujeres debemos aprender algo de las anglo-sajonas, que ocupan cerca del hombre el lugar que les corresponde.

—Perdone, señora, — contestó Anselmo muy contrariado; — los marimachos no son mujeres...

—Gracias por la lisonja.

—No digo esto para Vd.

—Sí, dígalo, porque, casada con un hijo de ingleses, mi esposo no solamente ha alentado mis inclinaciones de independencia, sino me ha ayudado a ampliarlas. Vds., los maridos tiranos, nos llaman marimachos, porque no les conviene una mujer que piensa, que razona, que viva; les conviene la esclava, la esclava legal, que está en casa, que obedece y que les reconoce todos los derechos y cumple solamente deberes. Para los caballeros: los negocios, el dinero, el Club y... ¡lo

que no se dice! y para la mujer: el aislamiento y la paciencia. Las que no pensamos así, las que trabajamos en una oficina o en el hogar, que tratamos al esposo de igual a igual, con quien conversamos del menú como de política, de la última noticia sensacional o del último descubrimiento, que dulcificamos la vida y mantenemos la sal de nuestra luna de miel con la gracia que da la inteligencia, el roce, a más de la belleza y de la juventud; las que estamos al tanto de los negocios de nuestro esposo y le pedimos consejos para darlos también, porque sus intereses son los nuestros y nos interesan tanto como a él; las que tenemos la osadía de ser rebeldes antes de ser víctimas; que preferimos la separación antes de claudicar, nos consideramos muy felices que nos llamen marimachos, si con esto quieren reasumir nuestras virtudes. La Iglesia llama herejes a los que investigan la verdad. Vds. nos tilden como les parezca a las que somos pioneres de verdad y de dignificación.

Anselmo estaba como sobre ascuas, pero no tuvo con Enriqueta la frase impertinente que esperaba Julia, asustada por la vivacidad de aquella.

—Vd. exagera — objetó, sonriendo, Anselmo.

—No exagero, y quiero decírselo ante Julia, que fué mi muy buena amiga, una compañera inteligente y que, en dos años, no reconozco por su aire apocado y su mirada fija en Vd., como pidiendo órdenes...

—No es cierto, — protestó Anselmo — yo no tiranizo... Julia, dile tú misma si no eres tú la que quieres hacer la vida retraída y de hogar... Yo, muy feliz sería en darle todas las diversiones que ella quiera... Dí... Julia...

Esta, muy asombrada que su esposo tratase de sincerarse ante la amiga de la cual tan mal hablaba, y tratando de evitar un disgusto, máxime con su madre, cuyas ideas conocía, en son de protesta siempre por la vida que ella llevaba, contestó sonriente:

—Eres injusta, Enriqueta. Mi marido... no porque esté presente... es un ideal de esposo... Mi carácter es

contrario a las fiestas, al bullicio, como lo es él, y vivimos muy felices sin ir nunca a diversiones.

—Sin ir tú... que en cuanto a tu marido es distinto... — ¿no es verdad, señor Anselmo? — En los últimos pic-nics y en la excursión al Tigre he tenido el gusto de verlo y... conversar con Vd.

Anselmo, con la mayor indiferencia contestó:

—Es cierto... Nosotros los hombres algunas veces tenemos que ir a lugares de diversiones, aún contra nuestros gustos... Hay negocios que hay que prepararlos y hacerlos como quien no les da importancia y encontrarse con el interesado ahí donde parezca que no se le busca.

—Razón mayor para llevar a su esposa.

—Pero Julia podría venir siempre... es ella la retraída...

—Pues si yo la rogara, accedería, ¿no es verdad, Julia?

Esta miró a Anselmo y creyó ver en él asentimiento; y, muy mujer, satisfecha de dar nueva prueba de su entrega total, muy dulce contestó:

—Si es gusto de Anselmo, iré a donde él me lleve.

—No, Julia. Tú haces mal en ser así. Tú eres joven y necesitas distracciones. No te olvides que el hombre quiere más a una compañera que a una inferior... Dumas hijo escribió en uno de sus libros, muy acertadamente, que los hombres hacen locuras por las mujeres de teatro, porque éstas son tan poco suyas que aun, cuando la tienen toda, les parece que medio mundo se la roba.

—¡Oh! yo no aceptaría una mujer en esta forma— objetó Anselmo.

—Estoy de acuerdo, pero digo que se ama más a la esposa que comparte de lleno nuestra vida, a la que vegeta, obediente, bajo la tiranía de un patrón que la ley legalmente permite...

—Es que Vd. me pinta como un tirano.

—Debe haber algo de esto.

—Es injusto. Julia misma se lo ha declarado.

—Si es así, la invito al pic-nic del domingo... sí...

entre ocho días... Salimos del Retiro a las 7 de la mañana... ¿Vendrás, Julia?

—Sí, iremos — se apresuró a decir Anselmo.

Julia estaba asombrada de la docilidad de su marido a las impertinencias que le había dirigido Enriqueta, y estuvo expansiva y alegre, pensando en el día de solaz y de campo que disfrutaría con la amiga, los padres y su esposo.

—Verás, — decía Enriqueta, — allá estarán muchas de nuestras antiguas compañeras; pasaremos un día espléndido y me prometo hacerte salir del claustro...

—¡Del claustro!

—Sí... llamo así tu aislamiento desde que te casaste.

Quedaron hasta las doce. Anselmo se mostró muy cortés y comunicativo. Enriqueta cantó, pero Julia no pudo acompañarla al piano porque la falta de ejercicio le había hecho torpe para la ejecución.

—Que barbaridad, esclamaba Enriqueta, pero tú ni tocas el piano ya... tú que lo hacías con tanto gusto!... ¡pero qué haces en casa por Dios!

Salieron todos juntos y los esposos Baet los acompañaron en su auto, hasta su casa. Julia se sentía muy contenta y muy feliz.

Entraron en el hogar y después de poner en cama al nene y ver que todo estaba cerrado, Julia volvió al dormitorio y encontró que Anselmo se estaba desvistiendo.

Se apresuró a cumplir con sus deberes.

De una mirada se dió cuenta que estaba enojado. No sabiendo el por qué se le acercó cariñosa y fué para acariciarlo.

Bruscamente él la rechazó.

—¿Qué he hecho querido?, preguntó toda apesadumbrada y como no le contestó fué como de costumbre a desabrocharle los botines y levantando sus ojos dulces suplicó: Yo no tengo la culpa si Enriqueta ha dicho cosas que te molestan.

—Sí; tú haces la víctima... me he dado bien cuenta... tu madre viene aquí... tú... ¡la santita!, haces la que sufres... y luego ella va por ahí poniéndome mal y cuchicheando.

—Yo te juro que nunca he dicho nada.
—Es tu madre.
—Si nunca le hablo de esto... yo soy muy feliz hacer lo que es tu gusto.
—Por esto te mueres de deseos para ir al pic-nic.
—No es cierto, si tú no quieres no iré.
—No... irás... no quiero que hagas la víctima, pero ya sé a que atenerme... pondré un remedio a las charlas de tu madre...
—Pero si mamá no dice nunca una palabra.
—Yo la miré esta noche... parecía muy contenta... ha buscado a esa señora para que me insultase... pero... y entiéndalo bien, quien manda aquí soy yo... y si no te conviene ahí tienes la puerta.

Y como Julia desesperada, inundada de lágrimas fué para abrazarle, él la rechazó tan bruscamente que cayó tendida al suelo.

El ni la miró. Fué a acostarse y como ella seguía sollozando, le gritó: Cállate... si quieres llorar puedes hacerlo a fuera de aquí.

Julia no acostumbrada a tanto rigor, se hizo fuerza, retuvo sus sollozos y fué para acostarse.

—Vayas a acostarse en el sofá, le ordenó él. Ella quedó de pié, anonadada.

¡La rechazaba! ¡Qué había hecho! ¿Qué culpa tenía de lo que una amiga dijese?

Volvió a arrodillarse y con voz entrecortada le suplicó: «Anselmo, amor mío... mi único amor... yo no te he ofendido, y si lo he hecho ha sido sin quererlo... yo repudio las ideas de Enriqueta... yo soy feliz en vivir como vivo...».

Pero Anselmo la interrumpió: «¡Basta! ¡ya hablaremos de esto mañana!... ahora a acostarse... y te he ordenado de hacerlo sobre el sofá... y no pronuncies ni una palabra más».

Apagó la luz.

Julia así semi-vestida fué a tientas hasta el sofá, se tiró sobre él, sofocando sus sollozos, cubriéndose con una piel que servía para posar los pies...

En su bondad no podía comprender porqué su ma-

rido la hacía responsable de lo que ella no tenía culpa.

Por la mañana Anselmo se levantó temprano y no vino a almorzar ni a cenar.

Julia pasó un día de congoja y cuando a las once de la noche volvió había ella tomado su resolución: No era posible que la felicidad de su hogar pudiese sufrir trastornos por una fiesta a la cual muy poco interés tenía. Su hijo y su esposo le bastaban para llenar su vida.

No osó preguntarle porqué no había venido a almorzar ni a cenar y mientras él se sentó para tomar su té, ella se acercó toda apocada y con la voz que temblaba, ni sabía ella el por qué, le dijo: «Anselmo... amor mío... yo no quiero ir al pic-nic... si tu me permites mandaré esta carta...

El la tomó y sin dirigir una mirada a ella, leyó:

«Buenos Aires, Febrero 2 de 1902.

Sra. Enriqueta F. de Baet, Pte.:

Distinguida amiga: Siento mucho comunicarte que no podré ir a la fiesta proyectada.

Salúdate con afecto tu

JULIA».

—Como para que digan luego que yo no quiero que tu vayas, objetó Anselmo.

—Es que yo no quiero ir.

—Y yo no quiero que tu amiga y tu madre crean luego que soy yo el que te lo prohibe.

—No quiero ir.

—Esta carta no puedes enviarla así... si no quieres ir, escríbela en otra forma... con mayor diplomacia... ahora no... hay tiempo mañana.

Se acostó servido como de costumbre y Julia después de recorrer la casa y ver que el nene dormía, se acercó muy sumisa a él y mirándolo cariñosa, con las lágrimas en los ojos, le preguntó: ¿Puedo ir a la cama?

—Esta noche no... acuéstate en el sofá, contestó él bruscamente y apagó la luz.

Ella bajó la cabeza y sollozando silenciosamente, así vestida fué a acostarse en el lugar que le había indicado.

A la mañana cuando Anselmo se despertó, después de leer los diarios y la correspondencia y haber tomado unos mates, mientras saboreaba el desayuno, al ver a Julia de pié titubeante, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—He escrito otra carta a ver si está bien.

—Léala.

—«Buenos Aires, Febrero 3 de 1902.

Señora Enriqueta F. de Baet.—Presente.

Mi buena amiga: A pesar de que Anselmo me pide vaya al pic-nic, no podré hacerlo porque, como tú sabes, estoy en el quinto mes de embarazo y no me haría bien.

Salúdate con aprecio tu

JULIA».

—Está algo mejor que la otra, pero no puede ir así, dirán que yo he influído.

—Pero, por dios, Anselmo, yo no sé como escribirla... dictámela tú, pero no estés enojado, por caridad, por tu hijo... yo no puedo verte así...

—No estoy enojado... estoy en mi derecho a no hacer cariños y tratar con severidad a quien por su comportamiento me origina disgustos y malos ratos.

—Pero te juro que yo no tengo la culpa... todo mi deseo es hacer tu gusto... te suplico dictarme la carta.

—Ya que la exiges... siéntate y escribes:

«Buenos Aires, 7 de Febrero de 1902.

—Sí 7... porque debes enviarla dos días antes para que puedas alegar una excusa...

Señora Enriqueta F. de Baet.—Presente.

Mi querida amiga: Estoy molestada y mucho más Anselmo porque me parece... me parece digo... que no podré ir al pic-nic si sigo descompuesta. Tu sabes que estoy en el quinto mes y nosotras las mujeres en este estado estamos siempre expuestas a cien contrariedades. Quiero avisarte, por que no creas, si no

voy, que hay mala voluntad mía. Trataré de ir, pero en caso contrario Anselmo irá sin falta.

Con muchos cariños de tu amiga

JULIA».

Julia escribió deseosa de que desapareciera del horizonte del hogar aquella razón de enojo del esposo, que por primera vez se mostraba duro con ella y no le permitía compartir el lecho conyugal.

Intimamente sentía la injusticia de su marido, pero trataba de excusarla; quizás que habría podido encontrar en la fiesta a Figueredo o a Drufaux y esta fuese la razón, no confesada, de su actitud.

—Dame un beso, suplicó ella.

—Y ¿por qué?

—Para demostrarme que no estás enojado.

—No lo estoy... pero por hoy no hay besos...

Aquella noche Anselmo le permitió volver a acostarse cerca de él, pero recibió los cariños de ella con seriedad, como cosa que le «debía», y Julia fué la «odalisca» sumisa.

Por primera vez, sin que se lo indicara, se desnudó toda, para suplicar murmurándole: «Mi tirano».

Por primera vez desde el día de casados en sus expansiones se llamó su «esclava» y el término le gustó a Anselmo. La acarició. Julia olvidaba todos los pasados dolores al verlo contento y fué repitiéndole cien veces la frase: «Si tu esclava, tirano mío».

El día 9 por la mañana él estaba aún en cama cuando llegó el cartero. Traía dos diarios y una tarjeta postal abierta. Decía: Señora Julia R. de Cabello.—«Particular».—No pudo a menos de leerla por estar abierta. Era de Enriqueta.—Decía:

«Buenos Aires, Febrero 9 de 1902.

Mi querida Julia:

Lo sospechaba y lo esperaba. Tu marido habrá influído para que tu alegaras una excusa para no ir a donde él no quiere. Lo lamento por tí. Tu esclavitud te pesará un día. El hombre no aprecia a la mujer-esclava, la trata como cosa conquistada. Dile a tu

esposo que no venga sólo, porque estoy «harta» que me haga el «oso» y tendría el deber de decírselo a mi marido para que le dé un correctivo.—Tu affma.

ENRIQUETA».

Julia quedó perpleja.

¿Qué pasaría cuando Anselmo leyera esta tarjeta? ¿Cómo Enriqueta se atrevió a decir semejante cosa de Anselmo? ¿por qué éste, si no era cierto que la cortejaba, había oído sin molestarse, lo que le había dicho en casa de la madre, desahogando luego sobre ella su enojo? Dudó. ¡Pero no!. Lo que Enriqueta en su cólera había escrito, no podía ser cierto, sin embargo, lo que más la preocupaba era si tenía que decir de haberla leído o negarlo.

Tembló cuando sintió el timbre que la llamaba y haciendo que estaba ocupada con el pequeño, ordenó a Martina que le llevase la correspondencia.

Salió y desde la cerradura de la puerta miró. Anselmo leyó sin inmutarse la tarjeta y la puso en el bolsillo del saco.

Cuando ella entró se dió cuenta que estaba perplejo, en la duda de que hubiese leído la impertinente misiva.

Pero nada le dijo.

Se mostró muy cariñoso y jugó largo rato con el nene.

Pareció que trataba adivinar si ella sabía algo, pero al verla tranquila, se mostró jovial como pocas veces.

—Sabes, le dijo, que si tú no vas al pic-nic no iré yo tampoco.

—Yo no iré.

—Mejor... pasaremos un día de campo... te llevaré a Río Santiago.

Julia se convenció a sí misma que era una ruin venganza de Enriqueta hacer aparecer a su marido como atrevido con ella.

* * *

Los meses que pasaron no fueron para Julia desgraciados.

Su esposo la quería, se mostraba cariñoso aunque no tan expansivo como antes. Se había hecho metódico en el amor, como para los demás actos de la vida.

Ya no le exigía la locura de sus atractivos con las cien picardías de hombre vicioso y estrafalario. Lo era en ocasiones. Unas veces tenía racha de sensualismo erótico, otras la función metódica de un deber que se cumple con conciencia.

La vida doméstica e íntima pasaba con la misma regularidad.

Casi nunca él llegaba a hacerle una observación porque en la casa parecía que se adivinase su pensamiento.

Ahora sí, cuando él la retaba, lo hacía reprendiéndola severamente con largos sermones que ella escuchaba sin replicar.

Pero un día no le pareció bien que diese vuelta por la pieza, entre tanto él le iba haciendo la prédica. La llamó.

—Sí... no me vas a engañar con tu aire de víctima... vas dando vueltas, y te entra, lo que digo por un oído y te sale por el otro... quiero que cuando te hablo, te enseño a ser gente, y a cumplir con tus deberes, te quedes parada, escuchando.

Julia cabizbaja quedó de pié ante él, los brazos caídos, y escuchó así todo lo que él quiso decirle.

Sin embargo, estas escenas desagradables eran raras y Julia trataba evitar con sus modales, su atención, su dedicación al trabajo todo lo que pudiera no serle grato, y cuando merecía un reproche se adaptó a escucharlo como se lo había indicado.

Sin embargo algunas veces el castigo se ampliaba

no dirigiéndole la palabra durante uno, dos y hasta tres días.

Casi siempre estas tempestades terminaban con unas horas de pasión, de amor; ella toda expansiva y agradecida, él como si aquella humillación fuese un incentivo a sus instintos de varón sádico.

La relación de su esposo con los suyos era cordial, aunque en el fondo Julia sabía que su padre no estaba muy satisfecho de la forma que la trataba; y su madre lo criticaba acerbamente diciendo que la hacía vivir en un claustro; pero Julia lo defendía afirmando que era su placer vivir así.

*
* *

Los últimos tres meses de embarazo fueron como la vez anterior, un paréntesis a sus horas de amor.

Anselmo la llevaba a pasear tres o cuatro veces por semana, para que el movimiento le fuese saludable.

Ya los preparativos para la llegada del nuevo vástago, no obligaron a tantos gastos ni tuvieron la solemnidad anterior.

Compraron una camita para Federico y la cuna se preparó para el que se esperaba.

Se adornó ésta también, pero con las cintas y encajes que habían servido para el primero.

*
* *

Por fin llegó el momento esperado.

El parto no fué penoso.

Anselmo estuvo a su lado y las primeras cuatro noches no salió, permitiéndole levantarse a los seis días.

Angela fué el nombre que pusieron a la segunda génita.

CAPITULO IX

Julia dió el pecho a la pequeña, porque ya Federico empezaba a alimentarse con algunas sopitas a más del biberón.

Volvió a la vida normal, pero más atareada, porque el nene empezaba a gatear y la pequeña necesitaba de los cuidados que había disfrutado antes el primogénito.

Sin embargo cuando su esposo volvió a tener con ella las intimidades del matrimonio, después de cuatro largos meses, se le presentó en una forma nueva.

La hizo suya sin las locuras de las noches de orgía que ante le pretendía.

—Mi querida, le dijo, ya eres madre de dos hijos, una mujer en el sentido lato de la palabra... ya tenemos que compenetrarnos de otros deberes... debemos ser más serios y más correctos hasta en el amor. Hemos disfrutado de la luna de miel y de sus locuras; ahora seguiremos queriéndonos mucho, pero con mayor seriedad, con el alma y los sentidos, pero sin locuras que fueron muy lindas... pero fugaces... ...Me gustas mucho como odalisca desnuda, luciendo tus hechizos y tu cuerpo, pero la maternidad deforma y conviene que seamos felices entrando en la vida como es costumbre... tenemos que educar a los hijos.

Julia sintió cuan injusto era él a hablar de su cuerpo como deformado por la maternidad cuando ella misma se admiraba por sus formas que habían

tomado una redondez sin gordura, de mujer en la plenitud de sus 22 años, pálida sí, por la vida en el hogar, sin sol y sin aire, pero de una belleza interesante, hechicera, que le hacía repetir a la madre que era diez veces más linda ahora que cuando niña. Pensó que era un nuevo capricho de su esposo el suprimir todo el aparato lujurioso que le había enseñado para sus horas de amor, y como para ella todo se concretaba en vivir como a él le gustaba, se adaptó; encontró aún así, con tan pocos incentivos el placer de sus horas de expansión, máxime que Anselmo en cambio de una nueva luna de miel, después de cuatro meses de abstinencia, impuso el método y la regularidad que—decía—conservan la salud.

La papita será para los Jueves y los Domingos.

Seguía el cariño con ella, pero con mayor reserva, sin grandes expansiones.

—Tengo ya 37 años, hija mía, le repetía con tono fraternal—voy a viejo y debo cuidarme para no ser decrépito a los 50.

Julia se conformó, aunque hubiera deseado más bien las locas horas de cariños, y de fiebre intensa y pensaba en la frase de su madre que un hombre a los 40 años está en la flor de su juventud y la mujer a los 35 está en decadencia.

Mas, atareada para atender a sus dos criaturas y cuidar de la casa, leyó menos, aunque siempre le interesaban las noticias sensacionales y la vida de los grandes sucesos mundiales.

Tuvo que dedicar menos tiempo al piano y más al cuidado de sus dos pequeños.

Anselmo la llevaba a pasear solamente los sábados por la noche, porque la niñera por la tarde iba con el pequeño Federico a los jardines.

Fué entonces y para que el nene pudiese disfrutar con mayor comodidad de sus paseos, que Anselmo comunicó su resolución de cambiar de casa. Había alquilado un departamento en un tercer piso situado en la Avenida Alvear a pocas cuadras de la Plaza España.

Julia sintió mucho dejar el lugar a donde había pasado las horas felices de desposada, a un paso de la madre, que casi diariamente venía a verla, pero encontró justo que las comodidades y satisfacciones propias se supeditasen al bienestar de los pequeños y se mostró alegre y satisfecha, aunque pensó que Anselmo ni siquiera la había consultado y ya tenía la otra casa alquilada cuando se lo comunicó.

La nueva casa era más pequeña: un vestíbulo, el dormitorio, el escritorio de él, la salita, el comedor a donde ella arregló sus cosas para la costura y las dependencias.

La madre se quejó de la distancia, pero Anselmo troncó toda discusión con: «Esta es la ley; dura ley, pero ley».

* * *

Los sábados iban a visitar a los padres; éstos, dos o tres veces por semana, de tarde o de noche, cambiaban la visita.

Seguía Julia, a pesar de su vida retirada, a mantenerse elegante.

No olvidaba el consejo que le había dado una vez Figueredo cuando niña, al quejarse de los hombres, que a los pocos meses de casados, prefieren cualquiera mujer a la suya.

—«Muchas veces, le había dicho, la principal culpable es la mujer misma. Ya casada se presenta al marido desaliñada y olvida que si la mujer soltera debe ser agradable para todos, para encontrar un novio; casada, debe ser agradable en especial manera para el marido, teniendo para él más hechizos que antes, porque es más difícil conservarlo cuando hay la intimidad».

Se cuidaba siempre y aunque sencilla, tenía su traje y su peinado coquetón.

Seguía cuidando sus manos, aunque no eran ya las

bellísimas de soltera, pero siempre blancas, finas y deliciosas.

Conociendo los gustos de Anselmo, hasta en los detalles adivinaba su pensamiento, vivía de él, para él y para los dos pequeños.

Como los dos pesos que debían servir durante tres días—única suma de que disponía—le resultaban pocos para poder de vez en cuando regalar unos dulces a Federico que era goloso, limitó la compra de las frutas únicamente para Anselmo. Se sacrificó en no comerlas ella y a pesar de que le gustaban en especial manera la uva y las manzanas.

Su esposo no se fijó en el detalle o aparentó no fijarse.

A los dos meses de tener a la hijita, volvió a quedar embarazada.

Esto la molestó mucho, porque veía que aumentando así rápidamente la familia—en 25 meses de casados dos hijos y un tercero en perspectivas, teniendo apenas 22 años—aumentaría su tarea y parecíale que Anselmo se iba alejando del hogar.

Casi nunca ahora volvía del club antes de las 12 de la noche.

* * *

Habían pasado tres meses en la nueva casa y todo marchaba normalmente.

Una mañana eran las 10 y Anselmo se había levantado hacía rato y debía estar en la biblioteca.

Llamaron al teléfono y como Martina no fué a contestar, como era costumbre, ella atendió el aparato. Era el empleado del escritorio que avisaba que una persona esperaría al señor a la una de la tarde y que no faltara.

Julia fué a la biblioteca y como de costumbre golpeó: «¿Permiso?».

No contestaron y ella pasó al dormitorio. Anselmo no estaba ahí, volvió a la biblioteca y trató de abrir la puerta.

Estaba cerrada por dentro.

Sin embargo sintió un ruido de voces.

Sin saber que pensar entró en una piecita-depósito. dejó entreabierto el postigo, curiosa de saber quién había adentro con el marido.

Pasaron unos minutos y con asombro vió abrirse la puerta. Divisó a Anselmo sentado ante el escritorio y Martina era la que salía.

Una sospecha horrible cruzó por su mente y por primera vez miró a su sirvienta como se mira a otra mujer.

¡No! ¡no era posible! Anselmo tan serio, tan rígido, tan correcto! El que condenaba en los hombres, aún solteros, sus calaveradas y que le decía que desde casado jamás había faltado a sus deberes, que aún de soltero no había sabido tener amantes, sino solamente había cumplido sus necesidades de hombre con una u otra de las que venden su belleza, y esto para no perder tiempo, ni tomar compromisos!...

Sin embargo, Martina, aquella fámula española no era fea. Alta, de formas fuertes, no tenía más de 24 años, un pecho robusto, enorme; unas caderas que prometían unas piernas como columnas. El cabello muy negro, los ojos marrón oscuro, el cutiz colorado, una dentadura blanca con grandes labios carnosos.

¡Oh! ¡sí, era una mujer que bien podía llamar la atención!

Llamar la atención a otro hombre, a un Contreras, a un Figueredo, pero no, a un austero como Anselmo!

¿Podía suponer que él, tan pulcro pudiese preferir aquellos brazos redondos y fuertes con dos manos grandes, duras y coloradas, al collar de carne de blancura y morbidez perfumada de sus brazos, a sus manos que tenían en la seda de sus caricias, el olor del cuidado! su olor de carne joven, limpia, perfumada, no podía temer el olor de las carnes coloradas, sudorosas!... aquel olor de sudor que siempre Martina despedía y que tantas veces la disgustaba, a tal punto que el verano pasado su madre le había dicho: ¡Pero,

Martina lávese usted todos los días, por dios, despide usted un olor insoportable!

—Señora me lavo los piés todos los días.

—No es olor de piés, es olor a sudor, a sobacos, a carne sudorosa...

—Si, había dicho Anselmo, es olor a hembra... hay mujeres que lo tienen de naturaleza, en especial manera las negras.

—No yerno, no, es otro olor, este es olor a sudor.

—Si, es cierto, es poco agradable — recordaba — había hecho un gesto de asco mirando despreciativo a la sirvienta.

Sin embargo, ¿por qué su esposo estaba encerrado con ella en la biblioteca?

Sintió revivir en ella su antiguo carácter.

Humilde, sumisa, sí, pero jamás permitiría que su marido fuese de otra.

Salió del cuartucho y con resolución entró en la pieza. cuya puerta había quedado abierta.

Anselmo estaba arreglándose la corbata ante el vidrio de la biblioteca que le servía de espejo.

La vió, pero no se dió vuelta.

—Qué quieres¿?, le preguntó con calma.

—Del escritorio te avisan que te esperan a la una.

—¡Ah!

—Y...

—¿Y?

—Quiero saber qué estaba haciendo aquí Martina.

Anselmo dió vuelta la cara, la miró y muy calmo contestó: Sí... Martina... si, estuvo aquí hace un rato; sacudiendo...

—¿Y por qué estaba encerrada contigo?

—¡Encerrada conmigo!

—Si, la puerta tenía llave.

—Es probable... yo me cerré adentro para que el nene no viniese... y Martina entró por la otra puerta y salió luego por ésta.

—Sin embargo no me contestaron cuando golpeé, dijo ella, ya valiente y queriendo de una vez alejar hasta la duda de su sospecha.

—¿En un interrogatorio lo que me haces?

—No sé lo que es, lo que si, quiero saber, por qué Martina entra y se cierran las puertas.

Anselmo se dió vuelta y la vió transformada, resuelta. Con rapidez dió un paso y le dió un bofetón que sonó ruidosamente en la mejilla derecha y como ella se escudó con el brazo, el segundo, el tercero y el cuarto, golpearon en él y en la cabeza.

—Esto es lo que contesto a tu impertinencia, le gritó... una sospecha! sospecharme capaz de ensuciarme con Martina... ¡es increible!... sal de aquí, asquerosa.

Y antes que Julia pudiese reponerse, la sacó a empujones afuera y pudo apenas evitar un puntapié al pasar del umbral, mientras Anselmo blasfemando cerró con llave la puerta.

Julia atontada corrió a su cuarto.

Era la primera vez que su marido la golpeaba y la primera vez, en su vida, que recibía bofetones de un hombre. Su padre jamás la había tocado, y su mamá únicamente aquella vez que le había encontrado las cartas de sus amores de adolescente.

Se dejó caer en un sillón sollozando.

La indignación de su esposo, la razón plausible del porqué encontró cerrada la puerta y de como Martina estaba ahí, la hicieron titubear.

¿No se había excedido?

Pensaba volver junto a su marido y hacerle comprender que no había querido ofenderlo, dispuesta ya a perdonarle su bestialidad, cuando entró Carolina, la niñera, y le dió un sobre, diciéndole: El señor me lo ha dado para usted.

Decía: «No te muevas de tu cuarto hasta mi vuelta. Te llevarán ahí la comida».

Llamó a la niña y la interrogó: ¿Ha salido el señor?

—Sí, señora.

—¿Y qué órdenes dió?

—Nada me ha dicho.

—Llámeme a Martina.

—Ha salido, porque el señor estaba muy enojado y la ha despedido... estaba yo allí cuando le dijo: Ya sabe, usted se va de esta casa en seguida, sin demorar una hora y prepare su baúl.

—Está bien, véte.

Julia pasó un día lleno de ansias.

*
* *

Almorzó apenas con restos de la noche anterior y oyó cuando Martina vino a retirar su camita y sus baules.

Mandó por la tarde a la niñera a dar su paseo acostumbrado, con los nenes, Federico en brazo y Angela en el pequeño cochecito.

Así pudo llorar a sus anchas.

Sin duda su esposo estaba indignado, y tenía razón, si no era culpable.

Esto de echar a la sirvienta en seguida, venía a darle una satisfacción, y también le probaba que nada de lo que había sospechado era posible.

Se arrepentió de su impetuosidad.

No llegó a excusar la brutalidad de su marido, del cual llevaba en plena mejilla aún las señales de los dedos y bajo el ojo una pequeña mancha negruzca, pero tampoco dejó de comprender que había tenido que enceguecerlo la injusta acusación.

Daban las cinco cuando lo oyó llegar acompañado por otra persona.

Entró, pero venía con él una mujer de unos cincuenta años, muy fea:

—Aquí está, le dijo la nueva sirvienta—y dirigiéndose a ésta—Justa, la señora le enseñará todo los quehaceres... entretanto yo mandaré a buscar sus cosas...

Y agregó: No me esperen esta noche a cenar—y como Julia se le acercó, cortó toda posible explicación con — "Luego hablaremos... atiende ahora a tus deberes".

* * *

Su marido había contestado altivamente a su sospecha, echando a la calle a la sirvienta y trayendo a otra sobre quien no podía tenerla.

Se preocupó en ponerla al corriente de los quehaceres del hogar y después de una cena frugal—así la hacía siempre cuando no venía él a comer, limitándose a una sopa y un vaso de leche—mandó a la niñera y Justa que se acostasen.

Eran las 9.30 y después de dar el pecho a Angela, que de noche no molestaba, se quedó esperando.

Era necesario que se sincerase ante su esposo, y como ella le perdonaba los golpes recibidos, él le perdonaría la sospecha, que por cuanto injusta, era prueba de su amor.

El llegó a las doce.

Lo oyó y le abrió la puerta.

Entró Anselmo sin mirarla y pasó al dormitorio.

Ella lo siguió y le tomó el sombrero.

—Anselmo, le dijo, yo necesito explicarte...

—No tengo por qué... estabas celosa de la lava-platos... ¡bien! La eché...

—No debes condenarme sin oirme... yo fuí... encontré la puerta cerrada... ví luego salir a Martina... y yo te amo tanto, que no pude reprimirme... no quise ofenderte, pero mi mismo impulso debe ser una prueba del amor que te profeso.

El iba desvistiéndose.

—No creía, dijo luego con desprecio, que un hombre como yo, pudiera, con la vida que llevo y con el ejemplo que doy, suponérsele capaz de rebajarme con semejante gentuza... cuando desde que me casé no he jamás mirado una mujer aunque estuviese muy alta.

—Lo creo y te pido perdón de lo que ha ocurrido... no lo haré más.

—Supongo que no tendrás celos de la vieja que he

traído... ¡Vivir como yo vivo en casa de cristal para que después se me cele y se me crea capaz...

—Yo no te celo... yo te amo... tan es cierto que cuando Enriqueta escribió que tu la cortejabas, ni se me ocurrió creerlo y pensé que era una burda invención para disgustarnos.

—¡Ah! ¡ah! ¡la jesuíta... bien!... de manera que viste la tarjeta de aquella desfachatada... seguramente en su enojo que no he querido hacerle la corte... escribió semejante infamia... Y tú, ¡la muy zorra! no me dijiste una palabra para esperar esta ocasión!... ¡Buenas amigas has tenido! ¡buenas cosas!... dignísimas... casadas, con maridos mansos y ejemplares!... pero yo no soy de aquellos, ni soy de la estampa de los Figueredos... Así hemos concluído.

—Yo, contestó Julia arrodillándose para desabrocharle los botines, también clasifiqué de infamia aquella tarjeta y no te hablé de ella porque me hubiera parecido ofenderte...

—¿Pero ahora la recuerdas?

—Para probarte mi sinceridad... ¡oh! Anselmo, alma mía, padrecito de mis hijos, tirano querido, perdóname... perdona a tu Julia, a tu esclava que sólo cegada por el amor ha podido — sin quererlo — ofenderte.

—¿De esta vieja no tendrás celos?

—No, ni con ella ni con nadie, te lo juro...

—¿Así podré hacerme servir sin miedo?

—O esto nunca, ni ella ni nadie te servirá, yo sola basto.

—Yo no quiero.

—No... tú no harás ésto... yo me arrepiento... no ves... tú... tú me has golpeado... la primera vez en mi vida que me han golpeado y no me quejo... no estoy enojada.

—¡Ah! sí... de manera que la señora cree que puede insultarme, decirme impertinencias y que yo las aguante... no... mi distinguida señora, está usted equivocada... equivocadísima... He aguantado hasta hoy, en adelante, no. ¿Qué es la primera vez que te

he pegado? Hubiera tenido que hacerlo antes y no sucederían estas cosas... Así que ya sabes. Entramos en una nueva era... caminar derecho y si lo mereces recibirás consejos y bofetones... ¿No te conviene? Con separarnos y llevarte ahora mismo a casa de tus padres es asunto concluído.

—¿Pero Anselmo que te he hecho? ¿Es así como me amas? Podrías tu separarte de mí?... ¿Es posible que tú, por un error mío, error, hijo del cariño, me niegues el tuyo... ¿No te pido perdón? ¿No me has castigado? ¿Qué quieres que haga?... soy tu esclava... sí, tu esclava... haz de mi lo que quieras..., pero perdóname.

Anselmo dejó que ella estuviese un rato así, no se opuso a sus expansiones y luego con sonrisa irónica le preguntó: De manera que no quieres que Justa me sirva?... me quite los botines... me lave los piés... ¿no ves que es vieja?

—No... no yo... yo tu mujer... yo sola.

—Pero si es vieja.

—No... yo... mi tirano... yo tu esclava.

—Es que a las esclavas cuando son buenas se les ama y cuando faltan se les castiga.

—Yo... yo sola.

—¿Te convences pues que merecistes la corrección?

Julia calló.

—¡Ah! no contestas... pues véte y déjame de comedias de perdón.

—¿Qué quieres de mi? ¿qué quieres qué te diga?

—¿Merecistes la corrección?

—¿Cómo quieres que diga?

—¿Cómo?... ¡ah! ¿haces la idiota? sal de aquí.

La rechazó con el pié.

Ella cayó tendida. Levantó sus ojos llorosos y con el cabello suelto volvió cerca de él, volvió a besarlo y murmuró: Sí... sí... mi tirano... hiciste bien.

El la levantó jadeante de voluptuosidad, transformado.

El instinto sádico del varón lo embriagaba, sintió revivir en él escondidos apetitos, la sacudió y besán-

dola en la boca, al sentirle todo temblorosa, enamorada y sumisa, la miró en los ojos con mirada de fiera y con la boca en la boca, el aliento cálido que la quemaba le dijo: Bien te perdono... pero... desde hoy... seré... seré... ¿me comprendes?

—Lo que quieras.

—Sí... seré tu marido en verdad... ya sabes... cuando no haces mi gusto... te daré de bofetones... te golpearé... así, entiendes... así serás más mía...

Julia no se rebeló, lo llamó tirano, mientras él a tirones le sacó la ropa. Le desgarró la camisa y con la palma de la mano abierta con chasquido fuerte aunque sin golpes dolorosos, hizo sonar sus carnes y la estrujó a su placer.

Se sintió varón macho.

La encontró en verdad y por primera vez hembra sumisa. Aquella fué una noche de orgía.

La halló tan intensa como en los primeros tiempos, pero más acre, con un olor de carnes a hembra en calor, tanto que él le dijo en el oído, besándole tras la oreja y mordiéndosela: Tienes un olor terrible de carne... de hembra... te pareces a Martina.

Julia sintió lo grosero del parangón, pero ella misma olfateó el olor de carne sudorosa en él y olvidó todo, se hizo pequeña diciéndole, mientras lo besaba ávida y con sollozos de histérica: Tirano mío.

—Si yo tu tirano ¿y tú?

—Yo tu esclava.

CAPITULO VII

Julia se levantó por la mañana a las 7, hora de costumbre, dejando dormido a Anselmo.

Llevó a la nena que ya lloraba para darle el pecho y atender a los quehaceres.

Se sentía cansada y algo triste.

El recuerdo de lo que había pasado la preocupaba, pero quiso tener fé en el porvenir.

No pensó que la mujer, la esposa o amante que se doblega al primer golpe del hombre, lo acepta o lo sufre, ha firmado silenciosamente su claudicación, para ser luego y siempre, la que aguanta los castigos que con razón o no, se le imponen.

Recibe el primer bofetón, se doblega a él, y olvida que a éste seguirán otros, y otros.

El hombre que levanta la mano a una mujer, la levantará siempre.

Difícilmente se vuelve atrás por esta pendiente. Julia lo había oído varias veces. La misma Enriqueta un día habíale dicho que el matrimonio debe basarse en el mútuo respeto, y al no ser así, siempre surge una víctima — la mujer. —

¡Qué hay mujeres respondonas, malas, impertinentes!

El hombre debe separarse de ellas, antes que pasar una vida de infierno.

La mujer, la primera vez que el hombre les pone la mano encima no debe doblegarse, si no responder golpe a golpe y luego separarse.

Más vale afrontar dignamente la lucha de la vida, que llorar con tardías quejas soportando el primer golpe, preludio de los que seguirán.

Es un concepto falso sufrir por el *qué dirán,* porque si a la *humanidad* y al *qué dirán* se presta oído, seríamos siempre *Cristos.* Decir que se sufra por los hijos es otro error, porque los hijos mal pueden educarse en tal ambiente, y los hijos vienen a presenciar espectáculos nada morales ni agradables.

¡Que el hombre cegado por la falta de una mujer no puede reprimirse y el golpe se le *escapa* como una advertencia!

Sin embargo el hombre no golpea a otro hombre fuerte como él para demostrar sus opiniones.

Se aprovecha de la mujer que se somete y es débil.

Julia recordaba una anécdota.

Un señor supo que su cuñado había abofeteado a la hermana. Era un hombre fuerte y vigoroso. Se encuentra con él en el club. Sin dar a conocer lo que había pasado, le pregunta: ¿Qué toma José?

—Un coñac.

—Traigan un coñac al señor.

Empezaron a hablar y entonces cuando pusieron la copita de licor sobre la mesa, Arturo preguntó serenamente que había pasado en casa.

—Nada. Cuestiones como pasan en todos los hogares.

—Pero Luisa se queja que usted la abofeteó.

—¿Qué quiere? Me hace enojar y a uno se le escapa el bofetón.

José fué a tomar la copa, pero Arturo de un golpe lo hizo saltar a diez pasos de distancia.

Palideció el otro, pero no hizo un gesto.

—Pero, hombre, ¿cómo es que no se le escapa un bofetón?, le pregunta Arturo... — agregó luego — esto le pruebe que si se le escapan por cosas de menor importancia que esta, es porque Luisa no tiene el coraje de contestar a sus golpes y porque no tiene mi fuerza...............

.. Si no le conviene, puede enviarla a casa y quedaremos amigos, pero si se te escapa en otra ocasión un bofetón, somos tres hermanos y a cada uno se nos escapará una pateadura que la recordarás mientras que viva.

Al *valiente* José no se le *escaparon* más bofetones cuan-

do Luisa cometía una falta. Supo razonar y ella fué una esposa buena y él un marido decente.

* * *

Julia tuvo, sí, aquella mañana un pensamiento de rebeldía, pero su amor para el esposo hizo que excusara el incidente, y se sintiese alegre de no ver a Martina ya en casa.

Sonó la campanilla. Se apresuró a entrar en el dormitorio, alcanzando a su esposo los diarios y la correspondencia para traerle el desayuno.

Anselmo la miró mientras atendía a sus servicios y parecióle verla demasiado vivaracha y contenta. Creía encontrarla humilde, y como para afirmar lo convenido, esperó la ocasión de volver a ponerle la mano encima.

Cuando Julia se arrodilló para calzarlo, él a propósito torció el pié y el botín no se calzó recibiendo el golpe en falso.

—¡Torpe! le dijo él dándole un coscorrón que le hizo dar de narices sobre el pié.

—Pero... ¿por qué me pegas? se quejó ella.

—¿Quieres que te acaricies por tu torpeza?, contestó severo.

Julia calló, dos lágrimas cayeron sobre el botín que abrochaba.

Anselmo como nada hubiese pasado charló con ella, la trató con amabilidad, simulando no darse cuenta de su aire dolorido y de sus ojos llenos de lágrimas.

Cuando ella quedó sola lloró, pero su desahogo no pasó de ahí.

¡Quejarse a sus padres! Era posible dar un escándalo, con dos hijos y un tercero que nacería!

Trataría que esto no se repitiera.

Sentía amarlo y estaba segura que él también la amaba... ¿No se lo había probado echando a Martina? ¿Trayéndole otra sirvienta vieja?

*
* *

Por la noche estaba él leyendo en la cama y la pequeña Angela se puso a llorar con insistencia. Se levantó ella y así en camisa, descalza, empezó a pasearla. Pero la nena no se sosegaba. Fué entonces cerca de la ventana empeñándose a que callara, cuando sin haberlo oído bajar de la cama se le acercó Anselmo y antes que pudiese evitarlo, ocupadas las dos manos con la pequeña que tenía en brazos, recibió un bofetón que sonó en la mejilla tomada de lleno.

—¡Ah! pero ¿por qué me pegas?... ¿qué te he hecho?

—¿Quieres o no dejarme dormir?

—La pobrecita llora porque tiene dolores de vientre... y no se calma... yo no tengo la culpa.

—Te puedes ir a otra pieza a pasearla y volver cuando se duerma.

—Sí... sí... voy... por Dios, no me pegues... en un día es la segunda vez..... ¿qué te he hecho, qué te he hecho para que me trates así?... — Sollozando con su pequeña que gritaba entre los brazos, en camisa, descalza, fué al otro cuarto, cerró la puerta y durante dos largas horas fué paseando a la chiquitina que parecía no quererse callar. Eran la una de la mañana cuando por fin se durmió y pudo ponerla en la cuna.

Anselmo dormía.

Ella sin hacer ruido se acostó cerca de él y quedó largo tiempo ahí sin moverse, llorando silenciosamente.

Le parecía aquello un sueño terrible. Había llegado a lo que cien veces repudió en otra mujer: ¡Hacerse golpear por el marido y no rebelarse!

Pero ¿qué hacer? Ahora comprendía que se necesita toda una educación para ser rebelde; para no doblegarse.

¿Irse? Se dice pronto.

¿A dónde? ¿De sus padres viejos y pobres? ¿Qué harían? Comprendía que había una sola solución a este problema, saber algo, aún sea coser, lavar, saber ganarse el pan de cada día y entonces afrontar el porvenir de la vida y en especial manera no haber hecho como ella, no haberse

entregado sumisa, obediente, sierva, esclava del esposo que la había reducido a ser la odalisca y la mucama.

Comprendía, aunque tarde, que había hecho mal desde novia a entregarse absolutamente, abdicar ante él, obedecerle sin discusión, adaptarse a sus gustos y casada prestarse a sus exigencias, a sus caprichos, enclaustrarse casi, abandonando relaciones, aceptando la voluntad de él sin discutirla, humillarse, volviendo niña a quien se le da los centavos contados, sin derechos, aceptando todos los deberes.

Era la pendiente desgraciada de miles y miles de mujeres que se doblegan creyendo así que con la abdicación de su voluntad, de sus gustos, más fácilmente se llega a la paz en el hogar.

No.

No se llega abdicando, como no se llegaría, si la mujer pretendiera ser despótica.

Recordaba los consejos de Enriqueta cuando embuída en ideas funestas decía en rueda de amigas: — La mujer debe al hombre, cuando novia mostrarse cual es, sin ocultar defectos ni aparentar virtudes, pero no debe tampoco aceptar imposiciones injustas para decirle: "Seré honesta y digna de tí, pero tu selo también como justa reciprocidad. No olvidéis que si os mostráis humildes, obedientes, os pondrá el yugo como cosas conquistadas, en cambio debéis exponer vuestros gustos, saber los suyos y con mútuas concesiones y razonamientos se llega al común acuerdo. Cuando os caséis, mucho ojo, el principio señala luego el derrotero. Ni dueña ni esclava, sino compañera. Hacedle sentir que el casamiento es una sociedad en la cual los dos socios tienen iguales intereses y deberes, aunque el trabajo sea distinto, no olvidando que admitir que se considere en nada el trabajo de una mujer en la casa, es preparar para el porvenir que se la considere una sirvienta o se la tenga a menos.

Es bueno; seáis buenas. Es malo; no dejéis de hacerle ver que no nos apoca y si las cosas van mal, más vale ir de sirvienta a casa ajena a donde se estimará vuestro trabajo y se os pagará, pero no aguantar las impertinencias de un *dueño* que no os paga, ni estima lo que hacéis, os hará trabajar más y os dará el desprecio y la amargura a todas horas. Si la mujer comete una falta debe reconocerla, y el hombre debe hacer lo mismo. Jamás debe ella ser la que se doblegue si la culpa es de él, y jamás debe humillarse, porque el hom-

bre es fuerte y si se humilla nada pierde, la mujer es débil y si se humilla es una esclava".

Recordaba todo esto, cien cosas más y se culpaba de ser la causante de su actual estado. Si de novia, le hubiera dicho que seguiría sus relaciones honestas, que no pensaba cambiar el método de vida por no ser bajo ningún aspecto reprochable, o se hubiera retirado — no se encontraría en tal estado de bajeza — o hubiera seguido como novio sin tener tantas exigencias. Si de casada le hubiese expuesto con franqueza que en ningún caso aceptaba sus pretensiones, sus reglas y sus desconfianzas; se hubieran separado antes de tener hijos o vivirían ahora respetándose y queriéndose.

¿Qué sería de ella ya?

En dos días la había abofeteado tres veces... ¿seguiría así?... sin fuerzas para la rebelión ni derecho de negarse a todo lo que había aceptado en dos años y medio de casada? Sentía que la costumbre de sumisión le había quitado energías, no osaba casi sostener su mirada.

Le temía.

Sí. Estaba subyugada.

*
* *

Los cuatro meses que siguieron fueron para ella la confirmación de su decadencia.

Cumplía como siempre con esmero sus deberes, era una madre dedicada toda a sus pequeños.

Jamás Anselmo fué servido con mayor dedicación. El seguía su vida metódica, a pesar que de vez en cuando volvía a las doce y a la una de la mañana. Era afable por momentos, cariñoso otra, brusco muchas veces.

La retaba a menudo y había tomado la costumbre de abofetearla por cualquiera de sus pequeñas faltas, tanto que Julia llegó instintivamente a levantar el brazo cubriéndose la cara cuando él se le acercaba reprendiéndola, y él se reía, diciéndole: No tengas miedo, no te voy a comer... ¡qué había sido cobarde!

Pero Julia no podía acostumbrarse a ser tratada así, a pesar de la abdicación absoluta de su voluntad, de su sumisión, le parecía siempre una nueva afrenta el golpe seco que

le cruzaba en la mejilla, rápido, antes que pudiese sospecharlo, el azote de aquellos dedos huesosos, de una mano dura y nerviosa del hombre a quien servía con tanta devoción, a quien amaba, a pesar de todo, porque era su primer amor, amor en verdad por sujestión y por costumbre, amor que, sin embargo, ya no tenía el entusiasmo de antes, pero que trataba de sostener por ser el padres de sus hijos; del hombres que después de abofetearla la trataba como si nada hubiese pasado, y que luego en las horas de amor le obligaba a repetir una frase que le había enseñado: "Mi tirano"... que me pega... esa mano mala que me pega...

Y él se la ponía sobre los labios para que la besara, que la cubriera literalmente de besos.

¡Cuánta infamia, cuânta abyección!

Pero lo hacía y trataba de olvidar.

Una vez Justa entró mientras Anselmo la abofeteaba ordenándole a bajar el brazo para que recibiese el bofetón en plena mejilla. Al irse él, la sirvienta fué a consolar a Julia que sollozaba.

—Pobre señora... no llore... le pegó eh! qué malos son los hombres, le dijo.

—¡Oh! no todos... no... es él que se complace en castigarme.

—Son todos así.

—No... no... la culpa es mía de haberme doblegado tanto... que hoy no me atrevo ya... a rebelarme.

—¿Rebelarse? ¿a qué? ¿Qué ganaría usted? que la golpease más... es la vida de la mujer, señora... Cuando mi marido, que Dios tenga en su santa paz, se casó, me pegó a los dos días de casada... y me pegaba siempre cuando volvía borracho... siete días por semana..... y me pegaba.... buen alma... y.... para esto somos mujeres.....

—¡Oh no! son los maridos sin alma, sin educación, sin corazón... los que se aprovechan, los que saben que una pobre mujer no puede defenderse.

—No sé, señora... pero en doce años que sirvo.... he estado en casas de italianos, de españoles, de argentinos y de rusos... los hombres son el demonio... los ve usted muy señoritos, muy cumplidos con las señoras. Cuando salen con la esposa, parece que se deshacen para cumplimentarla, darle la derecha y qué sé yo... y en casa son el demonio... gritan, putean, blasfeman... Un señor abogado, todo un juez, lo he visto yo patear a la mujer y luego salir con ella

como si fuesen novios... Otro, un señor comerciante la hacía dormir en el suelo... si señor, en el suelo... cuando se enojaba y la golpeaba... y ella lo defendía ante la gente, diciendo que era un esposo modelo porque les daba vergüenza que se supiese la verdad. Otra señora, una noche tuvo que refugiarse en casa de unos vecinos... y los que no los he visto golpear a su mujer, la trataban a solas peor que a perros; insultos y... viven con otras

—Esto no, mi marido me es fiel.

—Si no es una cosa es otra... He conocido solamente tres matrimonios que parecían que vivían felices; uno porque ella era rica y una vez que se pelearon, oí decirle que volvería con sus padres y él se apresuró a hacer las paces. El no tenía donde caerse muerto. El otro tenía una tienda y ella entendía de negocios tanto como él, dos buenos compañeros... y estoy segura que si él se hubiese atrevido, encontraba pan para sus dientes, él era bueno y ella una santa.

El tercero era una maestra y tenía más habla que un abogado, se sermoneaban los dos y se arreglaban al rato. Los únicos tres que he conocido en veinte casas que he servido... contando la mía... He conocido sí, una vecina en que la mujer era una víbora de mala y él un santo, ahí era ella la que le sacudía... yo me asusté y supe luego que ese santo había hecho morir de disgustos a su primera mujer y la segunda que tenía más fuerza que un granadero, lo amansó por enclenque.... todo lo malo que había sido con la primera mujer, era de cobarde con la segunda... que lo mandaba y le quitaba el dinero hasta el último céntimo. La última casa en que estuve, ella era un ángel de bella, él parecía tan correcto... y se encerraba siempre en el cuarto... claro... no se oía nada, cuando le pegaba le ponía un pañuelo en la boca y le ataba las manos... y le tenía ella tanto miedo que apenas adentro ponía las manos para que las atase... Son así... muy gran cosa en la calle y ante la gente, y unos demonios en casa. Hay algunas que no aguantan y se golpean de lo lindo... pero somos pocas las capaces.... Mal servicio nos hacen al enseñarnos que el hombre es hombre. Más valdría que nos enseñasen a no sufrirlo, si es malo.

—Sí!... es lo que debería hacerse, pero para esto es menester tener con qué comer, tener el coraje de afrontar el que dirán, coraje de encarar la hora difícil de la ruptura!... ¡irse! sí... ¿a dónde? ¿y los hijos?... es menester saber tra-

bajar, poder decir que una con su trabajo se basta... porque no es posible ser carga a los padres que apenas tienen para ellos.

Y Julia bajó la cabeza.

La mujer será la esclava más o menos dominada del hombre hasta que no esté emancipada económicamente.

No hay libertad donde hay esclavitud de estómago...

*
* *

Nada dijo a su madre para no amargarla, y menos al padre, que desde algún tiempo sufría mucho de cálculos al hígado.

Su consuelo eran sus dos hijitos y el tercero que sentía moverse continuamente en el seno.

¡Por ellos sufría, por ellos!

Su amor lleno de ilusiones iba al ocaso, pero debía mentir, debía cumplir como enamorada; obedeciendo.

*
* *

Su tercer nacido, fué un varón.

Le pusieron el nombre de Juan.

El estuvo en casa el día del alumbramiento. Le acompañó aquella noche.

Cuando todos se retiraron y el pequeño fué puesto en la cuna que había ocupado Angela y ésta en la cunita de Federico a quien habían traído una más grande, Anselmo la besó cariñosamente, preguntándole si se sentía aliviada.

—Sí... estoy bien.

—¿Quieres besar al nene?

—Sí... — y lo besó agregando — bésalo tú también — y cuando los dos unieron sus cabezas sobre la inocente criatura, Julia muy dulcemente, como un ruego le dijo: Anselmo ya tenemos tres hijos... podríamos ser tan felices.

—¿Y no lo somos?

—Sí... pero felices como en los primeros meses de casados.

—¡Oh! qué calentura te dá?... crees que a mi edad puedo volver a aquellas locuras?

—No es esto lo que te digo... ni lo pienso... lo que te digo es ser felices... buenos como antes.

—Estás loca, — le contestó y volvió al recién nacido a la cuna.

La noche después fué al club.

Julia a los cuatro días se levantó de la cama. ¡Habia tanto que pensar, dirigir y atender en la casa!

CAPITULO VIII

También a Juanito le dió el pecho.

Federico ya corría travieso y gritón por la casa y Angela que hacía dos meses tomaba el biberón, la alimentaban con sopitas y cositas livianas.

La vida del hogar transcurría con la regularidad del péndulo.

A los veinte días del nuevo alumbramiento Anselmo le dijo después de chancear un rato con ella sentado en la cama: ¿Sabes que van casi cinco meses que no eres mi mujer?

—Es cierto... tú sabes que en el estado en que estaba no siento necesidades.

Y por primera vez pensó cómo podría su esposo pasar tanto tiempo sin serle infiel.

Suspiró.

—¿Qué te pasa?

—Nada... y tú serás el que más sufrirás con esta abstinencia!

—En efecto... los primeros días... porque luego uno se acostumbra y ni piensa en estas cosas.

Julia recordó que una vez su amiga Enriqueta le había dicho que con esta frase los hombres encubren sus calaveradas; una de las tantas mentiras que se dicen para que la mujer crea en la *virtud* masculina.

El cuento de la abstinencia absoluta es muy útil para los maridos que se lo cuentan a su mujer.

El hombre tiene sus necesidades imperiosas. Si nos las cumple aún sea en forma... *platónica*... ¡para el creced y

multiplicaos! cerca de su mujer, es, que hace el cuento de la castidad, pero no la practica.

—Es extraño... tú tan exigente en otros tiempos...

—Es que los años pasan... y hay que conservarse, porque, supongo, no tendrás sospechas.

—No... digo así no más.

—Otros maridos, otros hombres, la mayoría son unos calaveras, pero tú has tenido la fortuna de tener a un marido que es un modelo y un ejemplo.

—Te lo agradezco.

—Créeme... ni pienso en estas cosas ya... pero el deber es deber... y tendrás mis cariños todos los sábados... ¿estás contenta?

—Lo que tú quieras... yo te pertenezco y sabes que hago lo que tú quieras... lo que sí.... en menos de tres años tenemos ya tres hijos... yo no quisiera tener más...

—¿Qué entiendes con esto? Quieres que nos separemos de cuerpo?

—No, por Dios, no me he explicado bien; decía que no quisiera tener los hijos tan seguidos... tener otros... sí... si no se puede a menos... pero con mayor intervalo... para poder despechar a uno antes de tener el otro.

—¿Y, de dónde sacas estas ideas? Quién te ha hablado de esto? ¿Tu madre?

—Sí... mi madre me indicó que te lo dijera porque yo me quejaba asustada de tantos hijos y dijo que hay medios... que los hombres conocen...

—Tu madre debe meterse en lo suyo y dejar que nosotros nos demos vuelta en nuestra casa a nuestro antojo.

—Y así lo hace... pero es un deseo mío...

—¿Deséo tuyo? Si fuera yo, que tengo que trabajar para mantenerlos, comprendería que me quejase de tantos hijos...; pero vosotras las mujeres! ¿hacerlos? No es ningún arte; no es menester aprender escultura para modelarlos... ¿Criarlos? ¡Gran cosa! Para esto sois mujeres! Qué haríais si no tuvieséis que cuidar a los hijos, todo el día en casa haraganenado... No... que vengan los hijos que el cielo nos da, y el día que sean muchos, seré yo el que dirá "punto final" y separaremos las camas y viviremos cada uno en nuestro cuarto. Pero que yo, para que tú no tengas la molestia de un embarazo y de dar el pecho, deba adaptarme a ciertas cautelas... no lo pienses... si no quieres hijos... me avisas y compraré otra camita y haremos dos dormitorios.

—¡Es posible, Anselmo, que siempre yo me explique mal y deba verte sulfurado!...

—¡Claro! yo trabajo para mantener la familia que crece y tú te quejas... sería como el cuento del gallo que se quejaba cuando la gallina ponía el huevo.. y en este caso no es difícil poner el huevo; difícil es ganar para que vivan los polluelos que nacen.

—Yo no me quejo... insinuaba la conveniencia de... ser prudentes.

—Ya sabes mi opinión o... vivir separados o cumplir tú, tu misión de mujer... ¿para qué está la mujer sino para criar hijos? ¿qué harías tú sin esto? te pasarías el día durmiendo y yo trabajando?

Julia doblegó la cabeza.

—¿Te has convencido?

—Sí... tienes razón.

Y fué la hembra sumisa y dócil.

Y a los dos meses estaba nuevamente embarazada

*
* *

Anselmo se había vuelto muy metódico.

Ya no era cariñoso como antes; sabía tener lunas muy a menudo, estaba siempre serio y sólo raras veces reía y chanceaba con ella.

De noche se retiraba a las doce, muchas veces a la una.

Julia ya no tocaba el piano, el cuidado de los tres hijitos le llevaban mucho tiempo.

Su única distracción era leer las noticias de "La Prensa".

Iba a ver a sus padres cada diez o doce días, acompañada por Anselmo, que a la hora, alegando asuntos urgentes, la volvía a casa para irse al club.

La niñera llevaba a pasear a los dos mayorcitos todas las tardes, como de costumbre, durante una hora o dos, en los jardines frente a la casa, donde la madre desde la ventana podía verlos.

Anselmo no había cambiado con ella su modo de ser; los días de luna eran días en que seguramente la daba de bofetones.

Se los había dado antes de tener el tercer hijo y tan

brutalmente que le dejó amoratado un ojo, el día mismo que se levantó de la cama.

—¡Qué dirá mamá cuando me vea así! — dijo Julia al ver el signo lívido que tenía bajo el ojo.

—No es nada... pareces un poco ojerosa... con hacerte con carbón otro igual... quedarás más interesante, — le contestó Anselmo.

Sin embargo, ella se esforzaba en atraerlo, en mantenerse, a pesar de su sencillez, elegante, fina, limpia. Soñaba en conquistarlo, en enamorarlo, en hacerlo bueno!

*
* *

Estaba en el tercer mes de embarazo cuando el padre empeoró; y los médicos desesperaron salvarle. Anselmo iba a verlo todos los días, y por teléfono Julia pedía a menudo noticias y por la noche acompañada por él, iba a visitarlo.

Pasaron así quince días de alternativas. Una tarde se agravó tanto que fueron llamados de urgencia José, Amelia y Justa.

Julia pasó el día en casa de los padres.

Anselmo estuvo allí varias veces. La mañana después como el enfermo se alivió mucho y parecía mejorar, volvió Julia a su casa.

Varias veces por teléfono averiguó si seguía mejor.

Anselmo, después de cenar se fué al club.

Eran las diez y llamaron al teléfono.

Corrió Julia.

Era Amelia.

—Ven, Julia, ven pronto... papá se muere... se ha agravado de repente... ven antes que pierda el conocimiento.

Julia no sabía qué hacer.

Llamó al club.

Le contestaron por teléfono que el señor Cabello no estaba... que iba muy raramente, y tan sólo unos minutos.

Julia quedó perpleja?

¿Dónde iba, pues, su marido?

No tenía tiempo de pensar en estas cosas, su padre se moría, y se puso una mantilla, un sombrero, tomó en brazos a Juanito, ordenó a Justa que cuando llegase el

señor que fuese en seguida a casa de los padres a donde ella iba.

Tuvo que hacerse prestar cinco pesos de la sirvienta para el auto.

No tenía más que quince centavos de los dos pesos que le había dado el marido hacía ya cuatro días.

*
* *

Encontró que su padre estaba muy mal, apenas pudo reconocerla. Pocos minutos después entraba en el período comatoso.

A la una de la mañana murió sin sufrir, inconsciente. Anselmo llegó a las dos y se encargó de correr con todos los pormenores del entierro.

Cuando las hijas pudieron obtener que la madre descansase un momento, se reunieron con José para resolver entre los cuatro lo que había que hacerse.

Muerto el padre, quedaba sin amparo la madre y el hermanito, porque él no dejaba bienes de fortuna y el sueldo que ganaba era la única entrada de que disfrutaban.

La madre nada sabía hacer, era mujer de su casa, el trabajo más largo y engorroso entre todos y el menos apreciado.

Educada como la mayoría, no había tenido la previsión del ahorro, guardar en un banco aunque hubiese sido diez pesos mensuales, privándose de algo y así en 28 años de matrimonio a lo menos tener con que hacer frente al porvenir, porque una mujer con un par de miles de pesos puede modestamente vegetar con un pequeño negocio.

Pero doña Rosario nada tenía, sino la perspectiva de los dos meses de sueldo con que la Compañía la indemnizaría para gastos de viudez, cantidad que entre médico, medicinas y entierro no alcanzaba a cubrir las salidas.

Julia todo esto lo pensaba convencida que la madre, a pesar de no haber sido una víctima de la brutalidad del marido, sin embargo, también tuvo sus disgustos por sus calaveradas, y ahora resultaba una víctima de la educa-

ción errónea que se da a la mujer, no preparada a la lucha de la vida, no enseñarle la práctica de la misma para encarar el problema del mañana.

Sabía muy bien que no podía ofrecerle su casa, porque Anselmo le había dicho: "No te comprometas a hacerte cargo ni de Andrés ni de tu madre", pero sabía que era necesario resolver algo de común acuerdo con sus hermanos, animada, casi dispuesta a desafiar sin temor la cólera de su marido, porque se trataba de la madre, y ella que lo era, sabía que ningún sacrificio es pequeño para pagar el cariño maternal.

En los días pasados había hablado largamente con sus hermanas, abriéndole su corazón, confesando sus pesares, el aniquilamiento de su ser, transformado en odalisca sumisa porque el marido la repetía como síntesis de todo un programa, un refrán español, por el cual reasumía la infamia de la entrega completa de la mujer a los caprichos del esposo: "*¿Dónde eres mujer? — Donde tu marido quiera*".

También sus dos hermanas no eran felices.

Amelia, la casada con un maquinista en el Rosario, tenía sus quejas. El marido sabía golpearla, pero raramente, porque ella le hacía frente contestando golpe a golpe y hacían ya cinco meses que no le levantaba la mano, porque la última vez habían tenido que intervenir los vecinos, porque si él parecía dispuesto a matarla, ella se defendió bien y en uno de los tantos ataques le dió con una plancha, hiriéndole en la cabeza.

Tenían tres hijos y no pensaban tener más porque ella seguía ciertos lavajes que le daban buen resultado. Por otra parte no habría sido tan desgraciada, si el marido no hubiese sido un borracho. Había confesado a sus hermanas que estaba harta, asqueada de él, porque cuando llegaba así, había que desnudarlo y ella debía irse a dormir a otra parte porque el muy puerco se ensuciaba en la cama.

¡Oh, si hubiese tenido con que, lo habría dejado, si supiese ganarse el pan se habría ido con sus hijos, pero no podía y debía aguantar aquel borracho que si bien le dejaba dinero para los gastos mensuales y libertad de educar a sus pequeños, no estaba nunca en casa, no se preocupaba de nada, dejando sobre ella toda la responsabilidad de los tres chicos, con la agravante que el ma-

yor, ya de nueve años, era muy rebelde y hubiera necesitado de la cooperación paterna para encarrilarlo.

El más pequeño parecía epiléptico, consecuencia del alcohol paterno, una cruz diaria al ver en aquel pedazo de su corazón, aquel desgraciado, llevar un estigma que la preparaba un porvenir oscuro y terrible.

Justa a su vez vivía en Las Flores. Apenas casada había el esposo abierto un pequeño almacén que, con el esfuerzo de ambos progresaba, sin embargo, en el principio cuando hubo reyertas, el marido le gritaba que todo aquello era suyo, y se había casado con ella que no había traído ni un centavo.

Pero Justa atendía casi siempre el mostrador, hacía la comida a varios pensionistas, mientras Juan pasaba las tardes y las noches jugando el "tute" o el "truco" con algunos clientes.

El marido también a ella habíala golpeado una vez, pero se fué a denunciarlo a la policía y lo tuvieron preso unos días.

No se atrevió jamás a levantarle la mano.

Tenían dos hijitos porque ella le había convencido que usase cierto preservativo que le preservaba de un embarazo. No podía ella criar a sus dos hijos, atender el negocio, la cocina, los clientes y dar un hijo cada año.

Habían llegado, sino a la prosperidad, si, a un bienestar, debido a la obra de ella que todo lo atendía, todo lo anotaba, escribía las cartas, cuidaba los dependientes, hacía los pedidos que su esposo firmaba, porque el "negocio era suyo", firmaba los documentos porque la mujer no tiene personería: es por la ley una menor de edad.

Es el hombre que dispone, que representa, que sirve de testigo aunque como en el caso éste, poco a poco el hombre se reduzca a firmar siendo un "catedrático" del "truco" y del "tute" y la mujer, la que verdaderamente dirige la que trabaja y maneja el dinero y los intereses.

—Figúrense, decía Justa, si no fuese por mí, estaríamos ya en la calle. Tuvimos que pagar un documento de 300 pesos y otro de 450, por haberlo él firmado. Le tengo prohibido firmar nada sin consultarme, y no firma sino los documentos a las casas mayoristas por mercaderías que les compramos... pero cada día que pasa se hace más haragán e inútil... hay artículos que no sabe a donde están y yo lidiando con la sirvienta y

los dos dependientes. Hay veces que pondría fuego al negocio al ver que injusta es la ley; el hombre porque es hombre es el que todo lo representa y la mujer aunque sea la que sirve, es la mujer... y yo debo cuidar a mi marido que no firme documentos o preste a cualquiera de sus compañeros el dinero que tanto nos cuesta... y, sin embargo, según él, yo nada he aportado... empezamos con un capital de cuatro mil pesos y hoy tendremos veinte mil de existencia sin deber tres mil en plaza.

El otro hermano, José, en cambio había contado sus cosas bajo el punto de vista del hombre.

Su mujer lo había abandonado y no sabía de ella, aunque le habían dicho que vivía en Córdoba con otro.

—Pero, le objetó Justa, cuando mamá intervino antes en vuestras desavenencias, decía Filomena que tu hacía año y medio que no dormías en casa...

—Mentira, si hubiese sido una buena mujer no se hubiera ido.

—¿De manera que estás solo?

—No, vivo con una muchacha... se llama Felisa, y la pasamos muy contentos.

—Fortuna que no tuviste hijos con tu mujer.

—Pero tengo con ésta.

—¿Y cómo no avisaste? ¿Cuántos tienes?

—Dos... uno de tres años y otro de uno.

Las hermanas se miraron entre sí.

Julia esperaba que sus hermanos encarasen la difícil cuestión, el porvenir de la madre y del hermanito.

—Yo no puedo llevarlos conmigo, dijo Amelia, porque mi casa es pequeña y mi marido no les haría buena cara, pero daré diez pesos mensuales para ayudar al que se haga cargo.

—Yo no puedo tampoco, dijo Justa, porque tenemos el almacén y una piecita como dormitorio, pero yo daré quince pesos por mes al que se haga cargo de mamá y de Andresito y cada año pensaré en vestir al nene... tu Julia ¿no podrías?

—Yo no... mi marido no quiere. Yo les he dicho claramente como vivo y mi condición en casa...

Si, pero tu eres rica, tu marido tiene campos y propiedades, he oído que le decía al doctor que en un negocio ha sacado treinta mil pesos libres... puede, pues, dar más que nosotras.

—Es que yo no dispongo de nada.

—Pero, hija mía, tu eres la esposa y en la sociedad conyugal debe el marido considerar que ambos trabajan para formar el capital social y no puede negarte el cooperar con dinero a lo que es un deber de cada una de nosotras.

—Es que no dispongo de cinco pesos.

—Se los pides... por ejemplo, treinta pesos mensuales...

—¿Y si no quiere?

—Muéstrale los dientes.

José que había callado dijo, entonces: Yo llevaré a mamá y Andresito.

—Y no dirá nada tu Felisa.

—¡Qué va a decir!... Si ustedes se comprometen a ayudarme. Amelia con diez pesos, Justa con quince y tu Julia con treinta, cada mes?

—Pero hombre, como haré para que me los dé mi marido.

—Piensa, le contestó Justa, que es para nuestra madre... si tú has sufrido y has aguantado... pase: pero como hija tienes un deber sagrado que está por encima de toda conveniencia. Lo que no hagas tú por tu madre, tus hijos no lo harán por tí... si Anselmo hace el animal, rompas con él, con alguna de nosotras vendrás... conmigo para ponerle un pleito y que te pase lo necesario para vivir... Es su obligación. ¡Verás como se amansa el hombre!

—Vos, Julia, agregó José, le hablas hoy mismo y si no quiere me llamas y verás que conmigo será razonable.

Julia al verse amparada, y bajo el impulso de su deber de hija, resolvió encarar el asunto con valentía.

—Voy a casa a ver a los nenes y después del almuerzo le hablaré... y como tengo que volver aquí les diré lo que haya.

—No seas cobarde.

—No... no lo seré por mi madre... a más si no fuese por el que dirán y por los hijos, no tendría inconveniente en dejarlo hoy mismo.

Pensaba en aquel momento que hasta la seguridad de la seriedad y fidelidad del esposo había para ella desaparecido.

Sus idas al club eran un cuento. Pasaba las noches en otra parte. ¿Dónde? No lo sabía, pero sin duda, con una mujer.

Se explicaba ahora *su virtud* que le permitía estar cinco meses en abstinicencia, y su prédica de cumplir el deber matrimonial una vez por semana, cuando antes era tan intensamente sensual.

Llegó a casa, y Anselmo no estaba.

Llamó a Federico y a Angela, quienes no comprendiendo el dolor de la madre, seguían jugando a sus pies, entre tanto iba amamantando a Juanito.

Sentada así, miró a sus hijos, a los hijos de sus entrañas, y al sentirse intensamente madre, se sintió intensamente hija.

En aquel momento, como una revelación, penetró en aquel misterio sublime de la madre, y sintió que siéndolo ella, podía con mayor razón amar a la suya.

Su madre! Poema sublime.

La madre es el afecto más sagrado de la vida.

Pasan las pasiones fuertes, pasiones que podrán parecer que llenan la vida; puede el hijo olvidar a la madre, ser injusto con ella, pero el hijo para la madre es algo que está por encima de todo, es el amor sublime, es el perfume de los sentimientos, es la quinta esencia de los amores.

La mujer es un ser humano; la madre es algo divino. La madre sufre por el hijo que lleva en sus entrañas aunque sea una deformidad; y joven, soberbia de su belleza y de su elegancia, es soberbia de su deformidad por su hijo; sufre para que nazca, ve muchas veces abrirse la tumba para tenerlo, pero no piensa en ella, sino en el hijo que va a nacer y a su primer grito olvida sus dolores y anhela solo besarlo: lo cría, sufre por él muchas veces un marido malo, se embelesa al ver a su hijo, y su vida por él tienen un solo lema: "Sacrificio", y el hijo pequeño le da sinsabores; grandecito la amarga; joven, la olvida casi, y la madre se conmueve al verlo, todo lo perdona, lo olvida y lo excusa.

Y Julia, hoy madre, comprendió el poema de afectos, de sacrificios, de lágrimas que encierra la palabra *madre,* y lo comprendía ahora que lo era ella misma, que sentía conmoverse ante sus pequeños, y recordó una anécdota que sintetiza en una forma delicadísima el amor sublime, que sentía conmovida.

"Un hijo enamorado de una mujer pérfida, loco de pa-

sión, al pedirle ésta, para concederle sus cariños, el corazón de la madre de él, va, mata y saca el corazón de la que le dió la vida. Corre el criminal con el corazón palpitante en la mano ante la mujer de sus amores, y en la precipitación, tropieza y cae... y la leyenda dice que el corazón de la madre muerta por el hijo malvado, palpita y grita: ¿Te has hecho mal, hijo mío?

Llegó Anselmo después de haber corrido con todos los pormenores del velorio y del entierro que debía realizarse la mañana después.

Eran las tres de la tarde, y había almorzado afuera.

—Vamos, Julia, le dijo al llegar.

—Debo hablarte antes.

—Bien...—contestó, pasando al escritorio,—¿qué hay?

—Hemos hablado con José, Amelia y Justo para resolver algo sobre mamá y el nene.

—¿Y tú, has resuelto algo?

—Sí,... he resuelto algo.

—Muy bien... vamos a ver lo que es.

—José se hace cargo de mi madre y mi hermanito.

—Está bien.

—Amelia cooperará con diez pesos por mes; Justa con quince y los trajes del nene, y yo daré treinta pesos cada mes.

—¡Tú darás!... ¿y dónde sacas este dinero?

—Tú me lo darás.

—Yo... estás loca... ni un centavo!

—¿Y tú crees que yo puedo dejar a mi madre en la calle?

—Tienes a tres hermanos.

—Y yo soy su hija, y tengo deberes... tú, porque no eres mujer, no sabes lo que es ser madre.

Anselmo miró asombrado a su esposa, nunca la había visto hablarle así, frente a frente y tan derecha.

—No te critico los sentimientos de hija, que te honran, y es por esto que te escucho y te permito tantas ínfulas.

—Estás equivocado... no tengo ínfulas, pero sí he resuelto hablarte con franqueza.

—Y yo me estoy cansando.

—Sea... no te acerques amenazante porque aunque me pegues será lo mismo... o no será lo mismo, porque estoy resuelta a que se le dé a mi madre lo que es una obligación mía darle.

—Dale de tu capital.

—De mi capital... si... de esto.

—¿Y me sabrías decir qué capital tienes?

—El de tus negocios, si tú trabajas en tu escritorio, yo trabajo aquí.

—Estás loca y si no fuera que ha muerto tu padre y esto debe haberte trastornada, te habría ya dado unos coscorrones para ponerte en vereda.

—Pégame... pero ten entendido que he dicho a mis hermanas y a José como me tratas y están resueltos a ampararme en sus casas y...

—Y.....

—José te preguntará porqué pones tu mano sobre mí.

—Es lo que no le importa.

—Es que le importa...

—Crees tu que iré a puñetazos con un ordinariote como tu José...

—Es que le temes... en efecto, anteanoche cuando quisiste gritarle a mamá porque te crees que todos deben ser como yo, y él te dijo: Vea no le grite que si no a patadas le saco de aquí... Muy callado te quedaste.

—Así que... si te pego... tendré que vérmelas con tu José.

—Yo pido que se pase a mi madre treinta pesos mensuales.

—Es que puedes irte con tus hermanas que te ofrecen casa.

—No hay inconveniente... me iré, así tendrás tiempo de ir a donde vas de noche con mayor libertad.

—¿A dónde voy de noche?

—Si... ya sé que no vas al Club... ya sospecho en que queda tu seriedad y tu virtud!

—Basta... ahí tienes la puerta y puedes irte.

—Me iré, pero piensa que me presentaré a los tribunales y tendrás que pasarme el sustento para mi y mis hijos.

—Es que los hijos quedarán conmigo.

—Sí... si hicieras vida honesta.

Lo vió palidecer y ya segura de haberlo descubierto siguió: Pero yo contaré como me tratas... daré datos de tu vida... en el Club... sabemos todo esto y veremos si puedes a tu mujer echarla a la calle como a una sirvienta.

Anselmo estaba pálido y fuera de sí, pero comprendió que estaba pisando en falso y reaccionó.

—No es el momento de contestar a acusaciones infames... vamos al grano... —si te quieres ir... vete.

—No, me iré si me echas.

—Yo no te echo.

—Me quedo pues, pero pretendo cumplir con mi deber de mujer.

—Es que no tengo dinero.

—Sin embargo yo nada te gasto, hace un año que no me he hecho un vestido... ropa blanca uso aún la que traje de niña... yo no salgo... no tengo ni un peso para derrochar.

—Y yo tampoco.

—Tú... tú... gastas... si... en... el ¡Club! gastas.

—¿Pretenderías que ni saliera a la noche?

—Pretendo que ahorremos treinta pesos mensuales para pasarlos a mi madre.

—No sé de dónde... la enfermedad de tu padre me impidió comunicarte que en los dos últimos meses he tenido grandes quebrantos comerciales.

—¡Qué agradecida te estoy!... decir a tu mujer que has tenido quebrantos... porque yo nada sé de nuestros intereses, ni supe que habías ganado hace poco treinta mil pesos.

—No es cierto.

—Si... tu lo dijiste al doctor Núñez.

—Dije esto al doctor Núñez porque hay veces que conviene hacer creer que son victorias y laureles lo que resultan desastres.

—Lo que te pido es que yo también contribuya a mi deber de hija.

—Lo que me... conmueve... pero no puedo convertirme en treinta pesos... tenemos muchos gastos.

—No veo cuáles.

—La casa.

—Si quieres me iré al campo...

—La sirvienta, la niñera.

—Puedes ahorrarlas.

—Bien... ahí tienes una solución, agregó simulando una sonrisa, se suprime la sirvienta que gana 35 pesos y te doy los 30 pesos para tu madre... y ahorraremos así cinco que mucha falta nos hacen.

—Sea, suprime la sirvienta.

—Te gastarás las manos que tanto te cuidas.

—No tanto, porque tú sabes que hago un poco de todo, y prefiero gastármelas y que mi madre no carezca de mi ayuda.

—Entonces es asunto concluído.

Salieron.

Cuando Julia estuvo con sus hermanas un momento sola, Justa le preguntó: ¿Y, qué dice tu marido?

—Si... contestó Julia, dará los treinta pesos mensuales.

—¡Bah! no es tan tirano como parece, agregó aquella.

Julia escondió su cara entre las manos llorando. Lloraba por su padre, lloraba por la madre que se alejaba, por la desilusión tenida al conocer después de tres años de casada que su esposo era también infiel y lloraba segura que ya no la quería.

Pensó en los trabajos de la casa, de la cocina que tendría que hacer, pero no sintió pesadumbre.

Lo haría por su madre y esto le era suficiente. Sacrificaría a ella la belleza de sus manos de que tanto era altiva y que tanto había cuidado, las enrojecería en los quehaceres domésticos y de la cocina... pero sería buena hija!

CAPITULO IX

Las hermanas se fueron, y así el hermano José con la madre y Andresito a los cinco días del entierro, después de haber vendido los muebles, de los cuales el importe fué dedicado a los gastos de viaje y luto de la viuda. El día después Anselmo despachó a la sirvienta, encontrándose Julia atareada en los quehaceres del hogar, la cocina y los tres hijitos, y como única ayuda la niñera, que bien poco podía hacer, con la tarea de llevar a pasear a los pequeños y atenderlos en el hogar.

A pesar de todo, Julia aceptó la nueva situación con coraje.

Ya no le quedaba tiempo para tocar el piano. Lo cerró definitivamente.

Hasta muchos días después no encontró tiempo para recorrer, como antes, los diarios.

Anselmo no la llevó ya al paseo semanal como antes, ni recordó que estando próximo el alumbramiento le hacía bien caminar un rato.

Durante un mes Anselmo pareció evitar todo disgusto, ni una palabra de reproche le dirigió, y ella ni con una alusión recordó que no era al club a donde iba todas las noches.

Pocos días antes del alumbramiento volvió a abofetearla, porque la llamó al teléfono tres veces desde el escritorio y no obtuvo contestación.

Julia protestó del hecho jurando que no hubo tales lla-

madas, pero, calló, cuando vió que corría peligro de recibir otros golpes.

Cuando faltaban pocos días Anselmo trajo a una mujer que atendió a los quehaceres domésticos hasta que Julia tuvo su cuarto hijito, una mujercita a quien pusieron el nombre de Rosario.

Quedó en cama solamente tres días y volvió sufrida y dispuesta al trabajo apenas se fué la fámula.

Ya no hubo de parte de Anselmo halagos ni caricias.

El día del alumbramiento estuvo hasta que supo que todo había ido bien y salió para volver a las dos de la madrugada.

No cubrió ni siquiera las formas.

Casi siempre se retiraba a la una o dos de la mañana, habiéndole dicho que si a las doce no volvía se fuese a dormir.

Para Julia fué esto un alivio, porque cuando llegaba la noche estaba muerta de cansancio, sea por los quehaceres domésticos y los cuidados de los tres hijitos y a la que le daba el pecho, máxime que ésta parecía dispuesta a no dejar dormir en paz a la madre, durante la noche.

Su esposo se mostraba brusco, poco comunicativo y se quejaba de Federico que gritaba corriendo, de Angel que lloraba por cualquier cosa que le hacía el hermanito y de Juan que iba gateando.

Julia siempre atrás de ellos, gritándolos y retándolos, había tenido que arreglar en la camita de Federico a Juan para dar la cuna que ya no tenía adornos y se presentaba deteriorada por el uso, a la pequeña Rosario.

Anselmo se mostraba cada día más avaro, quejándose cuando ella le hacía ver la necesidad absoluta de comprar a los nenes alguna prenda de vestir, porque — decía — derrochaban demasiado.

A los dos meses de haber nacido Rosario, una noche que se desencadenó una fuerte tempestad, Anselmo quedó en casa y se acostó a las diez.

Después de seis meses la acarició y Julia ya sin poesía, sin amor, se prestó a cumplir las exigencias del que, por la ley era su marido; se prestó sin sentir amor, más bien con la idea de sus hijos y del hogar; sus hijos que necesitaban tantas cositas.

—Debes estar contando los días, después de una abstinencia tan larga...

—No... como tú eres el que decide...
—Si no fuera así, pobre de nosotros los hombres.
—No dirás esto por mí.
—No; hablo de las mujeres en general.
—¡Cómo tú dices que conoces tan poco a las mujeres en sus tratos íntimos!
—Sí... pero de soltero tuve mis cosas... como ahora las tengo contigo...
Y le habló al oído sonriendo.
—¡Cómo es necesario tener de cuando en cuando!
Julia sintió repugnancia. Aquellas locuras de amor que le había enseñado y a las cuales en los primeros tiempos había resistido, hasta que, poco a poco, habíanle ido quemando la sangre, formando un incentivo al acto natural cuya poesía en sí resultaba muy sosa después, habíanle parecido sublimes en la pasión, amante y amada; pero ahora que la desilusión había deshojado todos los pétalos de sus esperanzas, que el amor para el esposo había ido desapareciendo para dar lugar a un resentimiento cada día mayor, a un rencor cada vez más hondo, al ver su injusticia, su maldad, su jesuitismo, su sordidez para con ella, la madre de sus hijos, la mujer que se le había entregado toda, aún en los más recónditos pliegues de su alma; ahora que la abofeteaba por el placer de hacerlo porque ella tenía la conciencia de cumplir en lo posible con sus deberes, que la despreciaba por otras mujeres; que sin duda tenía por ahí y que le permitían tan largas abstinencias; que la obligaba, por una limosna que le daba de 30 $ mensuales, a trabajar de la mañana a la noche; que la trataba como un animalillo doméstico porque jamás le hablaba de sus negocios, de los intereses que eran comunes, de su vida, de sus proyectos; que nunca la llevaba a una diversión, a un paseo y desde meses ni siquiera le preguntaba porqué no bajaba a lo menos, una vez por mes, a acompañar a sus niños en los jardines de enfrente; que prefería verla atareada con cuatro criaturas y los quehaceres de la casa, la cocina, el lavado de las piezas chicas, pálida, ojerosa, cansada, con sus pobres manos que en el invierno se habían enrojecido y en cuyas palmas tenía los callos del trabajo; que peleaba toda vez que le pedía ropa, zapatos o un trajecito para sus hijitos; que no recordaba nunca de comprarle ni un traje de casa y ropa blanca a pesar de que ya todo iba remendando y las mismas sábanas de la cama estaban muy vie-

jitas; al pensar todo esto, al tener la certidumbre de los defectos que en él había descubierto y, segura ya, que aquella decantada moralidad, era una mentira, que bajo su aspecto de hombre serio y pulcro se escondía un calavera como los que lo ostentan; malo y egoísta, que únicamente se volvía cariñoso y condescendiente bajo el impulso de sus deseos; sentía un asco, una repugnancia, un disgusto a todo lo que antes fué su delirio, su incentivo en las orgias de amor.

Comprendía que amando, todo es sublime; no queriendo, odiando casi, la mujer que se entrega se prostituye, aunque sea éste, el esposo santificado por la ley y por los hombres.

Sin embargo, tenía que simular, no rechazarlo con una muestra de asco como habría sido su deseo.

Asintió a sus pedidos.

—¿Qué soy yo para tí?, le preguntaba él afanoso.

Ella lo miró, callando.

¡Ah, ser la odalisca sumisa, la carne de placer, la *prostituta legal!*

A lo menos la prostituta cobra por la venta de su cuerpo, irá sí con un hombre que le da asco, pero cierra los ojos, el cuerpo se vende, el alma queda encerrada y lejos del acto animal; pero ella daba su trabajo, su vida, sus sacrificios, sus sinsabores y además su cuerpo y las ignominias que le pretendía, ignominias que amando sospechó sublimes, odiando le eran asquerosas.

Un pensamiento cruzó su mente.

Le habían dicho que las prostitutas esperan que el hombre esté en el momento del deseo para sacarle mayor cantidad de dinero, y ya que ella debía prostituirse a su pesar, porque así lo exigía su *deber de esposa,* trató ensayar el método en pro de sus hijos.

—Sí... mi tirano...

—¿Qué eres tú?

—Yo... tu esclava... tu esclava que te súplica le concedas algunas cosas.

—¿Qué quieres?.. seas cariñosa... bésame... bésame ¿me amas?

—Oh, sí... mucho... Federico no tiene botines y le hace falta ropa blanca y así también a Juancito...

—¡Ah! querida mía... picaruela...

—¿Les comprarás lo que necesitan?

—Si... me haces la lista de todo y mañana lo compraré... eres mi bella odalisca...

—Tuya... tu odalisca y tu esclava, mi tirano... si fueras bueno, me comprarías unas dos o tres camisas para mí... ¡no ves como las tengo!... no tengo ya botines... desde que nos casamos no he comprado... tenía seis pares...

—Pero sí.. te compraré... mi delicia... lo que tu quieras... ¿qué soy yo para tí?

—Mi dueño... mi tirano... ¿verdad que me vas a comprar estas cosas?...

—Sí, sí... tu tirano que te pega cuando no eres buena...

—Sí, que me pega... saldremos juntos mañana por la mañana y compraremos todo.

.Claro que sí...

.. ..

En esta forma, Julia que ya no amaba a su esposo, prostituyó su cuerpo como *esclava legal,* tratando por lo menos con cada una de sus horas de amor de obtener lo más necesario para sus pequeños y para ella, como también cubrir las neecsidades más apremiantes.

Aunque refunfuñando por lo mucho que le hacía gastar, la mañana después Anselmo salió con ella y le compró un traje hecho de $ 26, tres camisas y cuatro pares de medias, un trajecito para Federico, otro para Juan y algunas ropitas para los nenes; un total de $ 68 de gastos.

* * *

En esta forma, cada vez que Anselmo a los quince o veinte días recordaba de tener a su lado a una esposa joven, bella y honesta, ésta aprovechaba de sus hechizos y de sus artes, aunque con un disgusto profundo porque cada día lo amaba menos y sentía hacia él una repulsión siempre mayor, y obtener el dinero para las necesidades más apremiantes de sus hijos. ¡Bien valía el sacrificio, ver a los pequeños vestidos y calzados decentemente!

* * *

Rosario tenía ya seis meses cuando Julia se sintió nuevamente embarazada.

Esto la desesperaba.

Ocultamente, sin que Anselmo se diera cuenta, había tratado evitar posiblemente el embarazo, pero sin conocimientos seguros, su prudencia había fallado.

Recibía cada mes noticias de su madre y de Andrés que estaban en Tucumán con José. Gozaba de salud, lamentando aquella no poder ver a sus tres hijas.

Justa seguía como siempre y dos veces había venido a la Capital porque el esposo desde la mañana a la noche quedaba sentado en la mesa jugando al *truco* y al *tutte* y ella habíase hecho cargo definitivamente de la dirección del negocio. Ya las casas mayoristas atendían sus pedidos, aunque nominalmente figurase el marido. Bajaba a la capital para sus compras, de manera que la segunda vez pasó los cuatro días en casa de Julia.

Anselmo le hizo buena cara, porque había encargado al concuñado ciertos cobros en Las Flores y Justa habíale atendido a satisfacción. Excusó sus negocios para no acompañarla, pero permitió a Julia que fuera con ella, no yendo a almorzar a casa.

Justa se dió cuenta del estado de su hermana, le dió consejos pero era demasiado tarde para volver atrás, para reconquistar posiciones. Antes de irse le regaló veinte pesos, que ella escondió como un tesoro.

Eran los primeros veinte pesos que tenía suyos y en su poder desde más de cinco años.

Fué en aquellos cuatro días en que salió con Justa y fueron a visitar determinadas amigas, que se resolvió acompañarla a lo de Enriqueta. Deseaba verla, deseaba ahora saber la verdad.

Fueron a visitarla.

Vivía ésta en un hermoso chalet de Belgrano y, como eran las 9 de la mañana la encontraron en cama. Las hizo pasar.

Hubo entre ellas muchas expansiones y luego les contó que ya tenía dos hijos y pensaba tener otros dos más, cuatro el máximum, que a su parecer una madre puede educar, siempre que haya entre uno y otro un intervalo no menor de dos años, sin que la mujer sea una esclava y cese de perder sus atractivos de amiga, de compañera, de amante del esposo. Tenía 25 años, el último hijo lo tendría a los 29 o 30 esto es, en el vigor de la edad, cuando se puede dar a los que nacen, el máximum de su fuerza y de su salud y se

tiene la esperanza de vivir unos veinte años más para criarlos y educarlos.

Vivía contenta con su marido con el cual — es claro — algunas veces tenían sus reyertas, sus historias, para reconciliarse al minuto más amantes y más dichosos.

Pero ella era para él una esposa ideal.

Siempre bella y arreglada, amante sí, pero no carne dispuesta a todas horas a sus antojos, sino cuando ambos tenían deseos.

¡Quizás, — les dijo — mi esposo algunas veces me falte... tenga un capricho... él es médico y se le presentan ocasiones. Hay clientas que van a hacerse visitar por... tener el acre placer de hacer ver por otro hombre que no sea su marido... ¡las hay que van a propósito!... se lo aseguro, lo he oído decir a varios médicos.... pero aunque alguna vez me falte... yo no soy una soñadora y sé que él con sus 33 años tiene mayores necesidades, como todos los hombres; sin embargo estoy segura que entre todas, yo soy para él, la que más lo atrae y la que más desea... Soy en esto muy *sufragette*... soy de mi esposo cuando él lo *merece*... no me prodigo demasiado para que no venga el cansancio, ni me niego demasiado porque entonces cooperaría a que me tracionase por necesidad... En el medio término está la ciencia de la esposa y... ¡ah! ¡ah! este es el gran secreto... no soy de aquellas que creen que la virtud de la mujer está en ser fría, austera... los hombres se hastían de esto; quieren que se les simule, pero que se les haga creer que compartimos sus entusiasmos... y yo estoy segura que mi esposo vuelve a mí siempre más enamorado porque en mi encuentra el amor con todo el cariño, la entrega completa, la pasión.

Las invitó a quedarse a almorzar con ella, así podrían charlas a sus anchas.

Justa, que tenía compras que efectuar, fué al centro dejando a Julia con el compromiso de volver para el almuerzo.

Esta quedó muy contenta porque se le ofrecía la ocasión de averiguar algo que había quedado para ella siempre inexplicable. Hubo un tiempo, cuando estaba aún ciega de amor por Anselmo, que juzgó la tarjeta de Enriqueta una maldad; pero hoy que lo conocía, todo le parecía posible y quería saber la verdad.

La habló de su vida, como desde novia había ido abdi

cando, como apenas casada le impuso un yugo de hierro y como poco a poco fué entregándose más, ciega, dominada, hasta contarle entre sollozos su triste situación, que para poder ayudar a su madre estaba reducida a tener que hacer todos los quehaceres domésticos, la cocina y lavar ropa porque Anselmo decía que le iba mal en sus negocios; que para obtener un traje — el que llevaba — tuvo que esperar los momentos de entusiasmo amoroso para obtenerlo, dueña solamente de dos pesos cada cuatro días para comprar con ellos verdura y frutas, sin salir ya de la casa, cargada de 4 hijos y otro en camino.

Enriqueta, en cambio de dirigirle palabras de consuelo le contestó: "Lo sospechaba, querida, y la culpa es tuya. Como se dice que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, en la familia, que es un pueblo pequeño, cada mujer tiene el marido que aguanta. Ser buena, ser amable, ser cariñosa; sí, mil veces sí; pero siempre que él sea bueno, amable, y cariñoso, y cuando no lo es, la mujer que es mansa, que es sufrida, que es dócil, será víctima y tanto más cuanto más mansa, sufrida y dócil se muestre. Cuando el hombre cesa de tratar a la mujer de igual, debe la mujer sin miedo llegar a una explicación. ¿Que la golpeará? ¿Que puede matarla? ¡Son historias! Se va a la comisaría o se le pega un tiro en defensa propia, si no queda otro remedio. Se le dice claramente: — O vivimos en esta forma o nos separamos. — Ante esta enérgica actitud el cincuenta por ciento de los hombres se componen, siempre que la mujer les ponga los puntos sobre las ies, apenas vea que salen de lo convenido. Y esto sin gritos, ni escenas, ni nervios, sin desmayos ni lágrimas; seriamente, como quien trata un negocio, el negocio más importante de la vida, el del porvenir de una misma. Tener miedo de afrontar una hora de dura explicación y aceptar una vida de sinsabores no cabe en mente humana. Supongamos que la golpeen a una. Bien. Más vale, dado el caso que no pueda ni contestar con un golpe a los que recibe, recibirlos de una vez y no recibirlos luego, nunca más, y no sufrir cada día la humillación de sus bofetones. ¿Que no le pega, pero que la insulta? Hay insultos peores que golpes. Donde hay una mujer digna no puede haber un hombre verdugo. El tuyo se ha aprovechado de tí. Te ha reducido y ahora, mi querida, no tienes más que un camino, un buen día presentarte a una comisaría, hacer tu exposición, irte a casa de una her-

mana e iniciarle un juicio. El te engaña, él tiene dinero y puedo contarte muchas cosas que tal vez tu ignoras.

—¿De manera que es verdad que te ha hecho el amor?

—¿Tú lo dudas? Te daré pruebas. Antes de conocerte él me cortejó durante seis meses; parecía enamoradísimo y no me era del todo antipático, pero cuando quiso ponerme reglas yo le dije que yo no pensaba absolutamente cambiar mi método de vida. Al mismo tiempo hice tomar informes y... a mi no me convino aceptar lo que tú, tal vez, no has considerado un obstáculo.

—¿Lo que yo no consideré un obstáculo?

—Sí... aquella pobre mujer.

—¿Cuál mujer?

—Pero... ¿tú no sabes?...

—¡No sé lo que me dices!

—Anselmo cuando me hizo la corte tenía en la calle Medrano una mujer... fuí a verla... Una linda joven que ha engañado y con la cual tuvo dos hijos; ¡pobrecita, pasaba una vida de mártir!... Cuando él vino a mi casa le indiqué que con toda su aire de pulcro y de hombre serio lo que debía hacer era la felicidad de la desgraciada que había engañado y que mantenía en un sucio cuartucho de conventillo dándole apenas de comer....

—¿Pero es posible?, él que se horrorizaba conmigo de Drofaux porque reconoció a una hijita, diciendo que el hombre honesto no debe jamás tener hijos sino con su esposa y que para esto está el matrimonio!...

—No te fíes nunca de los que predican virtud. ¿tú ves? Luis Contreras que parecía un calavera se ha casado, y hasta hoy es un buen esposo; el mismo Julio que te hizo la corte... se casó y su esposa, una mujercita muy inteligente y buena, de mis mismas ideas y a la cual aconsejo a pesar de ser Julio mi hermano, no han tenido hasta hoy una cuestión seria. Ha empezado a cumplir con el precepto base de todo matrimonio que vive bien: el respeto mútuo, la comunidad no solamente de los cuerpos sino de los intereses, de los pensamientos.

—Lo comprendo. ¡Yo solamente soy la desgraciada!

—Tú, y cientos, miles de otras, porque con nuestras costumbres, con nuestras leyes, y con nuestra educación es más fácil ser víctima que ser igual.

—Y que habrá sido de aquella mujer... ¿cómo se llamaba?

—Filomena Trevendo... no sé... pero sin duda no habrá podido abandonarla.

—¿Y pudiéramos averiguarlo?

—Con ir allá donde vivía.

—¿Pero cómo?

—Vamos juntas.

—Oh, no, lo sabría... ¿no podrías tu informarte?

—Lo haré y si te vienes pasado mañana te diré algo.

—Bien... te lo agradezco y te aseguro que me parece un mal sueño, un sueño terrible... y dime y ¿por qué me escribiste aquella tarjeta? ¿qué hubo entonces?

—Cuando yo lo volví a ver era ya tu novio y me apercibí muy bien que le produjo un efecto nada agradable.

—¿Por qué no me dijiste entonces lo que contigo había pasado?

—Suponía que tu tendrías tus informes y nunca quise que se supusiera que trataba de deshacer compromisos. En cosas de amor es siempre peligroso. Los terceros salen crucificados.

—¿Y luego?

—Luego te casaste y en seguida me dí cuenta que el buen pillete te iba sacrificando, porque, exceptuadas las pocas veces que te llevaba de paseo, me dijeron que lo veían en teatros y reuniones.

—¿De manera que no iba al club?

—¡Al club!... tu crees en estos cuentos del club y reuniones todas las noches? ¡Cuentos mi querida! Hay sí, algunos que van, porque juegan y éstos son peores que los mujeriengos porque ponen su familia en la calle y una mujer debe separarse de ellos para que solos se arruinen; pero ¿tu Anselmo? no!... te lo aseguro... me dijo mi hermano que lo vió dos veces en el Royal y una en el Casino con unas damas que no debían vivir en un convento... pero yo de lo que no veo no me responsabilizo, aunque siempre he desconfiado de los que predican virtud... ¡son los peores!

—¿Y esto después que estaba casado o antes?

—¡Es posible que seas tan inocente!, te hablo del año de tu casamiento, a los dos años, porque antes... ¡bah! casado lo ví varias veces en el Tigre a donde yo iba. Un día conversábamos en rueda de señoras y caballeros sobre amor y casamientos. Una dijo que muchas veces una señorita entre muchos candidatos se casa con el peor, y yo contesté: "No es eso, uno se casa y como llega a conocer

íntimamente a su marido le descubre los defectos, mientras los otros quedan con la aureola de lo desconocido", y tu marido me preguntó: "Así, que ¿todos somos malos?", y yo sin malicia contesté: "Todos no... quizás haya quien se haya arrepentido de no casarse con uno que rechazó". El, días después, me encontró nuevamente y al darme la mano, me dió un papel. Era una carta en la cual me decía que él también estaba arrepentido de no haberse casado con otra y que deseaba saber si yo lo estaba. No le contesté. Entonces empezó a asediarme con cartas y discursos toda vez que pudo hacerlo sin comprometerse, tanto, que resolví de una buena vez darle una lección y a esto tendía mi invitación al pic-nic, pero cuando recibí tu carta y otra de él, en que me decía que si tú no ibas esperaba que por fin le contestara y lo hiciera feliz, escribí lo que tú sabes para que tu lo leyeras, porque al haberlo hecho en carta cerrada sabía que no llegaría a tu mano.

Fué a un cofre y le entregó once cartas de Anselmo. Las leyó. La indignación la sofocaba. La primera tenía la fecha de cuatro meses después de casada y la última dos días antes de aquel pic-nic. Por ellas se deducía que Enriqueta no solamente no les contestó, sino que se mostraba con él severa y le repetía que debía amar a su mujer que era digna y buena, y Anselmo replicaba que se había engañado, que su antiguo amor no había muerto, que no podía ser feliz porque Julia no era su ideal, una mujer que no quería acompañarlo a ninguna parte, que no tenía gusto para la música, que resongaba todo el día y que era una fría, una apática, una *negación del amor*.

—¡Así mienten los hombres, dijo asqueada de tanta bajeza, así mienten!

Y pensaba todo lo ardiente que había sido, todo lo sumisa en las orgias que le imponía y de las cuales se sonrojaba, no osando confesarlas .

—No creas, Enriqueta, es un infame porque fué él el que me obligó a romper contigo.

—Si... temía que le descubriese.

—El que me obligó encerrarme en el hogar, me alejó de mis padres, me prohibió contestar a menudo a mis hermanos, no quería verme al piano... y no es cierto que era yo fría y apática... yo lo amaba tanto!

—Lo comprendo.

—¿Me dejas estas cartas?

—Si, has de ellas el uso que quieras.

—Parece mentira un hombre así, ¡parecía tan serio, tan pulcro!...

—No te fíes de las apariencias, contestó Enriqueta. ¿Los pulcros? ¿Los Catones? Dios mío, desconfía de ellos. Te contaré un caso que me ha referido mi marido y otro mi hermano. Son típicos. Mi esposo antes de casarse le gustaba mucho divertirse y entre los amigos había el doctor Gual... ¿lo conoces?, si él mismo. Tenía entonces ya sus 45 años, hombre serio que en su casa pontificaba contra el vicio y abría cada ojazo si alguien decía delante de las niñas—tenía tres, una de 22 años, otra de 20 y otra de 18, a más de una hermana solterona de 40. — "Fulana ha tenido familia", contestando: "¡Ah, sí, compró un niño... a ver muchachas retírense que se habla de cosas que no pueden ustedes oir!" y salían las cuatro, también la solterona haciendo aspavientos. Mi esposo que era soltero y simpatizaba con la mayor, se dió cuenta que aquel no era su ambiente, porque la joven representaba el papel de ingenua y tenía cada ojera y cada mirada!... la futura suegra pasaba de los 45 años y al oir una anécdota o una palabra que cualquier señora oye sin menoscabarse por esto, se deshacía en exclamaciones como si se le presentara un fauno para comérsela, y el futuro suegro predicaba moralidad en todo momento... Bien, una noche que con unos amigos se fué Arturo por Avellaneda, va a un bodegón y ¿lo crees tú?... Encuentra nada menos a Gual vestido de obrero, todo sucio, con una mujer de la peor especie, de lo último... las que se venden por lo que le dan, un peso o cincuenta centavos... beodos los dos... y Gual al verlo se le pasó la borrachera y huyó. El día después le dijo que de vez en cuando alegaba un viaje, y el elegante doctor, el pulcro, se iba a una piezucha, se transformaba de obrero... iba ahí a estos bodegones a beber vino de la peor clase... porque — y se lo confesaba llorando — necesitaba de aquello... era su debilidad... su necesidad fisiológica! Te puedes figurar que Arturo tuvo suficiente con esto y fué alejándose de la casa y supo luego que la esposa tenía como amante al chauffeur, pero se asustaba y hacía cruces que dijeran ante ella que había cocottes... El otro caso es también notable. Julio, y tú lo sabes, de soltero fué un don Juan empedernido, tenía entre sus amigos a un señor Justinio, un

gran propagandista, un orador, un papá de la idea. Sabía encontrarse a menudo con él, quien lo sermoneaba si se daba vuelta a mirar a una mujer o a decir a una niña que era bonita. Habían llegado a tenerlo por un místico y un puritano, ejemplo de marido, de esposo y de padre. Realizan un buen día un viaje a Pergamino, con cuatro compañeros. Almuerzan en el hotel y entre los tres, a la hora de la siesta resuelven ir a pasarla a una casa de mujeres, ocultando el hecho al moralista para evitar un sermón. Van, están de jarana y... al rato entra nada menos que Justinio... queda petrificado, y una de las mujeres corre a él, lo abraza diciéndole: "Oh, querido viejito... cómo te va... ¿no esperabas verme aquí?... he salido de Buenos Aires hace quince días... querido Roberto, que contenta estoy". Lo conocía con otro nombre, y por lo visto, era un moralista para los demás, el muy zorro. Así que yo desconfío siempre de los que predican... créeme. Y tu marido, con Filomena Trevendo antes, él que se horrorizaba de Luis Drofaux, que era un honesto y un caballero, conmigo luego, y quizás con cuantas más, es uno de tantos. ¡Oh, si se supiera lo íntimo de cada uno; ¡a cuantos que estrechamos la mano con respeto los echaríamos, en cambio, con desprecio!

—Sí, lo comprendo, pero cada uno ve lo suyo, y lo suyo es lo que le parece lo peor.

Al rato llegó Justa, y las tres amigas almorzaron juntas, aunque Julia no sintiera ya deseo sino de llorar, pero se hizo fuerte y se propuso no hablar a Anselmo de nada para que no sospechara que había ido a lo de Enriqueta, esperando conocer los pormenores que necesitaba sobre la otra desgraciada, que también debía ser víctima de su marido.

* * *

Enriqueta no pudo darle, como había prometido, datos sobre Filomena Trevendo, porque hacía dos años que se había mudado de ahí, pero le habían dicho que Anselmo había seguido yendo, a pesar de que allí se le conocía como el señor Facundo Treviño, y que cuando Filomena cambió de casa, tenía ya cuatro hijos. Enriqueta había encargado a una persona que encontrara su rastro y le trajera todos los datos necesarios.

Ella iría a verla una tarde, de tres a cuatro, hora en que, seguramente, no tendría el peligro de encontrarse con Anselmo.

***

Aquella noche, éste volvió a las once, y estaba benévolo, afento con Julia.

Con el asco que le cerraba la garganta, tuvo que simular y prestarse a sus deseos.

Había tratado evitarlo alegando una ligera indisposición, pero él empezó a exigirle...

—¡Para qué tengo mujer!, la dijo.

Se doblegó, simulando ante sus exigencias y le pidió la comprara un par de botines, porque le daba mucha vergüenza ir con su hermana con los que tenía.

El fué generoso.

Le dió veinte pesos para que los comprara ella misma, como también algunas otras cosas que hacían falta a los nenes.

El tomó de una cartera los 20 pesos, los primeros 20 pesos que le daba y la primera vez que la autorizaba para hacer ella misma una compra.

Julia al recibirlos, sintió el rubor cubrirle el rostro. Se sentía rebajada a la altura de una prostituta, que espera que el hombre la desee para obtener dinero...

¿Qué diferencia existía al final? Ninguna; a ella se le pagaba menos y se la hacía trabajar más!...

Anselmo estaba con la buena, y le averiguó a dónde había ido con Justa, que dormía en el escritorio, donde habíanle preparado el sofá como cama.

Julia, por primera vez, le mintió serenamente.

La iba acariciando y mirándola como si desde varios meses no la viera, y le dijo: ¡Pero sabes que a pesar de tus cuatro hijos eres linda!... Tienes unas formas!... Te aseguro que eres más linda ahora que antes...

—Sin embargo, me quieres tan poco.

—No es cierto... Son los negocios... los intereses que van mal y los años... y a más soy ya viejo.

—No eres viejo a los 37 años.

—Treinta y ocho... y tú, en cambio, en la flor de la juventud... 24 años... y tan guapa... tan interesante!

Le tomó una mano, y acariciándole el brazo, agregó: Qué diferencia... ahora tan torneado... cuando te casastes eres flacuchita, y hoy tienes formas... estás interesante...

—Quisiera serlo para tí.

—Ya lo creo... Claro, la mujer casada engruesa, toma cuerpo, se redondea, viene buena moza... no tienes parte del cuerpo que no haya mejorado... embellecido.

—No lo creo... mis manos que decías tan lindas, hoy son ásperas, tienen callos...

—Sí... tus manos... es cierto, pero no soy como aquel tipo que te escribió versos elegíacos sobre tus manos, lo que no le quitaba de engañar a otras mujeres... las manos cuando se tiene con qué, se cuidan, y cuando se tiene que sostener a la madre, trabajan; el trabajo no deshonra.

—No me quejo; por mi madre hago esto y mucho más.

—Estás patética, querida, y yo, en cambio, estoy enamorado... mi mujercita... que es una monada... mujercita mía.

Julia soportó sus besos y simuló cariño.

¿No era la esposa? ¿No la mantenía él? ¿No era su deber cumplir con lo que la ley le reconocía como marido?

CAPITULO X

Enriqueta todas las tardes le hablaba por teléfono a las 2, sabiendo que no estaba Anselmo.

Charlaban así, y Julia le confiaba sus quebrantos y sus dolores.

—¿Puedo ir? — le preguntó una tarde.

—Sí, puedes venir.

—¿No llegará el ogro?

—No... mandaré la niñera con los pequeños al jardín y quedaremos libres.

—Voy en el auto.

En efecto, llegó a los diez minutos.

—Querida, tengo todos los datos. Filomena vive en la calle Constitución número 2748; ocupa una pieza... a tu marido Facundo Treviño no se le conoce... la pobre lava y plancha, y tiene cuatro criaturas; quizás la haya dejado, y convendría que tu misma la vieras.

* * *

Siguieron las averiguaciones, y a pedido de Julia, Enriqueta encargó a un pesquisa particular que siguiera los pasos de Anselmo.

Iba al escritorio de una a cinco.

Cuando no cenaba en casa lo hacía en un hotel u otro. Sabía ir a casa de una señora que gastaba mucho lujo, en la Avenida de Montes de Oca.

La noche la pasaba en el club o con los amigos en alguna diversión.

Tenía en el escritorio una joven empleada.

Sabía cambiar de dactilógrafa a cada rato.

La que estaba ahora era una hermosa joven, y lo vieron una vez con ella en coche por Palermo.

Sin embargo, el golpe más hondo lo recibió Julia al conocer el nombre de la señora de Montes de Oca. ¡Martina Reinoso! Su antigua sirvienta!

*
* *

Julia escribió, pidiendo consejos, a su hermano José y a su madre, a Justa y Amelia; indicándole contestaran a nombre de Enriqueta, para no correr el peligro de que Anselmo pudiera en la portería recibir la carta. La amiga quedó de enviársela por la mañana, en una hora que no hubiera posibilidad de que estuviera el marido.

Su madre le contestó lamentando su situación pero no podía ni sabía que aconsejarle. Viuda y obligada a vivir de lo que los hijos le daban, no podía dar consejos ni tomar medidas en un asunto tan difícil y doloroso.

Casi le aconsejó que no le convenía separarse, que la mujer es la que más pierde, ¿dónde iría cargada de hijos? Ella no podía ofrecerle su casa. A más su resolución vendría a rebajar en treinta pesos el socorro que recibía.

Amelia no contestó.

A los pocos días supo que cansada del marido que se emborrachaba a diario y empezaba a no darle ni dinero para comer, había desaparecido con sus dos hijitos.

El esposo festejó el acontecimiento con una borrachera de siete días y cuando volvió al ferrocarril a donde ya lo habían suspendido varias veces, se encontró que lo habían dado de baja.

Justa le aconsejó en cambio mostrar los dientes, remover la casa, volverla un infierno obligando al marido a tomar una resolución.

Julia no se sentía capaz de tanto.

Una excusa, un desahogo de nervios, una vez, dos, sí... la lucha diaria, de todos los momentos no le era posible, se necesita carácter y no haber abdicado tanto como ella.

Fué Enriqueta la única que le ofreció una ayuda real diciéndole: "Querida yo no puedo llevarte a mi casa, pero hasta que consigas que te pase un tanto, te ofrezco pagarte una pieza, y darte unos cincuenta pesos mensuales. Será cuestión de dos o tres meses y lo haré con mucho gusto. Conviene que tu esposo no sepa que yo te aconsejo y te ayudo."

*
* *

En los días que siguieron Julia, que no tenía ánimo para nada, los pasó en continuas conferencias con Enriqueta.

La hirió hondamente el pensamiento que su antigua sirvienta Martina estuviese mantenida con lujo y ella obligada a los trabajos del hogar, que con placer hacía si la condición del esposo lo requiriese, pero no para que él fuera en continuas fiestas y jaranas, manteniendo como gran señora a aquella. Ahora se daba exacta cuenta de como Anselmo estaba, desde el primer día de casados, al corriente de todos sus actos.

Martina había sido la espía que tuvo en casa, espía que luego llegó a ser la amante bajo su mismo techo, hasta que por una casualidad los había descubierto precipitando un hecho que tarde o temprano se realizaría; esto es ponerle casa y mantenerla.

Había simulado echarla para llevarla a ser su hembra oficial y ella ¡desgraciada! se lo había agradecido rebajándose ante él y aceptando el castigo que a más de grosero resultaba injusto, ahora que descubría todo lo bajo que era y había sido con ella.

*
* *

Cuando supo que su esposo no tenía ya relación con Filomena Trevendo, resolvió verla personalmente. Se enteró por ella de todos los detalles.

Lo conoció, hacía ya once años, bajo el nombre de Facundo Treviño — pseudónimo bajo el cual se escondía Anselmo —.

Trabaron relación un día a la salida de la fábrica. Se

amaron y él la raptó a pesar de tener ella apenas 16 años, prometiéndole casarse, cosa que luego no cumplió. Le dijo que era empleado — corredor, pero que no podía, hasta encontrar otra colocación, dejar el empleo ni tampoco romper con el dueño que tenía la pretensión de hacerlo casar con la hija, un vejestorio que no podía ni ver.

La desgraciada tuvo que doblegarse porque ya iba a ser madre.

La puso en dos piezas en casa de una familia a donde iba a verla casi todos los días, quedando con ella por la noche. Pero no la llevaba de paseo, ni a diversiones por el eterno temor del patrón.

Los dos primeros años fueron de felicidad, pero luego ya empezó a mezquinarle el dinero. De 200 $ mensuales, rebajó a 150, a 100 y a 80, cesando ya de ir a cenar con ella y a dormir, sino cada tres o cuatro días.

En la época en que se casó, más o menos, la tenía reducida a una pieza con 40 pesos por mes. Le prohibía salir, y muy a menudo la golpeaba.

Pasó así dos años de una vida de miserias, de sacrificios y de golpes, hasta que—hacían ya tres—un día después de golpearla brutalmente le dijo que todo había terminado entre ellos.

Tenía cuatro hijos varones, el mayor de 9 años y el menor de 6.

La mujer lavaba y planchaba, pero ya no vivía en la miseria de los tiempos anteriores, porque habiendo colocado a Raúl, el hijo mayor, en una herrería, el dueño de ésta, viudo con tres hijos pequeños, la iba ayudando y le tenía propuesto casarse con ella y formar una familia.

Filomena era mujer pecosa y de cabello rojo sangre. A pesar de los signos evidentes de las miserias pasadas, tenía el atractivo extraño que las mujeres de cabello colorado ejercen sobre ciertos hombres!

No quería saber nada de Facundo, y Julia tuvo que decirle toda la verdad para resolverla a que le ayudara en el trance actual. Filomena fué a consultar el herrero. Julia y Enriqueta lo vieron y como era buen hombre y honesto, dió su permiso para que aquella secundara a Julia en el plan, siempre que lo hiciesen pronto, porque pensaba casarse y su mujer debía olvidar para siempre el pasado.

La noble actitud del rudo trabajador conmovió hon-

damente a Julia que resuelta a arrostrarlo todo preparó el acto que debía resolver de raíz su porvenir.

* * *

Eran las nueve de la mañana.

Anselmo en cama llamó como de costumbre.

Julia no respondía. Volvió a llamarla impaciente. Se abrió la puerta y él la recibió con un: "¡Animal! ¿no oyes cuando te llamo?"

Julia no se inmutó y con calma, aunque muy pálida, le dijo: Hay una señora que quiere verte.

—¿Una señora?

—Sí.

—¿Quién es?

—No quiere decírmelo.

—Que pase al escritorio.

—No, dice que bien puedes recibirla aquí en el dormitorio.

Y antes que él pudiera contestar se abrió la puerta y se presentó Filomena con sus dos hijos más pequeños.

Un rayo no habría dejado a Anselmo más estupefacto.

—Ah infame, le gritó Filomena... así me dejaste con cuatro hijos... ¡ah! Facundo Treviño... te llamas Anselmo Cabello y esta señora es la tuya.

—Basta, gritó Anselmo saltando de la cama, ya vendrán las explicaciones. Vd. señora váyase a su casa y le prometo pasaré esta tarde y arreglaremos.

—No.. Señor Facundo, aquí he venido para que su esposa sepa quien es Vd... ya en otra parte, que no es mi casa, lo demandarán... ¿En mi casa?... no... Cree tal vez que le permitiré pisar en ella... ¿Para apalearme?... Tampoco... Llamaré al vigilante de la esquina.

—Está bien,, demándeme a donde Vd. quiera, pero yo le ordeno de retirarse... sino la tiro escaleras abajo.

—No lo creas Anselmo, replicó Julia, sabiéndote tan brutal, he llamado a la policía. Está un vigilante en la antesala.

—¿Qué quieren, pues?

—Quiero decirte únicamente por mi parte que ya también has concluído conmigo. Tengo en mi poder las

cartas que escribiste a Enriqueta; conozco tu historia con esta pobre mujer... tú que te escandalizabas de Drofaux porque vivió libremente durante un tiempo con una mujer para casarse luego con ella... tú dejaste a esta pobre con cuatro hijos en la calle..., como sé también que a Martina la tienes en Montes de Oca.

—Ya que sabes todo esto ¿qué más?

—Que me voy.

—Mejor.

—Pero me voy para presentarme a donde corresponde.

—Vete a la m.....

* * *

Julia tenía sus cosas preparadas y mientras las iba arreglando, Anselmo sin hacerse oir salió de casa. Había perdido su serenidad y prefirió esperar los eventos antes de encararlos frente a frente.

Julia, cuando todo estuvo pronto, llamó a un carrito y con él hizo la mudanza llevándose su ropa, la de los nenes, las camitas de éstos, la máquina de coser, algunos útiles de cocina y de comedor y para ella una cama jaula que había servido para la sirvienta.

Dejó sobre el escritorio una carta en la cual decía:

"Anselmo:

Después de lo que sé, amante y padre de cuatro hijos de Filomena Trevendo, tus cartas a la Sra. Baet y tu infamia manteniendo como una dama a Martina, cuando a tu esposa la has reducido a sirvienta, me voy con mis hijos. Si no quieres el escándalo pásame lo que me pertenece como tu mujer para que yo eduque a nuestros hijos; sino todo el mundo sabrá quién eres. — Julia.

P. S. — Avísote que no pagué el gas ni la luz eléctrica y que los 37 $ los retengo para mis gastos.

* * *

Fué con los niños a una pieza que Enriqueta le había alquilado en Belgrano, por 25 $ mensuales.

Luego se presentó a la comisaría a hacer la denuncia.

El comisario la recibió deferentemente y le dijo que no era de su jurisdicción entrar en estos asuntos, que debía iniciar el juicio ante el juez competente. Aceptó la denuncia ,sí, de los malos tratos y para prevenir que él, la pudiese hacer víctima de algún acto brutal.

Se comprometió llamarlo y en forma extraoficial ser un intermediario amistoso, pero no pudo, como era deseo de Julia, que el mismo arreglara su situación. ¡Ella desconocía que hay muchos trámites y muchas cosas que hacer, para que una esposa que se separa del marido, pueda obtener lo que ella considera su derecho!

Fué presentada a un abogado, el doctor Prake, quien le aconsejó de iniciar el juicio, antes de proponer un arreglo privado.

Entre tanto Julia volvió a verse con Filomena Trevendo, quien no tuvo inconveniente en darle las cartas y otros documentos que podían serle útiles.

La joven era una simpática mujer de un cutis color lechoso, natural casi, en todas las mujeres de cabello rojo. Se sentía feliz de poder separarse de su pasado e iniciar una nueva vida con el hombre que inesperadamente se le ofrecía, sin hacerle objeción por los cuatro hijos que llevaba.

—Una verdadera fortuna para esa mujer, la decía Julia a Enriqueta,... encontrar a un hombre bueno, trabajador que se casa con ella... y a decir la verdad, no es linda, con sus pecas y sus cabellos rojos!

—¡Ahí está el porqué, — contestó Enriqueta. — Las mujeres de cabello rojo ejercen sobre ciertos hombres llamados "olfateadores", una verdadera sugestión. El olor que emanan, típico en las mujeres de cabello de ese color, es muy agradable para aquellos... En efecto, verás que las mujeres de pelo colorado, aún cuando feas, encuentran casi siempre esposo...

*
* *

Julia necesitaba tener datos sobre Martina.

Le parecía imposible que ésta, que tanto cariño le había demostrado en los dos años que había estado a su servicio, fuese la verdadera culpable.

¡Quizás el halago de un cambio de posición, había influído en ella para aceptar el amor del patrón!

Se sentía animada de arrostrarlo todo y fué así que una mañana, a los tres días de haber dejado su hogar, llevando consigo a Federico — el mayor de sus hijos — se presentó en casa de Martina.

Ocupaba ésta un lindo departamento en la Avenida Montes de Oca.

Le abrió una mujer muy bien arreglada, con su delantal y cofia blancos.

—¿Qué desea la señora?

—¿Está Martina?

—Martina... ¿qué Martina?... aquí vive la señora Martina Reinoso.

—La misma.

—La señora acaba de salir del baño y no sé si puede recibirla. ¿Quiere darme su nombre?

—No... dígale que es una amiga... una buena amiga suya.

Y hablando habíase introducido en la antesala. Una voz de adentro, que Julia reconoció por la de Martina, preguntó qué es lo que había y se entreabrió una puerta, apareciendo ella.

La reconoció en seguida, hizo un gesto de sorpresa, pero Julia, resuelta a todo, se le encaró y mirándola le dijo:

—Debo hablarte y creo que es mejor que lo hagamos solas... así es que paso.

Martina no osó ante su mucama y otra sirvienta que había concurrido al ruido de voces, hacer una escena. Dejó pasar a Julia que entró en el dormitorio.

—Retírense Vds., — ordenó Martina a sus dos fámulas y muy pálida y agitada cerró la puerta encontrándose frente a frente a Julia que de pié examinaba el cuarto y luego la miró a ella.

El dormitorio era elegantísimo y coquetón. Una cama

de bronce muy fina, alta, con un magnífico dosel que le daba por sus pliegues y su lujo, el aspecto de un baldaquino que cubre el altar, un altar en efecto, en donde la mujer de aquella casa oficiaba solemnemente sus amores para vincular al hombre que le mantenía aquel lujo.

Un armario finísimo, su juego de mesa de noche, una mesita con una bella lámpara de alabastro, una sultana con hermosas pieles tiradas al suelo. ¡Qué diferencia entre aquel dormitorio lujoso y el suyo que había quedado desmantelado!

Abierta una puerta se veía una salita de "toilette" con sus espejos y sobre las mesitas a propósito, todos los utensilios e instrumentos que el arte de la belleza ha inventado para el cuidado de las manos, de los piés, y del cuerpo de la mujer. De la otra puerta abierta se entreveía el cuarto de baño.

Martina estaba desconocida.

Vestida con un matinée blanco, finísimo y vaporoso, salida del baño hacía poco, calzaba unas zapatillas de raso forrado, que hacían resaltar sus pies grandes, sí, pero muy cuidados y blancos. El pelo negro encerrado en una red de seda, dejaba descubierto su cuello robusto y el descote hacía entrever el nacimiento del seno níveo y fuerte. Los brazos eran torneados, blanquísimos y las manos anchas y algo grandes, blancas como si nunca un trabajo las hubiera manchado. Hasta el cutis de la cara había perdido los colores de campesina vigorosa, para dar lugar a una palidez sonrosada, las facciones parecían delicadas, los ojos espléndidos.

Dos solitarios en las orejas, varios anillos en los dedos y pulseras en los brazos.

Era bella, tan bella, que Julia no la habría reconocido si la hubiera encontrado por la calle.

—¿Qué quiere usted señora? — le preguntó con aire altivo, — ¿qué viene usted a hacer en mi casa?

—Veo que tú has cambiado mucho. ¿Quién reconocería en la señora Martina Reinoso a mi sirvienta Martina?

—¿Y quién reconocería en Vd. la señora Julia de Cabello?

—Es cierto... pero olvidas que debido a tí, mi marido ha dejado su hogar en la miseria.

—Nada sé de esto, ni me importa y le pido se retire.

—No me iré antes de explicarnos.

—La haré echar.

—Sí... pero tus "¡sirvientas!" y tus vecinos sabrán quién soy y quién tú has sido.

La amenaza surtió su efecto.

Martina que pasaba de gran señora, no hubiera jamás querido que sus sirvientas — tenía tres, una mucama, una cocinera y una niña que cosía, planchaba y le servía algunas veces de dama de compañía — pudiesen suponer su bajo origen.

—Bien.. si tiene que hablarme, explíquese y le ruego terminemos pronto.

Julia la miró de nuevo asombrada.

¡Cómo había cambiado en tres años, hasta en sus modales! Indudablemente la mujer más que el hombre, se asimila y se adapta a un mejor ambiente.

—¿Sabrás lo que ha pasado en mi casa? ¿Sabes tú que yo me he retirado de ella?

—No lo sé.

—Bien... yo era feliz... y tú me robaste en mi mismo hogar el cariño de mi marido y cuando te sorprendí... ¡yo sonsa! me dejé engañar!, te fuiste para vengarte ruinmente. Mientras a mi se me hacía sufrir miserias. a tí te circundaba de este lujo que tú robas a mis hijos.

—Señora... Vd. está engañada... y ya que usted ha llegado aquí, bien, sabrá la verdad. No debo este lujo a su marido... yo también he sido una víctima de él, pero en cambio de seguir siéndola, lo he hecho a él víctima...

—¡Ah!, tienes el coraje de reirte de mi... no importa. Ya llevo mi asunto a los tribunales y haré luz y tú sufrirás la vergüenza... aunque... ya... ¿qué vergüenza puedes tener tú?

—Señora Julia, Vd. me insulta y si Vd. me escucha verá que yo no soy culpable... y por sus hijos... le juro... no he influído en su desgracia... le daré pruebas.

—¿A verlas?

—Sí... se las daré. Antes que Vd. se casara, su esposo de Vd. me conoció sirvienta en la casa de la señora Ibarra en donde él tenía su cuarto y pensión. Un año antes de casarse, aprovechando mi ignorancia de campesina me engañó y luego ¡claro! yo lo amaba y me tenía sugestionada con su mirada tan fría... Un día me dijo que por razones de interés estaba obligado a casarse con Vd.; iba de por medio su porvenir y me pidió que lo si-

guiera, que aceptase servirle en su casa para vigilarla y apenas, sin temor, pudiese realizar ciertas propiedades que usted esperaba en herencia, me pondría una casa y seríamos felices... un mes antes de casarse me hizo abortar. Yo estaba sola, mi única esperanza era él... y acepté. ¿Qué me quedaba de hacer?

—¡Si yo no he tenido nunca propiedades, si yo no he aportado dinero a mi esposo!

—Lo he sabido más tarde, sin embargo, en los primeros días de casados yo he oído a Vd. hablar de una herencia.

—Recuerdo. Fué él que me dijo que por ser él hombre de fortuna, no quería que se pudiese suponer que por el dinero yo me había casado, y entonces me indicó que no lo desmintiese si ante personas hablaba de mi herencia, porque quería que se nos considerase iguales, y me dijo que debíamos hablar de esto, estando Vd. presente. porque no hay mejor manera para que se sepa una cosa que decirla ante la servidumbre...

—Ya ve... era para convencerme, porque yo lloraba y él me decía que tuviese paciencia.

—¿Y por qué no te fuiste?

—Porque entonces era muy zonza... no sabía nada de la vida.

—Y, díme... tuviste con él relación en mi casa desde los primeros tiempos.

—Sí... señora.

—¡Oh! Dios mío, en mi mismo hogar... ¿y cómo? ¿Cómo yo no me he dado cuenta?

—Pasaba yo algunos días al dormitorio por la otra puerta, y como usted no entraba hasta las nueve, y quedaba cosiendo o atendiendo a los nenes... cinco o diez minutos...

—¡Y él, bajo mi techo... a un paso de mí... ¡me traicionaba!

—Algunas veces... pero... ¿qué me quedaba de hacer?

—¿Y luego?

—Luego Vd. aquel día sospechó la cosa, y su esposo me dijo que lo esperara en el hotel Victoria, y allí fuí... Me puso un cuarto. Yo también sufrí durante tres meses, hasta que un señor ingeniero me ofreció...

—¿Y lo dejaste?

—Sí... afortunadamente.

—¿Sin embargo él viene aquí? Tú me engañas.

—No tengo por qué. Quiero sincerarme con Vd. No soy tan culpable como me cree, y quizás yo me he vengado en él por mí, por Vd., y por otras a quienes ha hecho desgraciadas.

—¿Cómo? ¿Díme como?

—Cuando el ingeniero me puso un departamento, pude aprender algo, pulirme, cuidarme, y es así que conocí a otro señor que me pasó quinientos pesos por mes. Un señor viejo que ha sido una providencia para mí. Fué entonces que un día su esposo me encontró. Me vió tan cambiada, que quiso reconquistarme... y yo me he reído de él... Ya le daré sus cartas... oh!, cartas de amor, en las cuales me suplica como a una reina... y yo, se lo juro, lo he despreciado a pesar de sus regalos... apesar de que aquí... si aquí, donde Vd. está... lo haya visto llorando pidiéndome piedad...

—¡Oh! tu, Martina... Vd., Martina, ha hecho esto.

—Sí... lo he hecho... Yo odio a ese hombre... yo he alimentado su pasión para vengarme. El muy cochino, que cuando era honesta, trabajadora, toda suya, me obligó a abortar, me pegaba como a un perro, me llamaba desgraciada y me obligó a ser la sirvienta de usted con la promesa de ponerme más tarde un cuarto... como lo hizo, haciéndome marchitar de hambre y de miseria! Cuando luego me vió arreglada, dueña de esta casita en que vivo y cuyo piso alto alquilo, con un sueldo de setecientos pesos mensuales que me da un hombre cuyo único placer es llevarme en un auto de tarde por Palermo o de noche al teatro... ¡un padre para mí!, vino a suplicar, y cuando vió que le decía: "No"; fué tan ruin de escribir a mi protector que él venía a verme; tan ruin, porque venía aquí a suplicar y a llorar... sí, llorar, y se lo juro, aquí de rodillas ha sabido besarme los pies... Fortuna que yo tenía sus cartas que fueron mi salvación; y hace quince días, cuando volvió y se arrodilló, lo he pateado, si señora, lo he pateado, y por mis sirvientes lo he hecho poner a la puerta. Esta es la verdad, señora Julia. Aquí tiene las cartas... estoy dispuesta a servirle de testigo, porque podrá Vd. despreciarme, pero yo, desde dos años que vivo con mi protector no le he faltado, seré una prostituta para Vd. porque no estoy casada, pero soy

honesta, se lo juro, porque para serlo no se necesita un lazo legal, y yo desprecio a su esposo...

Julia estaba conmovida.

Las dos mujeres, una víctima actual, porque esposa legal; la otra víctima antes, como amante, se reconciliaron.

Julia la abrazó.

—Adiós, señora Martina, dijo al retirarse ante las sirvientas.

—Cuando Vd. guste, es su casa, señora Julia, le contestó aquélla.

CAPITULO XI

Julia, a cada hora que pasaba, veía derrumbarse una de sus ilusiones.

¡El hombre serio, pulcro y moralista resultaba un pillete para ella, aunque para la moral de los hombres, las calaveradas de uno de ellos son cosas de "hombre", quedando siempre un "perfecto caballero". Una mujer basta que antes del matrimonio haya cedido a los impulsos de su amor, inducida por las palabras engañosas de un varón, y es una "perdida", "una loca" o "una deshonrada".

Lástima grande que el honor del hombre se mida de sus acciones de caballero, no incluyéndose como causas para que pierda dicho honor las niñas que engaña, las mujeres que lleva al adulterio y que en cambio el honor de la mujer esté en una parte del cuerpo que es animal por sus instintos, a menos de que por la malicia que despliegue si **pierde el honor** lo haga en forma que no se sepa. ¡Cuántas honradas hay así!

Si un hombre casado falta a su mujer — y esto lo hacemos todos los maridos en los hechos toda vez que se tiene tiempo, dinero y ocasión, o en el pensamiento cuando nos faltan aquellos tres primordiales factores de las **vivezas** de los esposos, si en otras palabras se ponen los *cuernos* a su mujer, — si el escándalo no es evidente, el mundo nada tiene que decir y casi es de buen tono.

Si es la mujer casada que falta al marido, sea porque éste la abandona, sea porque la maltrata, la desprecia, la insulta y le hace sentir de mil formas su dominio y su

voluntad hasta cambiar el amor en odio, el marido la mata y queda absuelto...

¡Lástima que las mujeres no maten a los esposos adúlteros! ¿Existiría todavía algún hombre?

*
* *

Julia de vuelta de aquella agitada mañana sintió un malestar y el día después dió a luz a su quinto hijo que llamó Luis.

Enriqueta avisó a la madre y hermanos e indirectamente lo hizo saber a Anselmo, que no fué a ver a la enferma.

Julia tuvo que levantarse a los tres días porque la vigilancia de las vecinas que gustosas se prestaron a cuidarla, no podía ejercerse sobre los cuatro pequeños que estaban todo el día brincando, peleándose y llorando.

Se encontraba con cinco criaturas en menos de cinco años y medio de matrimonio, sola y con la protección de una extraña, que ya mucho hacía con ayudarla con setenta y cinco pesos mensuales.

El abogado vino a verla y le comunicó una noticia que la dejó perpleja y sin valor.

Anselmo le había declarado que él no tenía nada, y que las dos propiedades en la Capital y el campo en Corrientes habían sido vendidos.

Le explicó el doctor que sin duda el marido había simulado la venta a terceras personas, que a su vez por un documento secreto le garantizaban la nulidad de la misma, pero que este ardid, muy común y usado por los malos pagadores a fin de que sus acreedores no puedan exigirles el cumplimiento, venía también aprovechado por los maridos cuando la esposa, al separarse, le exige lo que de derecho le pertenece.

Julia no sabía nada de la vida, y como la mayoría de las mujeres había vegetado en el hogar desconociendo hasta la importancia de una firma, de un poder o de lo que es una letra, un pagaré. Sin embargo protestó sintiendo en carne propia la injusticia de una ley que ata a la mujer, ligada de manos y pies, al marido.

Si tiene bienes, el esposo es su administrador. Ella no puede disponer de lo suyo.

Casi siempre el marido le arranca con las buenas o las malas un poder general, y dispone de ellos a su antojo.

Si el marido tiene bienes, los vende, los transfiere, y la mujer queda así despojada, y si son gananciales, inventa la forma de engañarle en forma legal.

El doctor Prake, sin embargo, le prometió que antes de ir a los tribunales volvería a verlo, tratando de hacerle comprender la gravedad del asunto dejando que supusiese que había pruebas de que las ventas eran falsas.

Las condiciones que le presentó fueron de que pasara una mensualidad de 200 pesos a la mujer para que pudiese mantener y educar a los hijos.

—Cuando le hablé de esto, dijo, se puso furioso, declarando que no tenía un centavo, y sus condiciones no eran como para pasar ninguna cantidad. Me insinuó que quien la mantenía ahora, podía seguir haciéndolo.

—¡Miserable!, suponer que alguien me da dinero.

—Así quiso darlo a creer, pero yo, sin decir la verdad, que bien conozco, le contesté que mal hacía querer excusar sus extravíos, tratando de formar sospechas sobre su conducta.—¡Oh!, si no tuviese dinero no se habría ido, ¿quién paga todo esto, dijo—y yo le contesté que entre sus tres hermanos se habían cotizado para los gastos de Vd., agregando también que a las demás pruebas se presentaría la denuncia de Martina.

—¿Qué dijo?

—Estaba fuera de sí, pero me repitió que se haría matar antes que dar un centavo. Esperemos, y quizá lleguemos a un arreglo.

Los días para Julia fueron pasando llenos de amargura.

Con los reducidos recursos de que disponía, tuvo que limitar sus gastos, lavar, remendar la ropa y cuidar los niños, porque no podía permitirse el lujo de una niñera.

Iba a iniciar la demanda ante el juez, y cada día tenía que ver al abogado llevando en brazos al nene y de la mano a Rosario, dejando a Federico, Angel y Juan en el patio, entre los demás chicos de la casa, recomendados a las vecinas.

Aquella vida a que no estaba acostumbrada entre mujeres sin educación, chismosas, cuenteras, que entre ellas cuchicheaban, se insultaban, para ser al rato más amigas que antes, la oprimían. Ver a sus hijos de pronto en toda aquella miseria, aquella suciedad, la hacía llorar y mientras sus

pequeños dormían, ella quedaba hasta altas horas arreglándoles sus ropitas que destrozaban tanto, no pudiendo comprarles nuevas.

Acostumbrada a verlos limpios, lavados, educados, y en pocos días transformados en unos diablitos de cara y manos sucias, que se revolcaban con sus compañeros, no alcanzando a lavarles la ropa y cambiársela, que ya estaban de nuevo sucios en aquel patio a donde había tanta tierra, en aquella calle no empedrada, en la cual cuando no había barro, el polvo finísimo se levantaba a cada menor soplo de viento.

Probó una verdadera desesperación al encontrar insectos en la cabeza de sus pequeños, que sin duda, los habían tomado de sus compañeros. Tuvo por limpieza que resolverse a cortarles el cabello de raíz, como también a Angela, que lo tenía rizado y rubio.

Enriqueta venía a verla, y siempre traía algo para los pequeños, y gracias a su generosidad pudo arreglar unos trajecitos algo usados que le regaló de sus dos hijos.

Otras veces iba a verla Julia en su casa por la mañana cuando tenía seguridad de que no habría visitas, porque mucha vergüenza la habría producido encontrarse con alguna amiga de su niñez, reducida en este estado, con un vestido más que modesto, unos botines que Enriqueta le había regalado y que le iban grandes, sin tiempo ya para mantener, aún en su miseria, aquella gracia y elegancia modesta que con tanto empeño había mantenido en su casa, y que ahora ya no podía con las manos arruinadas, duras y lustrosas, de una palidez rojiza que denotaban lo mucho que trabajaba, sin ya tener ni las más simples reglas de cuidado.

Una mañana, a los quince días de haber tenido familia, Enriqueta le dijo: ¿A qué no te imaginas quién preguntó de tí?

—No puedo suponerlo.

—Luis Drofaux.

—¡Dios mío! ¿Tú le hablaste de mí?

—Como sabes, él viene a menudo, yo charlando, le conté lo que te ha pasado. Ha quedado muy afectado.

—¡Pobre!, era muy bueno.

—Sí. Hiciste muy mal en no casarte con él.

—Así es; pero cuando somos niñas nos llenan las apariencias. Drofaux me dijo que tenía una mujer que estaba moribunda, madre de una hija a quien reconocería casán-

dose con ella... Anselmo se presentaba como un austero, que no le gustaban las mujeres fáciles... un virtuoso, y yo como tantas que nos fiamos de las apariencias, preferí a Anselmo, a quien no quería entonces, a Anselmo que era celoso y frío, en cambio de Drofaux que sabía apasionado y buen mozo... No quise casarme con un viudo, ser madrasta a los 19 años!... y me casé con quien tenía tres hijos de otra y puso su amante en mi casa.

—Drofaux quiere verte.

—¿Verme? Te suplico, Enriqueta, díle que no. Me moriría de vergüenza, que después de haberme conocido buena moza, elegante, arreglada, me viese así, desaliñada, mísera, vencida, sí, vencida; yo que lo rechacé porque creí poder con el otro ser más feliz. Y a más, ¿para qué? Para hacerme sentir toda la amargura de mi error?

—Tu le conoces; es demasiado caballero para abrigar semejantes sentimientos.

—Pues, ¿para qué?, el pasado no puede volver; me sería muy doloroso verle.

—Lo lamento, porque yo accedí a su pedido, y le dije que ibas a venir esta mañana aquí... si no quieres, véte, pero él irá a verte a tu casa, le dí tu domicilio.

—¡Oh! allí no. Tu supones que Anselmo debe hacerme espiar, y si lo viesen entrar, bastaría, y de sobra, para acusarme de las peores cosas.

—Véalo, pues, aquí. Quiere hablarte; es tu buen amigo, créelo.

La mucama anunció al señor Drofaux.

—Hágalo pasar, dijo Enriqueta.

Cuando oyó sus pasos salió muy quieta por otra puerta, de manera que Julia, que estaba sentada, teniendo entre los brazos al pequeño Luis y a Rosario, jugando a sus piés no se apercibió de estar sola, sino cuando entró el señor Drofaux.

Había quedado muy buen mozo.

Los cinco años pasados no parecían haberle cambiado. Solamente los bigotes eran más grandes y parecía más grueso.

Se acercó presuroso, obligándola a quedar sentada, y le estrechó la izquierda, que ella le tendió, sin osar levantar la vista, ocupada la derecha en tener contra su pecho al nene, que ávidamente absorbía la leche materna.

—¡Oh! señora Julia, después de casi seis años que no la veo, ¿cómo está Vd?

—Vd. lo ve, señor Drofaux... a Vd. lo encuentro más grueso... muy bien, muy bien.

—Sí... a Vd. en cambio la encuentro muy pálida y transformada.

—Tiene Vd. razón, estoy vieja a pesar de mis 25 años, cansada de tantos hijos y de tantos sinsabores... ¡Vd. sabrá!

—La señora Enriqueta me ha contado su Viacrucis y créame lo he lamentado mucho, porque aun no habiendo yo merecido la felicidad, la deseaba para usted.

—¡Oh, señor Drofaux!, que castigada estoy. Me asusté al ser madre antes del tiempo, casarme con usted que era honesto y quería antes legitimar su unión con otra mujer que moría, y caí en las garras de un tunante que tenía dos amantes y que me ha aniquilado, quebrantado mi vida, sin voluntad y dejándome sin felicidad.

—Vd. hizo mal a entregarse tan esclava a ese hombre. La mujer cuanto más se doblega y se vuelve sumisa al esposo, más éste abusa de ella.

—Lo sé bien, pero una se educa así. La virtud de la mujer y su mejor adorno, nos predican desde que nacemos, es la humildad, la bondad y una se casa y trata de exagerar estas virtudes, para que el hombre la sienta suya, toda suya y cuando se apercibe, tanto más oveja se ha hecho, más lobo le resulta el marido. Pero no hablemos de esto y dígame más bien como está su nena.

—La nena bien. La tengo a pupila en un colegio inglés y todos los domingos la llevo a paseo. Está hecha una pequeña señorita.

—Me alegro mucho. Muy contenta me sentiré al considerarlos felices a ella y a Vd.

—Yo, señora Julia, se lo agradezco.

—Y debo pedirle perdón de haber sido mala e injusta... con Vd., ya ve que he sido bien castigada.

—No tengo que perdonarle... Vd. hizo lo que habría hecho otra cualquiera. El mundo se paga de las apariencias y las apariencias estaban todas con Anselmo y en contra mía. Es cierto que el golpe fué inesperado. Cuando creí seguro su asentimiento supe que estaba comprometida. Se lo confieso sufrí mucho, pero tenía que cumplir con mi deber, legitimar a mi hija, cerrar los ojos de la pobre que era buena y santa, y no creí que mi pasión para usted podía

excusarme y olvidar dos deberes. Vd. supo que me casé y que a los pocos días murió la pobrecita...

—Si lo supe...

—No le niego que se derrumbó para mi un ensueño, pero era su voluntad y en amor, para la felicidad de ambos, débese siempre seguir un gran precepto:Hágase tu voluntad. Cuando las dos voluntades no coinciden, más vale sufrir uno el derrumbe de sus ensueños, pero no querer imponerse, porque es la forma segura de preparar su propio infortunio.

—Tiene Vd. razón, pero esto en el hombre, porque nosotras las mujeres generalmente obramos bajo el impulso del que nos engaña mejor. Queremos casi siempre, no lo que surge en nosotras como anhelo de nuestro corazón, sino lo que por costumbre y por sugestión va adueñándose de nuestra voluntad.

—¿Y qué piensa Vd. hacer ahora?

—Obtener que mi marido me pase una pensión y dedicar mi vida a mis hijos.

—Yo, señora Julia, no le diré que he quedado sin casarme, esperándola. Le mentiría, porque son mentiras estas pasiones románticas de novelas. Yo no he creído encontrar a la mujer que habría podido ser la madre de mi nena. Tener una mujer, encontrar una esposa es fácil. Yo necesitaba una esposa, y una madre. Entre las que me gustaban como mujer no ví a la madre que yo buscaba, y cuando encontré una madre, ésta no llenaba mis deseos de varón, y no me he casado. Me casaré más tarde. Depende de usted.

—¿De mí?

—Sí, de Vd., yo la he querido mucho y hoy al volverla a ver me parece que puedo asegurarle que llenaría un sueño, una esperanza que fué mi ilusión y un anhelo que siento revivir.

—¡Ah! señor Drofaux. Yo no quería verle porque he temido me dijera lo que me está diciendo. Si antes lo rechacé por ser ciega y de lo cual mucho me he arrepentido, hoy en ninguna forma, jamás, aceptaría lo que me propone, porque ni podría ser feliz ni lo haría feliz.

—¿Por qué?

—Porque tengo cinco hijos que son de otro hombre y yo no puedo pensar que estos hijos tengan otro padre... aunque fuese generoso como Vd... pasaría el tiempo, cinco criaturas son un peso, un estorbo para el que no es el

padre y no podría yo jamás ser feliz pensando en el sacrificio que le impongo... y si un día Vd. me lo dijese...

—¿Me cree tan ruín?

—No; es humano. Yo que soy la madre y los oigo gritar todo el día estoy cansada, figúrese un extraño. A más no podría pensar que yo lo he rechazado porque tenía una nena y Vd. me acepte teniendo cinco criaturas.

—¿Qué tiene eso?

—No, mil veces no, señor Drofaux. No fuí su esposa cuando era linda, joven, inteligente, despejada; no puedo serla hoy que estoy deshecha, vieja a los 25 años, apocada, mísera... ¿Qué porvenir, qué felicidad podría ofrecerle? Ninguna. Tengo la vida amargada y no quiero que al saberse tal cosa pueda aquel infame decir que yo me fuí porque tenía un amante... esto dirían, y yo quiero que mis hijos no puedan avergonzarse de su madre. Si fuera sola, si fuera divorciada, lo que no es posible aquí, le diría que me dejara pensar y besando sus pies de agradecimiento le pediría que, si me cree digna de Vd., me hiciese su esposa, pero así... sería deshonrarme, ponerlo en ridículo. Jamás, señor Drofaux, jamás.

—Comprendo su delicadeza pero Vd. exagera. Su marido no le dará ninguna pensión, porque Vd. sabe que ha enajenado sus bienes.

—Lo sé. Trabajaré, cumpliré mi Calvario de madre.

—¡A mí no me preocupa que Vd. tenga cinco hijos!

—Me basta saber que no se sacrifica a un hombre generoso como Vd. La vida es larga, vienen los sinsabores. Vd. es joven, yo tengo ya arrugas; Vd. es elegante, fino; yo he perdido el roce, estoy desaliñada, soy una mujer de trabajo; Vd. tiene la vida ante sí, yo ya no creo en la vida, porque una mujer que tiene cinco hijos y el mayor no alcanza a los seis años y el menor quince días, no tiene ya ánimo, ni tiempo para ser ni la compañera, ni la esposa cariñosa de un hombre, y una mujer así ya no es un ideal que perdura.

—Sin embargo es Vd. bella y...

—¡Bella! ¡qué sarcasmo! hasta mi cuerpo fino he perdido... Mis manos... ¿recuerda? que eran lindas, que hasta mis amigas alababan y que merecieron sus versos benévolos, ya las ve son manos de trabajadora... Así... todo...

—No lo niego. No es Vd. la silueta elegante y fina de los 19 años... Es la mujer, pero la mujer joven que puede volver a ser elegante y bella.. Sus manos... ¡Las recuerdo!

yo las amaba mucho y me prometía dedicarle un culto, tan bellas eran, tan espléndidamente bellas que todos se las admiraban... Me parece que yo, su esposo, habría pretendido de Vd. su cuidado, algo muy egoísta, para deleitarme con ellas. El, en cambio las ha hecho trabajar por maldad, porque yo comprendo que habiendo necesidad Vd. lo hubiese ayudado. Esto dignifica; pero él busca la gran vida, da lo superfluo a otras mujeres, sacrificando la madre de sus hijos; esto no es justo... ¡pobre Julia!

—Vea, señor Drofaux, hubiera dado no sé qúe para no verle, no pasar antes sus ojos el bochorno de mi miseria, de mi estado; pero he quedado recompensada por su bondad. Temí que me pudiera decir lo que me ha dicho y obligarme al dolor de un segundo rechazo, el primero por el loco sueño de una felicidad que creí me brindaría otro que fué mi verdugo; el segundo una negativa por mí, por mis hijos, por usted... Más tarde, juzgando serenamente este hecho, verá que cuerda he sido al hacerlo.

—Vd. Julia se engaña. Al negarse se sacrifica, sacrifica a sus hijos, y me sacrifica, porque si yo le pido hacerme cargo de Vd., y de los niños, lo hago porque la quiero aún, la conisdero capaz de ser la madre de mi hija.

—No. Quizás su hija hubiera podido muy pequeña, amar a la madrasta que hubiera sido para ella tierna madre y miraría con desconfianza a esta pobre mujer que antes fué la soberbia; y hoy, se cuela cargada de familia en un hogar que no le corresponde.

—No sea así Julia. Yo la quiero. No se preocupe del que dirán. Si uno mira esto, jamás hace nada. Pensemos en lo que a nosotros nos conviene y dejemos que los demás digan.

—No insista Drofaux, se lo suplico.

—Es que yo quiero hacerla feliz.

—No lo seré ya, deje que yo viva, luche, trabaje para mis hijos.

—¡Oh no lo podrá! ¡Vd., una mujer sola! ¿No sabe lo difícil que es para una mujer ganarse el pan de cada día?

—Trabajaré... mis manos ya saben hacer muchas cosas...

—Es que quiero volverlas blancas y bellas—y Drofaux lentamente se inclinó y le besó la mano izquierda con la misma devoción que lo hacía en las horas de amor, seis años antes.

Julia se estremeció y quiso retirarla.

—No... Julia, se lo ruego, no la retire Vd., ¿Le disgusta que se la bese?

—¿Para qué?

—Hace más de seis años que no se la besaba.

—Y desde entonces no han sido besadas.

—¿Cómo? él... jamás.

—Nunca, jamás.

Y Drofaux volvió a llevarla a sus labios.

—Se lo suplico: Julia, piense, es su porvenir.

—Si fuera por mí, quizás fuera egoísta, pero hay mis hijos, su hija. Vd., no debe, no puedo hacerlo... Sea Vd. razonable.

—Es irrevocable su resolución?

—Es mi deber y el deber no cesa aunque uno desee lo contrario.

—No me conteste en definitiva; pida un plazo, se lo ruego. Quizás en este segundo plazo no sea tan cruel en el desenlace como en el primero.

Julia no contestó.

Drofaux se le acercó y dobló ante ella su rodilla.

—Esto jamás puedo permitírselo, exclamó Julia... levántese Vd... si uno tuviera que arrodillarse sería yo...

—No Julia. ¡Ah! de la mujer que se arrodilla delante de un hombre!

—Yo, la mujer que no he sabido merecerlo ¡permitirle esto!... yo soy una pobre, una desgraciada mujer que solamente merece lástima y compasión.

—Está Vd. en un error, Julia, Vd. es madre y la madre es sublime porque quiere sacrificarse por sus hijos.

Entraba Enriqueta cuando él volvía a besarle las manos a pesar de sus protestas. Ni mostró asombro, ni él se apresuró a levantarse.

—Está muy bien, dijo riendo, a lo que veo no van las cosas tan mal, si ya Vd. señor Drofaux está rezando... a mi pobre santita...

—No, estaba arrodillado ante la madre que se forja deberes que no son de la vida real, porque por ellos me quiere sacrificar y quiere sacrificarse a sus hijos y a ella misma.

—Déjeme que yo trataré de arreglar este asunto.

Drofaux saludó para retirarse. Besó la mano de Enriqueta y muy largamente la de Julia.

—Me alegro, dijo aquella, riendo bondadosa, que por primera vez desde que nos conocemos sea Vd. tan galante conmigo.

Apenas Drofaux se hubo retirado, Julia no pudo reprimir un paroxismo de llanto. Contó a su buena amiga lo que había pasado y el por qué hubiera deseado no volver a verlo.

—¿De manera que tú piensas rechazarlo?

—Indudablemente... no puedo sacrificar su juventud, su porvenir, mis hijos y la suya.

—¡Pero si es su gusto!

—Hoy... mañana, pero luego vendrá la reflexión y mirará con frialdad su situación. Quiero suponer que sea tan generoso de no echarme nunca en cara la carga que llevaré... cinco hijos ajenos... pero una mirada, una hora que yo lo viese serio, me parecería siempre leer el reproche... No puedo. Sería más fuerte que yo... Y si un día llegase a pronunciar la palabra, ¿qué me quedaría de hacer? Irme. ¿Verlo que está arrepentido, de haber gastado su juventud con una mujer vieja a los 25 años, cargada de hijos? Si no tuviera estos cinco pedazos de mi alma, podría, sí, tal vez, amar y ser amada; pero teniendo hijos, yo desaparezco, y la felicidad de ellos debe ser mi único fin, a ellos debo sacrificarme.

—Pero tú estas mala... Tienes el ejemplo de tu hermana Amelia, de quien recibiste cartas. Vive con otro. No es el marido ante la ley. ¿Qué importa? Es el hombre que la ama, y la hace feliz.

—Mañana que la deje ¿qué será de ella?

—¿Y qué es de tí, esposa legal, que debes huir de los malos tratos de tu marido, quien para no darte un centavo te roba lo tuyo, vendiendo o simulando haber vendido todo lo que tiene valor? Este caso me recuerda aquel de una prostituta y una obrera que se separaban. La obrera le dice a la compañera que se ha dado al vicio: "Desgraciada, morirás en un hospital", y le contesta la cocotte: "Sí, tú morirás en un palacio!" Es lo mismo en otro campo. Tu hermana corre el peligro de que la deje el amante; tú corres el peligro de morir de hambre con el sello de esposa legítima.

—Comprendo todo esto. No condeno a mi hermana Amelia que, cansada de un marido borracho y haragán, se resuelve abandonarlo. El, con sus vicios y desacuerdos la obligó a que lo traicionara; pero yo tengo cinco hijos, y

una mujer con cinco hijos ha muerto a la vida y a la felicidad.

—Te comprendo. Hasta que la mujer no sepa hacer algo que la habilite a sí misma y pueda decir: "Sabré mantener el número de hijos que quiera tener" y no los que la naturaleza le dé, nunca será otra cosa que un pobre sér que tiene que aceptar una felicidad que se le brinda, porque teme que esta felicidad se trueque en otros sinsabores, completamente a la merced de la benevolencia y de lás variantes en el barómetro del deseo del marido o amante. Pero tú debes tomar el mundo cual es, desde que no estas en condición de encararlo en otra forma; así que es una locura qué desprecies...

—¿Y Anselmo?

—Que rabie; quizás los cuernos lo hagan más decente... Lo has visto con Martina; interín la tuvo a su antojo la despreció; apenas la supo de otro, ha ido a llorar, a arrodillarse y a besarle los pies... Los cuernos que la ex amante le puso, le quitaron ínfulas y lo ablandaron.

—¡Qué terrible eres, Enriqueta!

—Es así. Los hombres cuando pierden una mujer es cuando se vuelven locos por ella.

—A una amante se pierde, a una esposa se le obliga a seguir el camino recto.

—¿Temes que te mate? No creas, és demasiado cobarde. Los hombres que apalean a las mujeres temen a los hombres.

—No lo temo por mí. Sé que mi conducta no siendo ejemplar sería razón para que me quitara los hijos y, díme: ¿aceptarías tu de correr el riesgo de separarte de tus hijos?

—Yo nunca.

—Estoy en el mismo caso. Yo detesto a Anselmo, he amado a Drofaux; estoy conmovida ante su generosidad, pero antes que él, sobre mí, están mis hijos, por ellos me sacrificaré, y por ellos haré todo lo que una madre sabe hacer.

—Sin embargo, reflexiona. Quizás que tu abogado llegue a obtener que te deje los pequeños... Yo le hablaré...

—Dejaré que los hechos se sucedan. Bien quisiera poder ser feliz, pero toda mi felicidad la sacrificaré para comprar una sonrisa de cualquiera de mis tesoros.

—Corazón de madre, le contestó Enriqueta, besándola conmovida.

CAPITULO XII

La demanda que el abogado de Julia presentó contra Anselmo contenía datos concretos.

Fueron los cónyuges llamados al juicio de conciliación.

Julia concurrió a la audiencia vestida de luto, con aquel sencillo traje que le sirvió para la muerte del padre, llevando entre los brazos al pequeño Luis.

Anselmo, muy pálido, algo ojeroso, concurrió con su aire de hombre formal y serio.

Las incidencias fueron breves porque él declaró que no la había echado del hogar, que se había ido y no sabía con qué dinero vivía. Estaba dispuesto a recibirla nuevamente, porque pensaba en los pequeños que no tenían la culpa de lo sucedido.

Julia no pudo retener las lágrimas; expuso que, hija de una familia distinguida, la había ido rebajando moral y materialmente, que había conocido a la mujer que durante ocho años había sido la amante del esposo y de la cual tenía cuatro hijos, y que en su mismo hogar puso otra como sirvienta, sin dejar ocasión para cortejar hasta a sus amigas, cuando a ella únicamente le reservaba malos tratos y golpes.

No hubo caso de reconciliación.

Salieron.

Julia, después de despedirse del abogado, fué por la calle Cerrito a tomar el tranvía que va a Belgrano. Anselmo la alcanzó.

—Debo hablarte.

—No sé por qué.

—Antes de seguir tu demanda tenemos que explicarnos.

Julia hubiera querido no acceder, pero aceptó por fin entrar en un café en la sala para familias a donde, sin temor, podría saber lo que de ella pretendía.

Se sentaron, y el mozo les sirvió unos helados con masas. Anselmo callaba.

Tuvo Julia que encarar la cuestión. Su voz temblaba. No se vive cinco años dominada y sumisa a un hombre sin sentir ante él recelo y temor.

—¿Qué desea, pues, de mí?

—Quería hablarte y conocer a mi Luis... a quien no conozco... es mío... quiero besarlo.

Julia se lo ofreció conmovida. Lo tomó él, lo besó varias veces, y luego lo devolvió a los brazos de la madre.

—¿Estás decidida a seguir el juicio?

—Sí.

—¿Esto es el amor, el cariño, el respeto que decías tenerme?

—Es posible que Vd. me lo pregunte, cuando yo dí mi devoción, mi entrega total, y Vd. me engañó... Vd. criticaba al señor Drofaux y estaba en peores condiciones que él.

—¡Ah!, ese señor Drofaux, sin duda es ahora el... protector.

—Soy honesta, y nada le autoriza suponer lo que no es, ni será nunca.

—¿Cómo vives, pues?

—Vd. lo sabe. Mi hermano y hermanas me ayudan con 75 pesos mensuales.

—¿Y esto te es suficiente?

—Si es necesario no comeré, pero mis hijos comerán... Yo he sido inicuamente engañada cuando niña; luego Vd. mató en mí toda independencia esclavizándose, para poder tener en mi misma casa una espía y una amante.

—No es cierto todo lo que te han dicho.

—He leído las cartas... como he leído que Vd., tan soberbio y cruel conmigo, sin embargo no ha tenido a menos de llorar ante la ex sirvienta que lo rechazó, que se rió de Vd., que lo echó...

—Es falso.

—Yo tengo pruebas.

—Es falso.

—Tengo las cartas que Vd. escribió a Enriqueta.

—Ella me alentaba.

—Tampoco es cierto. De las cartas se desprende que

ella jamás alentó su pasión, y mientras yo, ¡estúpida!, lo servía de rodillas y me obligaba a la servidumbre más ignominiosa. Vd. escribía que se había casado engañado...

—Bien. Quiero admitir que en todo esto haya algo de cierto. Si te dijese la verdad no me creerías, pero aún, dado que fuera tan culpable como tú supones... si yo, hoy, me hubiera arrepentido, si estuviera dispuesto a perdonarte...

—Nada tiene Vd. que perdonarme porque no soy yo la culpable.

—Y perdonarme... esto es, olvidar ambos y volver al pasado.

—¿Cómo cuando tenía Vd. a Filomena?

—Volver a nuestra luna de miel.

—¿Cuándo tenía a Martina?

—Volver a nuestros meses dichosos.

—¿Cuándo escribía a Enriqueta?

—No. Olvidando a Filomena, que ya no puede ser nada para mí si es esposa de otro; olvidando a Martina, que detesto, a Enriqueta, que jamás quise... tuve, sí, el deseo de hacer ver a los amigos... y ahora la odio tanto más, cuanto sé que en todo esto ella ha puesto su mala influencia... Olvidando el pasado te ofrezco volver al hogar...

—A ser nuevamente tu esclava.

—A ser la madre de nuestros hijos.

—Lo soy.

—Sí, pero es bien distinto serlo en el hogar enseñando con el ejemplo.

—El que Vd. da, por cierto, no llevará a las criaturas por el camino del bien.

—Mis errores tú solamente los conoces.

—Los hijos ven que eres despótico, malo, injusto.

—Mañana ellos te preguntarán, suponiendo que pudieras vivir así, quien fué su padre.

—Les diré la verdad.

—¡Y tú te llamas madre! tú que pretendes quitar a nuestros hijos el respeto y el cariño que me deben.

Julia titubeó.

Sí. Era el gran problema que a su corazón de madre se presentaba.

¡Sus hijos! No podían vivir así en la miseria, entre la tierra y el barro de aquella casa del arrabal; no podía verlos sucios, con parásitos, aprender el lenguaje orillero.

Antes ella se presentaban tres soluciones.

Volver con el esposo, viviendo con un hombre que no amaba y hacia el cual sentía repulsión y quizás odio, pero formando para el mundo un hogar honesto, educando a los hijos sufriendo quizás un Calvario, porque ya no podía creerle. Romper con él y si no le pasaba una cuota fija mensual, desde el momento que no sabía trabajar en algo que pudiese darle la vida, ¿qué porvenir se le presentaba? ¿Vivir de limosna, ver sus hijos hambrientos? Por fin el camino que se depara a la mujer que es joven: ser la hembra, la querida de un hombre, o ir a la prostitución.

Para e allhabía la esperanza de Drofaux, un hombre a quien había casi amado, que estimaba, que tácitamente le había demostrado que su amor había resistido a las contrariedades, y a seis años de separación; que habíale demostrado de no tenerla a menos por su humilde condición, rindiéndole el homenaje que jamás su esposo le había rendido.

¿Pero, y los hijos?

¿Cómo se educarían? ¿Cómo la juzgarían luego cuando hombres? No le preguntarían del padre? ¿No sería su situación ilegal una dificultad para el porvenir de los niños? La mujer se sentía atraída por Drofaux. La madre titubeaba por los hijos.

Anselmo comprendió que una lucha interior se libraba en ella, y opinó que era necesario dejarla pensar.

—Yo no pretendo que nos reconciliemos en seguida, le dijo, piénsalo y dime cuándo volveré a verte.

—Por el momento no tengo por qué.

—Es que quiero ver a mis hijos.

—¡Ah!

—Y tú no puedes negarme esto... vendré a tu pieza.

—Esto no.

—Vengas entonces con ellos a nuestra casa.

—Tampoco.

—No temas, se te respetará; no creas que pretenda quedarme con los niños.

—Esto no. La conducta de Vd. me garantiza la posesión de ellos.

—Sí... hasta que seas honesta.

—¿Qué quiere decir con ésto?

—Nada que pueda ofenderte... hasta que vivas como vives, sí... pero si un día, por casualidad, pensaras vivir con otro... no sé lo que haré.

—No podría indignarse tanto si Vd. me ha engañado

y ha tenido sus queridas bajo mi mismo techo.

—Quizás... pero, si, los retiraría... los encerraría si no pudiese tenerlos conmigo.

El golpe hirió hondamente a Julia. Ella aceptaría cualquier cosa, menos separarse de sus pequeños.

—Así, ¿dónde quieres que los vea?

—Venga, pues, a mi pieza.

—¿Cuándo? Pasado mañana a las 9?

—Como guste.

—Toma estos diez pesos para ellos, dijo Anselmo.

Julia los recibió levantándose para retirarse.

El le tendió la mano, pero ella disimuló el gesto y salió con su pequeño en los brazos.

* * *

La mañana después, cuando puso a Enriqueta al corriente de lo ocurrido ésta le aconsejó no volver con él.

—Haz lo que quieras, le dijo, pero te arrepentirás, créalo. Tu no lo amas, él es un pillete de bajos sentimientos que quiere volverte a llevar a su casa para oprimirte más. Tu pierdes una ocasión, la última que se te ofrece, volver a la vida con Drofaux. Hasta no terminar tu pleito podrías cubrir las apariencias.

—¿Y los hijos que pueden venir?

—Hay formas para no tenerlos, porque después de la lección recibida, creo que no te esclavizarás nuevamente como lo has hecho. Si obtienes lo que tu deseas, con un algo que te pase Anselmo, siempre tendrás tiempo de resolverte a vivir sola, o si eres gustosa irte con Drofaux, te vas con él a Rosario, Tucumán, o dónde sea, para empezar otra vida. Le será fácil obtener su traslado. Son los dos caminos que te quedan, los que, hoy por hoy, debes escoger. Niña, se te enseñó a no saber nada de útil, porque saber cocinar, tocar mal el piano, coser algo y lavar si es necesario, no habilita nada más que para buscar un marido. Tú lo recuerdas; el "maná" —como lo llamábamos—"la lotería", "la grande", Maná, lotería y grande, siempre que resulte bueno, si no, la tal "colocación" es un yugo que no tiene salvación. La mujer es la víctima, porque el marido sale a la calle, al café, al teatro, al club, al boliche, tiene queridas. El cine, el jue-

go, el centro, la política o la casa de prostitución, en fin, las mil cosas que se le brindan a según de su educación, estado, tiempo y dinero. La gente trata de estigmatizar a los que quieren ser esposos fieles y de su hogar, la necesidad de no estar en casa durante las horas que no trabaja, porque al hombre que queda en el hogar lo llaman "maricón". Esto es: costumbres, leyes y manera de vivir adaptadas por los hombres, para que sus calaveradas y su libertad sean lo honesto y lo justo; en cambio, la mujer que no "sabe" otra cosa que ser "esposa", como nos pasa a la mayoría; virtud "muy animal", por cierto, porque saber ser esposa es saber servir al marido, trabajar en el hogar, ser humilde, obediente, abdicar de su voluntad, ser hembra ardiente si le place al dueño y señor, ser casta y purísima si así se le antoja, hacer hijos, cuando nos da permiso, estar mucho en casa, concurrir muy raramente a una confitería, y siempre en la sala reservada para las familias, y no entender nada de política, no saber nada de nada lo que es la aspiración más excelsa de una esposa modelo. Claro que ejemplares tan bellos son raros, porque el mundo abre los ojos, y ya no estamos en el beato tiempo en que el hombre era el "cuco", y la mujer analfabeta no salía del hogar casi nunca, sino para ir a la iglesia. Empezamos a abrir los ojos, y las que tienen su diploma de maestra o saben ganarse la vida, no son tan mansos animalitos de la jaula del casorio, y hay quien pretende que el marido le haga disfrutar algunas migajas del banquete de la vida que él disfruta, y otras que ya no entienden de humildad y salen respondonas, pero con esto no se hace nada. Son otras cosas las que necesitamos. Hay algunas que tienen al marido en un puño, y otras que son derrochadoras, malas o deshonestas. No las defiendo. Pero por cada mujer de éstas, hay cien hombres derrochadores, malos y deshonestos. Quisiéramos que se redujesen los unos y las otras. Tu verás lo que te conviene. Has bebido el cáliz amargo de la tiranía de un marido como hay tantos. Los maridos son, quien más, quien menos, todos "rengos morales". Lo que hay que saber es cómo, cuándo y en qué forma renguean. Ahora, pues, tú conoces el tuyo. Ni con muletas lo compones. Tu no puedes afrontar la vida sola porque no sabes trabajar; tus padres, como los míos, y como la mayoría, nos hicieron el mal servicio de prepararnos para ser unas inútiles, para que cual-

quier hombre se aproveche de nosotras por un mendrugo que nos dan, porque si el matrimonio es sublime cuando se ama, se respeta y hay igualdad; es la prostitución más ignominiosa cuando hay odio, cuando es por el mendrugo de pan. ¡Tú, Julia, sabes esto, lo sabemos todas las mujeres, aún las que no nos encontramos en este triste caso, porque lo oímos a diario de las que se nos confían en la amistad! Pues en la forma actual de las cosas, lo único que le queda a la mujer es sacar provecho de sí misma, ser la querida de otro hombre ¡dolorosa situación!—lo comprendo—pero la única que le brinda la actual educación y su actual incapacidad. Cargada de hijos, no encuentra la mujer ni un puesto de sirvienta, y la miseria es una mala consejera que lleva muy a menudo a la prostitución. Para mí, haz lo que tu creas, eres dueña, pero mi consejo es, que entre tu marido y Drofaux, no hay ni que pensarlo.

—Los hijos, Enriqueta, ¿cuándo pregunten de su padre? cuando grandes juzguen mal a su madre porque vive con otro?...

—Es cierto, pero, dime, ¿cuándo sepan quién fué su padre, pueden los hijos pensar que debías ser víctima? ¿Es posible que el egoísmo filial pueda condenar a una madre porque no ha sido mártir? ¿Y crees que el ejemplo que se da en un hogar a dónde el padre es borracho, o jugador, o calavera o apaleador, supones que es saludable? Esta es la razón que se aduce a favor del divorcio, porque los hogares a donde no reina la paz y la concordia son malos semilleros de pésimos instintos y malísimos ejemplos para los hijos.

* * *

Julia consultó al abogado.

Este le dijo que dada la pillería hecha por el marido era difícil obtener que diese mensualmente algo. Alegaba no tener y no ganar lo suficiente.

Como Julia no pudo confiarle la verdad, le preguntó su opinión si convenía reconciliarse con el marido. Opinó que sí. Opinión de hombre y de profesional.

Del hombre solidario siempre en el fondo con los de su sexo, del profesional que veía dudoso su cobro

con ella, factible si él influía en el arreglo por Anselmo deseado.

Así es la vida. Cuando el cliente es pobre, conviene siempre un arreglo con el rico, aunque la razón esté del lado del pobre.

CAPITULO XIII

Drofaux volvió a verse con Julia, aquella tarde en casa de Enriqueta.

Ella le fué franca y se lo dijo entre sollozos: "Yo aborrezco a mi marido, pero es el padre de mis hijos. Hubiera querido vivir honestamente educándolos, sola y olvidada del mundo si contara con 150 pesos por mes. Anselmo ha arreglado sus cosas en forma que hoy se dice pobre. Nada puede darme. Se me ofrecen dos caminos. Volver con él, sufrir nuevamente pero que mis hijos vistan, coman, se eduquen y puedan decir: "Este es nuestro padre". O aceptar su noble ofrecimiento, ser... su amante y darle mi juventud decadente, mis rezagos de belleza marchita haciéndole cargar con cinco criaturas, todas pequeñas. Usted es bueno, usted es noble, pero no es justo que yo le corte la vida y sea el obstáculo para que mañana usted pueda tener una mujer propia, suya, que pueda ostentar del brazo, mientras a mi no le será posible, tendremos que escondernos, porque él me lo ha dicho, el día que supiera que no vivo sola me quitará "los hijos".

—Entonces por ellos ¿está dispuesta sacrificarse y volver con él?

—No sé qué decirle, señor Drofaux. Mi corazón, todo mi ser, me dice de aceptar su ofrecimiento... no ahora... más tarde, cuando haya devuelto la calma a mis nervios, cuando pueda mirar el porvenir con mayor serenidad. Yo le juro que me he arrepentido cien, mil veces en

estos seis años el haberle rechazado, pero ahora están de por medio mis hijos... debe ser el corazón de la mujer o el corazón de la madre el que triunfa?....

—Señora, contestó Drofaux muy pálido, pero sereno, yo la comprendo. Gracias por su confesión; es un lenitivo grande saber que usted ha pensado en mi y ha creído que conmigo sería feliz, pero la comprendo. La madre está por encima de la mujer. Yo mismo me sacrifiqué a mi hija, y usted se sacrificará para sus hijos.

—Usted me comprende Drofaux.

—Si... Y la admiro. Haga usted lo que crea; pero asegúrese a lo menos de no ser nuevamente víctima de aquel hombre, vuelva si ésto se lo pide el porvenir de sus hijos, pero no olvide que yo la he querido mucho, recuérdese de mi algunas veces... y si un día fuera desgraciada, llámeme, quizás pueda yo aún ser libre y recordarla...

—Señor Drofaux... no sé aún lo que haré, pero sus palabras me reaniman mucho y le juro si un día tuviera que pensar con cariño en un hombre... aún oprimida por mi esposo, solamente en usted pensaría... lo íntimo nadie lo manda, queda para uno y para quien se aprecia.

—Gracias, Julia, usted vuelve a hacerme desgraciado, pero la escuso. Una vez la venció la mentira del mundo, hoy la vence el afecto de madre y yo nada puedo decirle.

—Señor Drofaux por piedad, no me diga que lo hago desgraciado. Quizás yo también lo sea mucho y aun nada está resuelto.

—No; lo que pide la madre para sus hijos lo hará la mujer a pesar de sus justas aspiraciones.

Y Drofaux volvió a arrodillarse ante ella, besó largamente sus manos, retirándose sin agregar una palabra, entre tanto Julia lloraba murmurando: Se lo juro, todavía no he resuelto y si resolviese lo que yo no quisiera, por mis hijos, no me olvidaré de su promesa y de su ofrecimiento. Yo en el pensamiento le seré fiel.

***

Anselmo llegó a las ocho de la mañana. Entró escudriñando todos los rincones de aquella casa de inquilinato a donde vivían únicamente familias de obreros.

Estaba preocupado de saber cómo su esposa podía sos-

tenerse, dudando que las hermanas se mostrasen tan generosas con ella.

Julia lo vió mientras estaba lavando la ropa blanca y los vestiditos de los nenes, a la sombra de la pared en una batea de una vecina.

Federico descalzo iba capitaneando a ocho o diez niños más pequeños entre los cuales estaban Angela y Juan, quienes sucios y jadeantes seguían las maniobras en una algazara infernal, mientras Rosario se iba revolcando en el suelo, llorando porque no podía seguir al pequeño ejército de pilluelos en sus evoluciones.

La entrada de Anselmo sorprendió a los nenes, Federico y Angela lo reconocieron corriendo hacia él y gritando: papá, papá.

Juan que era de genio corto se refugió cerca de la madre y Rosario se calló pidiendo caramelos, en su lenguaje, que el amor materno entiende, siendo incomprensible balbuceó para los demás.

Julia sorprendida una hora antes de lo convenido, estaba vestida con un batón viejo, los pies calzados con zuecos, un delantal, las mangas que le dejaban los brazos desnudos más arriba del codo. Se secó las manos y así húmedas, las pobres manos en otrora tan bellas, ajadas por el trabajo levantaron a la pequeña Rosario y entró en el cuarto, seguida por Anselmo.

Dejó la puerta abierta, las vecinas curiosas salieron al umbral de sus piezas y Julia después que los chicos besaron el padre, les ordenó que volviesen al patio, reteniendo cerca de sí a la más pequeña.

—Ha venido usted más temprano, y no he tenido tiempo de limpiar a los pequeños.

—No importa... ¿tienes mucho trabajo?

—Para mi no es trabajo el que hago para mis hijos.

—Es un deber nuestro, contestó Anselmo con aire sentencioso.

Examinó la pieza y una sonrisa pasó por sus labios. Sufría miseria.

—¿Qué has resuelto de lo que te hablé?

—Usted sabe que tengo mi abogado.

Otra sonrisa pasó por los labios de Anselmo.

El día anterior había hablado con el doctor para llegar a un arreglo.

—No sé porque te has empeñado en dar un escándalo.

—Yo me he empeñado a que no se me trate como Vd. lo ha hecho.

—Yo no quiero discutir esto... quisiera poner una losa sobre el pasado y empezar una nueva vida en el porvenir.

—También cuando nos casamos me habló usted de su rectitud, de su pulcritud ¿podría yo hoy creer nuevavamente en estas cosas?

—Si... porque puede uno haber faltado y proponerse no hacerlo ya.

—No lo creería.

—Mi conducta te convencerá luego. Lo que es importante son nuestros hijos.

—Estos me pertenecen. Con su... pasado no hay duda que no se los confiarán:

—Pero tú no puedes mantenerlos.

—Mi familia me ayudará.

—Si... para tenerlos así, rotosos, descalzos, sucios.

—Cuando salieron de su casa no tenían los pobrecitos con que vestirse, porque su padre que posee dinero para sus farras, no me daba sino dos pesos cada cuatro días para verdura y frutas... aunque los nenes jamás hayan podido comerlas ni yo probarlas, porque no alcanzaban... sino para... el señor.

—El ahorro en la mujer es una virtud.

—Cuando el hombre da el ejemplo. Páseme usted lo que me pertenece como su esposa y podré educarlos y vestirlos.

—No tengo con que... por cierto no es de la herencia que tú has traído que puedo darte un sueldo mensual.

—Pero yo he trabajado casi seis años.

—¡El trabajo de la mujer! ¿Qué vale? ¿Qué es? Es el hombre el que gana el dinero.

—Sin embargo, la mujer trabaja más que el hombre.

—Pero su trabajo no produce... Pero vamos al grano. ¿Quieres volver a tu hogar?

—Cuáles son las condiciones que me ofrece.

—¿Condiciones? No sé qué condiciones pides.

—Yo no volveré para ser la esclava, la sirvienta de antes. Volveré, quizás, pero si he sido una pobre engañada, entiendo volver a mi hogar, respetada.

—Son condiciones|

—No, son derechos.

—En mi hogar, el único que tiene derechos soy yo; yo que trabajo; yo que doy lo necesario para la familia.

—Entonces nada tengo que agregar. No volveré.

—Pero Julia, reflexiona. Tus hijos, nuestros hijos no pueden vivir así. Pediré que el juez nombre una persona para que los tenga.

—Yo soy su madre.

—Sí; pero no puedes pensar en su sustento.

—Ayude Vd. a ello.

—Diré al juez que no tengo como; y a tí en cambio si vienes, tengo para nuestras necesidades, en caso contrario no te daré ni un centavo.

—Hemos concluído.

—No. Piénsalo, Julia; tú haces sufrir a nuestros hijos, tú estás mal aconsejada, te has rebelado a tu marido a quien hubieras podido dar tus razones.

—Sí, como las quejas que le expuse cuando lo encontré cerrado con Martina y fuí castigada tan injustamente.

—Estaba aquel día en un mal momento, a causa de un negocio desastroso.

—Lo que no le impidió que tuviera sus expansiones con Martina.

—No es cierto; yo aquel día no tuve nada con ella. Lo que te propongo es que olvidemos el pasado y volvamos a nueva vida.

—Si vuelvo a mi hogar debo saber si se me dará lo necesario para vestir a mis hijos y vestirme. No soy una menor de edad, y no aceptaré administrar dos pesos cada cuatro días.

—¡Ah! ¡Ah!

—Para volver, si volveré, debo tener el derecho de poder salir con mis niños, que vuelva mi casa a abrirse a mis antiguas amigas..., que haya una sirvienta que de mí dependa y disponga yo de los 30 pesos mensuales para mi madre.

—¡Ah, ah!

—Que, en fin, no esté recluída, que tenga el derecho a alguna diversión, y que jamás... entiéndalo Vd., jamás levante su mano sobre mí... He sufrido, he sido un estropajo en su mano. No pienso ya serlo.

—Y si algunas de sus exigencias yo pidiera que no fuesen tan radicales.

—No volvería al hogar. Prefiero retirarme con una de mis hermanas, que me ofrece hospitalidad.

—Será amargo comer el pan que se da a los pobres.

—Pero que no será nunca el pan que Vd. me daba, pan ganado con el sacrificio, las lágrimas y la ofensa.

—Se diría, al oirte, que pasabas una vida de tortura, y recuerdo que nunca me lo dijiste.

—Vds., los hombres, son así. Satisfacen sus pasiones y no se les ocurre jamás averiguar si sus apetitos, sus modales, sus maneras de ser no hieren hondamente a la mujer. Así viene el desamor, así puede llegarse al odio.

—¿Al odio? Me odias tú.

—No he dicho esto, pero sí, sostengo, y en esta vida, al ir todos los días al abogado, lo he visto y lo he oído, hay todo un mundo de pequeñas y grandes miserias; hay todo un cúmulo de cosas que no se sospechan en los hogares y nueve veces sobre diez, el hombre las ha promovido. ¿Cree Vd. que para una mujer educada no es sangrienta ofensa el oirse llemar: "Animal, Idiota, Bestia" o apodos denigrantes? Hoy, mañana, siempre... se empieza a llorar, luego viene la rebelión, más tarde el resentimiento, un día, quizás, la repulsión y el odio. Y como esto hay cien factores más. Nunca hubiera creído tener que decirle lo que pienso, lo que toda mujer, en su vida desgraciada, reflexiona muchas veces; pero es necesario y hablaré. ¿Cree Vd. que puede una mujer educada no sentirse ofendida en lo más íntimo al tratarla como a una menor de edad, como una inconsciente, prohibiéndole abrir una carta, escribir a una amiga, ver lo que lee, no permitirle salir, darle unos pesos contados para que explique hasta el centavo de su inversión; la mordaza al pensamiento, a la palabra, a las expansiones naturales de la vida? Que se le impone, como soldado, un horario, no se le deja que espontánea, por amor, cumpla los servicios del hogar, sino se le indique como debe hacerlos con regularidad de un péndulo, tratando que en sus gestos, en el deslizarse silencioso y llena de temor porque *¡El señor está en casa!*, se sienta en la condición de la sierva que teme que su dueño se enoje? Cree Vd. que una mujer, porque es mujer, no piensa cuando ve a su marido ir todas las noches al llamado club, que en cambio es la querida, el teatro o cualquier otra cosa, y ella no puede ni se le permite aún siquiera el cinematógrafo con sus hijos, olvidando que una madre con sus hijos no puede ir a ninguna

parte que no sea digna? No cree Vd. que esa mujer reducida a ser un simple adorno del hogar, una máquina de trabajo, no siente rebelión contra la injusticia? Cree Vd. que una mujer, porque es mujer, debe cada año tener un hijo, ser madre, así, de ocho, diez, llegando a los treinta años deshecha, desfigurada, aniquilada por los alumbramientos y la lactancia, reducida a una esclava que no puede moverse del hogar porque lleva un hijo en el seno, otro en los brazos, otro gatea colgado de sus vestigos y otros chillones, gritan, se pelean, enloqueciendo a esa pobre mujer que no puede educarlos, porque sin una gran fortuna, sin servicio suficiente, que es siempre mercenario, no es posible cuidar ocho hijos, hacerlos hombres y mujeres de bien? No basta dar hijos, no es la misión vegetativa la única, esto lo hacen aún los animales del campo, hay, como me decía el doctor, que hacerlos gente! Y la pobre mujer, agobiada de hijos y de trabajo, ya no puede ser la compañera del hombre, dulce, cariñosa, bella. Llega la noche, y el cansancio le agobia, y el hombre ha quedado fuerte y robusto, ¡sentirá cansancio cerca de esa mujer envejecida, deshecha! Buscará a otras. ¿Cree Vd. que el hombre que dispone de la mujer a su antojo en los variados caprichos sensuales, usando de ella como de una cosa, disponiendo de ella cuando se le ocurra, sin consultarla, sin importarle que sienta o no, que viva con él la hora del cariño o él la disfrute sin saber si ella lo ha disfrutado o la ha dejado con el ansia no satisfecha? ¿Cree Vd. que esa mujer piensa que es un mueble, un muñeco, para que no trate el hombre amoldarse a sus gustos, tener comunidad de goces? ¿Cree Vd. que...

—Pero te has vuelto una fuente de reivindicaciones femeninas, en estos pocos días has aprendido lo que en lo poco que te dejaba leer no has leído en seis años.

—No. Estas cosas, muchas otras más no se leen, surgen en la mujer en las largas horas silenciosas del hogar, cuando sola, material y moralmente, después de los sueños que se ha forjado cuando niña, creyendo en el amor eterno, paz y dicha, felicidad, ve derrumbarse todo el castillo de sus esperanzas. Piensa, reflexiona, y aunque lo oculte, la rebelión o a lo menos la protesta, surge contra tanta injusticia. Calla, se doblega, sufre, porque no quiere romper un vínculo, porque está educada aún a trueque de ser víctima, porque se necesitaría el divorcio para salvar a muchas y hacer conciencias; porque los hijos atan... pero cuando se

llega como yo, a romper, a no preocuparse ya del qué dirán, a estar dispuesta, se lo juro, ir de sirvienta, llegar a lo más bajo, antes de volver a sufrir lo que sufrí, la décima parte de lo que he sufrido; dispuesta, si volviera, a irme de nuevo, la primera vez que se produjera uno de los hechos que no acepto... irme a pedir limosna.

—O a la prostitución...

—Cuando se quiere trabajar y no se tiene a menos de lavar, como yo lo hago, o de colocarse de mucama o de cocinera, de lavaplatos si no hay más, una mujer no llega a la prostitución; pero entre la prostitución de la que vende su cuerpo al transeunte por dinero, y la prostitución de una casada que vende su cuerpo al marido que desprecia, que la tortura moralmente, que la castiga, que la hace sufrir por un mísero mendrugo de pan que gana con creces, con su trabajo en el hogar, y debe dar su cuerpo también, no sé cuál de las dos es más bochornosa.

—¡Cómo has cambiado! No eres ya la Julia dulce, ingenua, buena de antes. ¿Qué te ha pasado?

—Es cierto. No soy ya la Julia dulce, ingenua, buena de antes. Vd. preparó, con su tiranía, que me rebelara. El alma femenina—créame—debe haberse rebelado individualmente siempre a través de los siglos, de ser la esclava del hombre. Era ignorante, fanática; la iglesia le decía que era inferior, y nacía en el hogar, a donde el padre era brutal con la madre, los hermanos con ella, y creía natural lo fuera el esposo. Era analfabeta, no conocía el mundo. Pero hoy ya leemos y escribimos las mujeres, y esto es lo que nos emancipará para no ser ya esclavas. Se ve, se oye, se piensa, y a cada injusticia y a cada atropello, las esposas lloran aún en los hogares, sufren, pero sienten rugir la rebelión. Esto es lo que me ha pasado. Yo sufría, yo callaba, pero yo sentía toda la injusticia de sus actos. ¿Cree Vd. que una mujer que es golpeada por su marido puede agradecérselo? Podrá, para no romper, por los hijos, sufrirlo, por la rebelión, el rencor vive en una, y si invierte más fuerza, quizás cuántas, al primer golpe le contestaría con otros golpes para decirle: "Cuidado otra vez... soy más fuerte y no te golpearé, porque el sufrimiento me ha hecho comprender que no es la fuerza la que siempre tiene "razón". ¡Oh!, si los hombres sospechasen un solo instante cuánto pierden en el corazón de una mujer a cada mala

palabra, a cada golpe, a cada atropello, no se creerían lo que son. La mujer en el pensamiento, en lo íntimo, aborrece y se venga.

—Te he escuchado con paciencia. No hubiera jamás creído oirte hablar así.

—Es que conocía usted solamente a la mujer exterior, hoy conoce lo que yo pensaba cuando usted me ofendía.

—Tu quieres vengarte.

—¿Vengarme, de qué?

—Con las pretensiones que tienes.

—No son pretensiones, quiero volver como estaba en el hogar de mis padres y al no ser así, nada tengo que agregar. No iré.

—Es que el abogado ya me prometió...

—No sé lo que puede haberle dicho el doctor Brake si yo no lo he autorizado. Sólo tiene poder para iniciar la separación legal de cuerpos y de bienes; otra cosa no la aceptaré y no tengo inconveniente en cambiar abogado, dado el caso.

Anselmo no esperaba tanta resistencia.

Olvidaba que los débiles y los oprimidos cuando se resuelven tienen en la resolución la misma constancia que tuvieron en el sufrimiento.

—Está bien, lo pensaré... pero entre tanto podríanse suspender los trámites judiciales.

—No puedo decirle, ni prometerle nada.

—Me voy.

—¿Quiere besar a los niños?

—Si... y tu me despides así.

—Señor, creo que le he dicho con franqueza lo que pienso y lo que resuelvo en este asunto.

Ni le tendió la mano.

Anselmo besó a sus hijos, y luego se acercó a Julia y le dijo: A lo menos dame la mano.

Ella se la tendió sin mirarle.

Anselmo la estrechó entre las suyas.

Julia pensaba en aquel momento que otro, Drofaux, a quien nada tenía que perdonar y que hubiera podido estar quejoso de su crueldad con él, se la besaba de rodillas, y Anselmo que tanto tenía que hacerse perdonar jamás se habla besado, ni en aquel momento como un tácito pe-

dido de paz, no queriendo rebajarse, porque muchas veces le había dicho que esa cortesía a una dama, la consideraba indigna de un hombre, y menos aún si era la mujer amada.

¡Cuán desgraciada sería con Anselmo!

CAPITULO XIV

Julia que había hecho un esfuerzo superior a sus fuerzas, planteando a Anselmo la cuestión con tanta valentía, se sintió resuelta a luchar hasta el último. Antes que volver al pasado, antes de ser la esclava, de sufrir achatada, prefería servir, trabajar bajo las órdenes de otros quienes por lo menos pagarían su trabajo.

El porvenir se le presentaba oscuro, pero una reacción intensa se había producido en ella, el rencor contra aquel hombre que había representado el papel de puritano para atraerla cuando niña, y que casado la había ido rebajando tanto, teniendo su amante en la casa por cuya causa empezó a castigarla y que, si volvería a él sin poner bien claras las condiciones, quizás trataría hacerla una víctima. Ya no le merecía su confianza. Su rencor la hacía fuerte, su resolución le daba el coraje de no transigir.

Quizás, si Anselmo hubiese rogado, si se hubiese arrepentido, hubiera aquella mañana vencido sus resistencias, pero su altivez tan arrogante, no queriendo reconocer ni una de sus culpas, le demostraban lo malo que era.

Enriqueta la alentó.

Sus mismas vecinas hicieron otro tanto.

Había cuatro, esposas de trabajadores.

Una de ella, Joseçna, vivía muy feliz con su marido. Se querían, y no daban espectáculos de sus rencillas. El era socialista y ella también. Había empezado a respetar en su mujer una igual y a educarla. Los dos hacían cáte-

dras de sus teorías a los vecinos y no faltaban a ninguna conferencia de propaganda.

Josefina no dejó de predicarle la santa rebelión a la tiranía de un esposo retrógrado.

Encontró con asombro que aquella pobre mujer que lavaba para ayudar a su marido, leía libros, tenía conocimientos superiores a la mayoría de su sexo y era una convencida malthusiana. Le ofreció y le facilitó libros sobre el gran problema de la limitación de la familia.

Otra mujer que vivía en la pieza cerca de la suya, llamábase Andrea. Muy linda mujer.

Si hubiese podido tener un poco de cuidado y mejores trajes habría sido una belleza de mujer voluptuosa, de espléndidas formas y con unos ojos, una cara y unos labios como para gritar al verla: ¡Sálvese quien pueda!

Era muy honesta, muy enamorada de su esposo, muy buena mujer, pero de un carácter de varón, con sonrisa de ingenua, que habíase casado con un viudo, que había tenido fama de mal esposo con la primera mujer, pero que había con ésta cambiado del todo, abusando ella del arma que la naturaleza le había dado. A la menor queja se encerraba en un mutismo sin arrogancias ni atropellos, le negaba sus caricias, su belleza triunfadora. Era él siempre el que capitulaba, pero aun cuando estaban ocho días así, muy serios, ella cumplía con escrupolosidad sus deberes del hogar, y quería mucho al hijastro, quizás debido a que ella no tenía hijos.

El tercer matrimonio lo formaban dos italianos.

El buen mozo, ella algo feucha, pero graciosa.

Podían dividir su vida de casados en tres épocas: la primera que duró cuatro meses cuando él la maltrataba a tal punto, que ella tuvo que volverse con sus padres. Separados, el marido sintió quererla nuevamente y a los seis meses volvieron a reunirse pasando un año bien, volviendo después a las andadas hasta que ella se fué nuevamente para unirse a los cuatro meses, después de muchas promesas. Ella decía serenamente que apenas viera una cosa que no fuera de su agrado le amenazaba con irse y hasta aquel momento no tenía quejas de él.

El otro matrimonio, el panadero, ella modista. El hombre era borracho y maltrataba a su mujer, y ésta lo odiaba intensamente y su vida era misteriosa. Sabía salir muchas veces apenas el esposo iba a su trabajo y

contestaba con una sonrisa de tigrecito que ella se vengaba de sus malos tratos. Daban espectáculos bochornosos, él golpeándola y ella insultándolo; él no volviendo a casa durante tres días y ella estando afuera días y noches enteras. Decían que en otro tiempo había sido una buena mujer y que los malos tratos la había alejado del camino del deber.

Estos ejemplos y las prédicas de Enriqueta la hicieron más resuelta. Dijo a su abogado que con condiciones claras, terminantes y seguras volvería con el marido, dispuesta, en caso contrario, a seguir el juicio.

Un hecho vino a favorecerla.

Un señor Gozálvez, que aparecía como comprador de los campos de Corrientes, murió repentinamente. Si la venta era falsa y de favor tendría que Anselmo hacer valer sus documentos para que los hijos de aquél, al arreglar la testamentaría, no se repartiesen aquellas propiedades.

El abogado se sintió más seguro de sus honorarios y Anselmo vió que un serio peligro le amenazaba, máxime cuando el doctor Prake le dijo que si no llegaba a fijar una pensión a Julia, denunciaría la venta falsa.

El había vuelto a verla otras dos veces encontrándola aun más seria y altiva.

Julia le dijo que no pensaba volver y sino con garantías amplias y condiciones claras. Se negó hasta darle la mano.

Cuando él en un paroxismo de enojo la amenazó, aquella se levantó derecho con la mirada llena de odio y le dijo que no le temía, porque si osaba amenazarla llamaría la fuerza pública, ya que había hecho su exposición en la comisaría.

Las vecinas corrieron al oir levantar las voces y Anselmo tuvo que salir al patio.

—Vergüenza, le gritó Josefina, venir todavía a insultarla... atrévese usted y lo tumbamos en la batea.

—Que se vaya, agregó Andrea.

—Está hidrófobo, añadió la tercera, tírele agua...

—Que le pongan a la puerta, chillaron todas.

Quiso Anselmo protestar, pero optó por irse, mientras las mujeres reían y le gritaban, a pesar de los ruegos de Julia. Varias piedras cayeron cerca de él, lanzadas por los muchachos de la calle que habían corrido al ruido.

*
* *

El día después, el abogado le comunicó que Anselmo ofrecía reconciliarse, pidiendo una entrevista.

—Que venga a mi casa, le dijo ella.

Al día siguiente, Anselmo le escribió. La carta era en forma cortés, reconocía haber tenido culpa, pero no podía ir ahí, a donde las vecinas lo habían insultado.

Julia no le contestó, por consejo del abogado.

Volvió a escribirle. Le decía que le prometía ser un buen esposo. Al no tenerla cerca empezaba a comprender que sus defectos no eran tan grandes, y le rogaba, por los hijos, que volviera, indicándole un lugar para verse.

Martina, que venía muy a menudo a ver a su antigua patrona, le aconsejó que el rigor encausa a muchos hombres más que la bondad. No debía ir a ninguna parte, si no que él viniese a verla.

A los dos días llegó otra carta. ¿Por qué lo despreciaba así? Considerándolo arrepentido, era de esposa buena y honesta, odiarlo? ¿Olvidaba que era el padre de sus hijos? ¿Qué pretendía, pues?

El abogado le indicó que no debía contestar, porque la situación de él era escabrosa; tendría que ceder y fijarle una mensualidad. Ya hablaba de cien pesos garantizados sobre una casa.

Julia, al verse alentada por el abogado, por Enriqueta y la misma Martina, se sentía cada día con más valor. Pensaba no volver con su marido, pero tampoco ceder a Drofaux. Viviría para sus hijos.

Consideraba terminada su misión de mujer, para seguir la de madre.

*
* *

Habían pasado cuatro días de la última carta de Anselmo.

Julia había tenido otra entrevista con el abogado, quien le expresó claramente que el arreglo se haría a base de una pensión garantizada de 200 pesos mensuales,

porque, por datos fidedignos, pasaban de 1300 $ lo que él gozaba de renta entre tierras y casas, a más de lo que pudiera darle el escritorio.

La amenaza de una denuncia por la venta falsa, era el arma que con mayor habilidad esgrimía el abogado.

Eran las ocho de la mañana.

Anselmo no se atrevió a entrar al patio, y golpeó a la puerta.

Fué a abrirle Josefina, quien sin inmutarse, le preguntó: ¿Qué quiere?

—¿Está la señora Julia de Cabello?

—No sé... espere... veré si puede recibirlo,—y le dió con la puerta en las narices.

Julia estaba arreglando su pieza, y fué a abrirle.

—Entre Vd., le dijo.

El se sacó el sombrero y pasó, sentándose en la silla que le ofrecía.

Los niños estaban en el patio.

Luisito dormía en la cuna.

—Te he escrito tres cartas y no me has contestado, le dijo después de averiguar por la salud de los niños.

—Vd. sabe bien mi resolución, y es mi abogado quien corre con el asunto. Yo nada tengo que decir.

—He visto que tratas de vengarte; se me amenaza con la cárcel por la venta de mis campos de Corrientes.

—Venta simulada para dejarme en la calle.

—Cada cual se defiende con las armas que puede.

—Vd. lo ha dicho. Mi abogado me repite, que así como Vd. no tuvo a menos de hacer las cosas como para dejarme morir de hambre, tampoco tendrá lástima para que purgue su delito.

—¿Eres tú la que dices esto? Tú, tan buena, tan humilde, tan cariñosa!

—Fuí buena y Vd. se aprovechó de mí; me hizo humilde y me he convencido que debido a esto Vd. fué para mi un verdugo... ¡Cariñosa!, mal podría serlo con el hombre que tanto me ha torturado.

—Tendrías coraje de permitir lo que me amenaza?

—Yo lo único que quiero es vivir tranquila. Asegúreme una mensualidad como para educar a mis hijos. No pienso hacer mal, aunque sé que si yo estuviera en sus paños, Vd. me hundiría sin piedad. He sido una esposa buena y sumisa, una esclava legal; hoy, ya con otros ho-

rizontes, viviendo la vida real, no seré ya lo que Vd. quiera. Es inútil.

—¿Y si yo reconociera mis errores?

—¿No los ha reconocido aún?

—Que me arrepiento del pasado y no veré ya a aquellas mujeres. ¡Podríamos volver a ser felices!

No ver a aquellas mujeres? Pero si ellas no lo necesitan. Martina, Vd. sabe, que lo echó ignominiósamente, a pesar de que lloraba Vd. ante ella... ante su ex sirvienta, y jamás se le ha ocurrido conmoverse ante su esposa... Enriqueta es una señora que ni quiere verlo; Filomena está yà al amparo de todo, casada con un obrero dignísimo, que se ha hecho cargo de los cuatro hijos de Vd... Estas tres, aunque Vd. lo quisiera, no le precisan... las otras que no conozco...

—Nadie tengo, y a nadie, fuera de tí, tendré.

—Así me lo decía Vd. cuando se encerraba con Martina en mi dormitorio.

—Lo reconozco... Ves, Julia, perdóname.

Y Anselmo, que había sido el varón brutal, el varón déspota, juntó sus manos, se acercó a ella, muy doblegado, llorando. Julia se sintió profundamente conmovida.

—Perdóname; seré otro, te lo juro...

Tomó su mano y se la besó.

—¡Oh, no!, dijo ella con pequeña maldad, no me bese la mano... es rebajarse... cuántas veces no me lo ha dicho!

—Julia... no soy yo el culpable... es la sociedad... es la educación. En estos días lo he ido escudriñando del fondo de mi alma. Yo no soy ni más malo ni más bueno que los demás hombres... La culpa de ser uno así, la tiene la famiila en que se nace, la escuela, los vecinos, las leyes, las costumbres, los amigos, lo que nos circunda, la educación, la raza, y Vds., las mujeres. Yo, Julia, soy hombre, y desde niño se me ha enseñado que todo es permitido al hombre, como conquistador, y que la moral existe únicamente para la mujer.

—¿Y por esto Vd. me ha torturado? Levántese... podrían verle.

—Necesito tu perdón... Te juro que seré el hombre nuevo, el hombre como lo serán todos mañana cuando se haya hecho el alma femenina. Yo no soy tan culpable como tu lo crees; yo soy el fruto del ambiente. Desde

adolescente se nos dice que todo nos está permitido, en la escuela, la división de los sexos que nos impide estimar intelectualmente a la mujer, y luego acostumbrándonos a tratarla como compañera; la reclusión más o menos rigurosa de la mujer en el hogar y de la libertad del hombre; las escenas que a cada momento se presencian de la sumisión en que la mujer vive; las leyes que nos dan todas las prerrogativas; en el hogar nuestro padre, los hermanos; las costumbres que brindan al hombre lo que desea, siempre que tenga dinero y tiempo; los amigos que dan el ejemplo; la educación latina, que tiene tanto de morisco y la idiosincrasia nuestra, que parece decirnos que debemos tratar a las mujeres como cosa conquistada. Todo esto, Julia, es mi escusa. Basta cubrir las apariencias. Tu me reprochas mi exterior de hombre serio... Tu sabes que he sido educado en un seminario hasta los 18 años. Debía ser cura, luego me rebelé, pero de aquella educación me quedó la simulación, y siempre he creído que un hombre no debe ostentar sus vicios y sus costumbres... ¿Me perdonas?

—Si Vd. estaba convencido de esta injusticia, por qué me esclavizó tanto?... ¿No habría podido, sin elevarme a igual, tenerme cual era, cuando niña?... No aprovecharse de mí!

—Es que uno cuando sabe tener el mando, se complace en ejercerlo... es humano... y hoy esto... mañana aquello... se va paulatinamente llegando a lo que parecería imposible... Mas, me tenía lleno de apremio el hecho de que a mi menor descuido sabrías tú la verdad... Muchas veces, yo mismo veía la injusticia, como otras tantas veces entre mí he visto los errores de la organización social... pero es difícil ser apóstol, ser mártir, reconocer errores... decir "mea culpa"... como yo lo hago hoy así... a tus pies...

Y volvió a besarle la mano.

—Levántese... lo ven...

—Perdóneme.

—Le perdono lo que me ha hecho sufrir.

El se levantó. Las vecinas cuchicheaban en el patio.

—Estamos dando espectáculos, dijo ella.

—Volverás a casa.

—¡Oh, no!

—¿No volverás? ¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?

—Prefiero vivir sola... creo que, unidos, volvería Vd. a las andadas...

—Ve, Julia, si yo te asegurara como garantía los doscientos pesos mensuales, dado caso de que yo no cumpliera, tendrías siempre una vía abierta para el porvenir de nuestros hijos... Piénsalo... entre nosotros, en nuestro hogar, los hijos se educarán mejor...y te juro que no te arrepentirás... seré para tí un hombre nuevo.

—Déjeme reflexionar y consultar con mi abogado.

—¿De manera que tu corazón nada te dice?

—Pienso en mis hijos.

—¿Cuándo quieres que nos veamos con el abogado estando tú delante?... ¿Quieres que te venga a buscar esta tarde?

—No, iré yo a las tres a su estudio.

Anselmo sacó de un bolsillo un papel de cien pesos y lo puso sobre la mesita.

Eran los primeros cien pesos que Julia recibía de él.

¡Cuándo devota, obediente y humilde lo servía, eran historias si los dos pesos no duraban cuatro días; hoy, severa, consciente y resuelta, le daba cien pesos sin que se los pidiera!

—Me voy... pues... te ruego... no faltes.

Besó a los niños, que habían venido. —Me voy... no seas mala... estrechémosnos la mano.

Ella le tendió la derecha.

El se la besó largamente.

Cuando era blanca y bellísima no la había besado para no rebajarse, hoy la besaba a pesar de estar rojiza y lustrosa como mano de trabajadora; la besaba para obtener el perdón y como una promesa tácita de volverla blanca y bellísima.

*
* *

Julia fué muy cautelosa en el arreglo.

No se contentó con la opinión del abogado, sino que se aconsejó con el doctor Prath y con Enriqueta, quienes consultaron también a otros profesionales.

Para retirar la demanda tuvo Anselmo que garantizar con la propiedad de una casa de Flores, que pasó a

nombre de Julia, los doscientos pesos mensuales, y sin que esto constituyera un compromiso para su vuelta al hogar.

El tuvo que pagar los honorarios del abogado y remitir los 30 pesos mensuales atrasados que Julia no había podido enviar a la madre, pagando otros 400 pesos que ésta devolvió a Enriqueta.

Terminados estos detalles, Julia sostuvo que su vuelta al hogar era cuestión de un arreglo particular. Pidió unos días para reflexionar.

Quiso ver si era únicamente el miedo a la acción judicial que amenazaba a Anselmo por la venta falsa realizada, lo que lo indujo a aceptar el arreglo.

Temerosa siempre de ser engañada por él, quiso deslindar posiciones.

Teniendo ya una mensualidad que le permitía educar modestamente a sus hijos, en cambio de la seguridad de parte de él de no tenérsela que ver con la justicia; quiso cerciorarse si en verdad deseaba volver con ella.

Anselmo, a los tres días, le dirigió una carta cariñosa pidiéndole que por los niños, volviese.

Julia, entre tanto, vivía en el chalet de Enriqueta a donde ésta le cedió dos piezas. Tomó una niñera para el cuidado de los hijos.

Contestó a Anselmo que su amiga era la encargada de arreglar en términos generales la posible unión.

Anselmo no se negó a aceptar la intermediaria, aunque comprendía que, dadas sus ideas, sería exigente.

Se vieron. Enriqueta concretó las condiciones de esta forma:

—La casa habitación se buscará de común acuerdo.

—Los bienes estarán a nombre de ambos, para seguridad de que no se repitan operaciones dudosas y desfavorables para los hijos.

—Los gastos del hogar se harán según las entradas, sacrificándose los dos si hubiera necesidad, pero disfrutando ambos si hubiera cómo.

—Las personas de servicio las empleará ella, y de ella dependerán.

—De los 1300 pesos de renta, 800 serían entregados a Julia para gastos de alquiler, comida, servicio, vestidos, etcétera.

—Julia saldría de paseo sin necesidad de pedir permiso, y ambos se confiarán los actos de su vida, abrien-

do su casa a las relaciones y visitando a las familias conocidas.

—Todos los años la llevaría al campo o a un balneario con sus hijos.

—Podía él prohibirle determinadas amistades, pero ella también determinados amigos.

—El entregaría, por una sola vez, ocho mil pesos a Filomena, por intermedio de Julia, para que sus cuatro hijos tuviesen algo con que ayudar al hombre generoso que les había dado su nombre.

—En el hogar no habría ni sierva ni patrón, sino dos personas que se respetan.

*
* *

Anselmo no hizo objeciones. Ante el escribano fué hecho el documento de comunidad de bienes, quedando nulo el anterior, que dejaba a Julia dueña de una propiedad. Anselmo estaba dispuesto a hacer vida nueva y merecer el afcto de su esposa. Pero tuvo que doblegarse a otras formalidades. Su deseo intenso que parecía aumentar cada día, tuvo que moderarse; Julia buscó la casa, y fué necesario luego llevar allí los muebles y encontrar el servicio.

Ella todo lo hizo sin el menor apresuramiento. A los diez días encontró una casa a su gusto en la calle Belgrano, más abajo de Callao y como no quiso que él la acompañase ni que tuviesen por el momento entrevistas, tuvo luego él que irla a ver para dar su conformidad. Enriqueta realizó varios viajes para arreglar los detalles. Un día se encontraron acompañados por ésta para comprar lo necesario para los dormitorios de los niños y una salita de recibo, como también otros muebles que hacían falta.

Volvieron así a verse durante cuatro días más, para dejar la casa en completo orden, con gran desesperación de Anselmo, que no podía quedar un momento solo con ella.

Una vez, en forma jocosa, observó: La señora Enriqueta es la mamá que nos cuida?

—No, contestó Julia, es la amiga que me acompaña. Ya vendrá el momento de las explicaciones a solas.

—Pero Julia, ¿de manera que estás enojada aún?... creí que habíamos zanjado todas las dificultades.

—Las materiales, sí; las morales serán según lo que cada uno merezca.

—Tú faltas a lo prometido.

—No. Lo verás.

Anselmo calló.

Estaba vencido. La mujer nueva y consciente lo había derrotado. La esclava legal había desaparecido desde tiempo, quedaba la compañera que trataría de reconquistar a fuerza de amor y de constancia.



Julia tomó como niñera a una jovencita de unos quince años; para mucama, una joven muy guapa, de unos veinte, y para cocinera una mujer experta.

—Has buscado, dijo con malicia Enriqueta, tres sirvientas muy bonitas.

—Sí, es cierto, pero si mi marido está dispuesto a respetar su hogar, no mirará si son bellas o no, sino que cumplan con su deber, contestó Julia.

Por fin, se instaló en la casa con sus hijos, y los esposos Bratk dieron una pequeña comida íntima en su chalet, para festejar la reconciliación.

Fué un almuerzo en el cual las dos parejas brindaron por la felicidad recíproca.

Julia y Anselmo salieron luego para una quinta que el doctor Bratk les brindó en el Tigre, de donde regresaron el día después, haciendo creer a los sirvientes que el señor volvía de un viaje.

Iban solos, porque Julia tuvo, a su pesar, que resolverse a dar el pequeño al ama, por no tener suficiente leche para amamantarlo.

Después del almuerzo, los cónyuges Bratk, en su auto, los acompañaron a la quinta, y al anochecer se despidieron.

—Oh, Julia mía, le dijo Anselmo apenas estuvieron solos.

Ella se deslizó.

—Es necesario que hablemos, le dijo.

El sol iba al ocaso y doraba las copas de los árboles

con una luz rojiza. El cielo azul y el aire templado. Todo hablaba de paz y de amor.

—Julia mía, ¿qué tienes?, ¿serás tu severa conmigo?

—No. Pero quiero hablarte con franqueza... Te he perdonado el pasado, pero queda en mí un frío, y debes comprenderlo, un frío que pasará, si tú eres bueno y razonable.

—¿Quieres negarme tus expansiones?

—No... seré tuya, pero te ruego trates de no ser exigente... el amor, para ser sublime, debe tener la comunidad de entusiasmos, y yo estoy segura que volveré para tí a ser lo que era, debo vencer la rebelión de este momento... tu debes comprenderme...

—Sí, te comprendo.

Y le besó la mano.

—Que linda que está, dijo acariciándola.

—Si... con un poco de cuidado... volverá bella como antes... así como yo volveré a confiarme de tí como en otros tiempos.

Ella inclinó su cabeza sobre su hombro.

El la besó frenético en los labios.

Ya no es **la esclava legal de antes**, es la esposa respetada, es la igual, pero las heridas del pasado no se han cicatrizado, y su secreto, su terrible secreto es que no ama a su esposo; a pesar de sus esfuerzos no ha podido volverle a amar.

Cuando el amor pasa en el corazón de la mujer y viene el rencor, ya es imposible que vuelva la pasión.

Porque en la mujer el amor es sentimiento.

En el hombre es deseo.

El gran secreto de Julia es que no ama a su marido y en las horas de amor sus labios besan, su cuerpo estremece o disimula estremecerse. Sus labios dicen: "Sí", pero en lo íntimo piensa en otro hombre a pesar suyo. La sociedad, los hijos, el que dirán y la falta de una ley de divorcio pudierón unirlos nuevamente, pero no podrán jamás hacer que esa mujer ame al hombre que es su marido, y que su pensamiento, aún en el espasmo, no le recuerde a Drofaux.

EPILOGO

Los cónyuges Cabello viven en perfecta armonía. En el respeto y en la igualdad han encontrado la paz que no es posible en el matrimonio en el cual la mujer es la **esclava legal,** la mujer del pasado como tantas hay aún hoy, porque a donde el hombre tiene todos los derechos viene el abuso y surge la tiranía.

Anselmo es un buen padre.

Aparenta o es un buen esposo.

Quizás de vez en cuando tire su dinero tras algúna mujer que lo atrae y que se vende.

La satisfacción de una necesidad fisiológica, pero no por esto quiera menos a Julia.

Julia es madre bondadosa, ha vuelto a su antigua elegancia sencilla y llena de atractivos, es hermosa y sus manos que habían sido la admiración de sus amigas son blancas y delicadas.

Nadie creería que tuvieron que trabajar.

—Con mis besos las he devuelto su belleza, dice Anselmo sonriendo.

Sin embargo Julia que es un modelo de esposa, no ha podido volver a amar a su marido.

Entre sí, muchas veces piensa que si sus padres le hubiesen permitido, quizás el hombre, el único hombre que había llenado intensamente sus simpatías y que hoy era un distinguido ingeniero, el pobre maestro Pedro Zabosky, hubiera hecho su felicidad.

Lo había vuelto a ver al año de su reconciliación, en Necochea durante los baños.

Se lo presentaron.

—Si, la ha reconocido, dijo él cuando estuvieron solos, era usted una niña y yo entonces era un pobre maestrucho cargado de familia.

—¿Y sus hermanos?

—Bien; uno se recibió el año pasado de médico y el otro este año.

Fué lo único que Julia dijo al hombre que había sido el ídolo de su juventud, lo único que aquel hombre de mirada profunda y de carácter de hierro le contestó.

También había vuelto a ver a Drofaux al año y medio.

El iba con una señorita a quien parecía hacer la corte.

Volvieron a encontrarse en casa de Enriqueta.

—¿Cuándo se casa? le preguntó Julia con bondad.

—Dentro de un mes.

—Le deseo mucha felicidad.

El la miró largamente y le preguntó: ¿Y usted es feliz?

—Sí... cumplo con mi deber... lo único que me apesadumbrada era no verlo a usted casado... así no tendré remordimientos.

Nada más se dijeron de íntimo esos dos seres que seguían amándose.

Julia no ha tenido más familia ni piensa tenerla.

Todos la creen feliz.

Disimula.

CONCLUSIONES

En el pasado la mujer fué la esclava del hombre oprimida material y moralmente.

Fué la víctima.

En el presente, exceptuados casos en que por su pensamiento y carácter ha llegado a ocupar un lugar digno a la par o a lo menos no muy abajo del hombre, la mujer por la educación, el ambiente, las leyes no puede ni sabe romper el círculo de hierro que la oprime y la esclaviza.

Ni ella es la sola culpable, ni lo es el hombre porque ambos hacen parte de la sociedad.

El hombre educado a la libertad se acostumbra a ser dueño y señor. **Es lo que es.**

Sería extraño que no fuese así.

La mujer educada a ser débil, a usar de la hipocrecía y del disimulo, del llanto o del engaño para alcanzar sus deseos, no puede ser de otra forma de lo que es, máxime que para aspirar libertad le hace falta emanciparse económicamente.

Hoy la mujer se casa... no con el hombre que quiere, sino con el que se le presenta y le conviene.

¿Podrá pretenderse que en su íntimo no surja poderoso el deseo de vengarse aunque sea en pensamiento?

¡Ah! ¡de las esclavas!

¡Pobres mujeres que váis al marido con otro ideal, con otro hombre en el pensamiento! Seguiréis así hasta que no sepáis bastaros a vosotras mismas por vuestro trabajo.

¡Pobres mujeres que sufrís un esposo borracho o ineducado, impertinente o presuntuoso, malo o cruel, frío o bestial, vicioso o impotente! seréis así hasta que no podáis solas encarar el problema de la vida con el trabajo. Algunas veces debéis sufrir y callar que vuestro esposo mantenga a otra, si es — hay casos — que no llega a traerla a vuestra misma casa.

¡Pobres mujeres agobiadas de hijos, cansadas y vencidas en la lucha de 16 horas diarias de trabajo inconsiderado, viejas a los 30 años, ajadas a los 25, secas de corazón al año de casadas, sin esperanzas, que vegetáis en los rincones oscuros de los conventillos, en las casas de la clase media, de miseria lujosa... Para vosotras habrá otro horizonte cuando sepáis trabajar, cuando no tengáis que vivir esperanzadas únicamente en el hombre.

¡Pobres mujeres que, niñas aún soñáis en la **colocación matrimonio**, como una necesidad del estómago, como una consecuencia de "ser mujer", que buscáis marido como el hombre busca una colocación... seréis así hasta que no sepáis bastaros a vosotras mismas! Aquel día os casaréis con el hombre que llene vuestro corazón.

¡Pobres mujeres que sufrís las fiebres de vuestra sangre, los deseos naturales del sexo y os consumis anémicas, histéricas de deseos soñando al varón que no llega a pedir vuestra mano!... Os veo pasar pálidas, ojerosas, de una belleza ávida de caricias, pero disimulando vuestras fiebres; muy serias, muy tiesas, muy... mujeres de antaño, porque así lo exigen las costumbres, la moral, la esperanza de encontrar un marido!

Vuestro deseo del varón, vuestras fiebres de amor, vuestras noches agonizantes en los lechos solitarios las llaman los médicos anémia, histerismo, debilidad... y os aconsejan aire del campo, leche, huevos... porque no os pueden decir que tenéis necesidad de un marido. Porque no sabéis bastaros a vosotras mismas, no podéis sostener vuestros derechos.

El día que la mujer obtenga que su trabajo se estime como el del hombre ya encontrará más fácilmente compañero. Hoy la mujer pobre que no sabe trabajar va a la prostitución.

¡Es el abismo!

La que es rica, la profesional, la que gana lo suficiente para su vida, si tiene un ¡desliz! la denominarán

¡**liviana**! pero seguirá en el camino de la vida sin ser esclava.

Si lo quiere, si sabe evitar de tener familia y es prudente, si la cosa no se sospecha y muchas veces no se sabe, sigue como una distinguida... señora o señorita.

Sin peligro ya a la *anemia* (los naturalistas la llamamos *calentura*) *o al histerismo,* podrá encontrar un buen esposo e ir al altar, blanco vestido y cubierta de azhares!

¡Pobres mujeres que debéis entregaros al hombre odiado o al hombre cuyos defectos morales os asquean, por el mendrugo de pan que os da como esposo, seréis **esclavas legales** hasta que no os emancipéis por vuestra educación, por vuestra conciencia, por vuestro carácter y por vuestro trabajo.

FIN


IMPRENTA MERCATALI
285